



CAFÉ CON AROMA DE MUJER

FERNANDO GAITÁN SALOM

Editorial La Oveja Negra Ltda.

Ediciones B, S.A.

1a. Edición: enero 1997

Impreso en España

ÍNDICE

• INTRODUCCIÓN	5
• LA AGONÍA DEL PATRIARCA.....	7
• UN ÁNGEL ENTRE LOS CAFETALES.....	16
• AL OTRO LADO DEL MUNDO.....	25
• HUELLA DE LA GAVIOTA.....	29
• EL REGRESO DE LA GAVIOTA TRAIIDORA	34
• UNA GAVIOTA LLAMADA CAROLINA	41
• EL ÁNGEL DE LA GUARDA.....	48
• LA SANGRE DE LOS VALLEJO	52
• BOGOTÁ AFFAIRE	57
• UNA GAVIOTA PERDIDA	66
• EL VUELO DE LA GAVIOTA	68
• AMORES PRÓFUGOS	73
• LA CÁRCEL DE SIN SIN	75
• DE LOS RETORNOS.....	79
• EL AMOR ES UNA FERIA	80

INTRODUCCIÓN

En 1990 RCN Televisión me encomendó la tarea de escribir una historia que tuviera como trasfondo el universo cafetero colombiano. Para la programadora resultaba curioso que la televisión no se hubiera ocupado del tema hasta el momento; un tema vital para la economía y la cultura del país, y un tema que abarcaba a un porcentaje muy alto e importante de la población colombiana. Y todo, a partir de ese momento, fue curioso. Cuando empecé las investigaciones, lo primero a lo que traté de recurrir fue a la literatura con la ilusión de encontrar en ella los personajes más arraigados de la cultura cafetera y también para impregnarme de la atmósfera particular de este universo. Fue sorprendente que en toda una vasta y prolífera zona, que ha parido grandes escritores colombianos, no existiera más que una novela, *La Cosecha*, de un escritor y periodista bogotano: José Antonio Osorio Lizarazo. Si bien la novela me dio las primeras luces sobre un ambiente cafetero, no reflejaba el universo que deseaba tocar en mi historia. La novela se desarrollaba en una etapa muy oscura para el cafetero, era una novela de personajes pobres, desesperanzados, sometidos a la dictadura de tenderos y de comerciantes sin escrúpulos que recorrían la región comprando café. Sin embargo, había algo que me conmovió y donde entendí el sentido de la vida del cafetero: su existencia y la de su familia giraban alrededor del café y, sobre todo, de la ilusión de la cosecha.

De aquí en adelante, todo estaba por hacerse. Me desplazé a la zona cafetera, en épocas de cosecha. Si bien no era el mundo de la opulencia, tampoco era el panorama negro de *La Cosecha*. Había cambiado. Por tanto habría que construir una nueva realidad. Me puse en la tarea de realizar varios reportajes, de seguir los itinerarios de los personajes que participaban en la producción; estuve a su lado en los cultivos, en el pueblo, los vi en las cantinas, en las fuentes de soda, escuchando su música, bebiendo su aguardiente, encomendándome a sus santos; aprendí su mitología y creo que comprendí sus sueños.

Luego, vino la investigación en la ciudad. Penetré en el mundo de los exportadores, en el mundo de la Federación Nacional de Cafeteros. Me sumergí en la historia del café, desde cuando llegó a Colombia hasta nuestros días, me rompí la cabeza tratando de comprender el gran andamiaje económico del grano, seleccioné los universos y los personajes más importantes que surgían desde la tierra hasta las altas esferas en Londres, estudié el organigrama de algunas familias importantes, y al cabo de unos meses, empecé a armar la historia.

La armazón fue una serie continuada de saqueos: de la realidad que me brindaba la investigación, del cine y de la literatura. Desempolvé argumentos que tenía archivados y reviví personajes destinados para otros oficios. Y desde luego, exorcicé fantasmas y recuerdos. Y pude armar la historia.

Y la armé a manera de una crónica, buscando un esquema narrativo que no cayera en una sinopsis escueta, y que tampoco cayera en la disquisición y el análisis. Y el resultado, el lector lo sostiene en sus manos en este momento. Una sinopsis narrada, como una crónica, sin presunciones literarias, la misma sinopsis que presenté a un grupo de ejecutivos de la programadora, en 1992. A pesar que tuve la conciencia que el grupo de lectores era reducido, procuré escribirla con el mayor esmero, tratando de evitar preguntas posteriores y buscando que fuera completa y convincente. Como escritor de televisión, siempre he mantenido la filosofía que la sinopsis debe ser tan contundente como cualquier texto literario: no sólo es la presentación de la obra, sino también el indicio certero de cómo se manejará, y debe estar impregnada del ambiente que posteriormente se transmitirá en el libreto. No importa que el número de lectores no pase de diez. No importa que esos lectores estén a la mano del autor para añadirles información, y menos para rendirles las odiosas disculpas de los vacíos de la obra. La sinopsis debe ser clara y contundente y defenderse por sí sola. Y el resultado no

pudo ser mejor: luego de la lectura de la sinopsis, no hubo preguntas. Sólo una orden: hay que empezar a escribirla en libretos.

Y mucho mejor ahora el resultado, cuando una editorial como La Oveja Negra, ha decidido editarla por considerarla de interés.

Así, en estas páginas encontrarán la historia original de *Café, Con Aroma de Mujer*, las páginas que fueron mi directriz a lo largo de más de dos años que duró la elaboración de los libretos. Quienes hayan seguido la novela con algún rigor encontrarán en esencia la misma historia. Pero también encontrarán variaciones que no aparecieron en la pantalla. Personajes que murieron en el papel y salieron campantes de la muerte en el libreto. Hechos de sangre que resultaron purificados, sucesos felices que en realidad se convirtieron en el infierno de los protagonistas.

Estas páginas siguen siendo las mismas que presenté en 1992. No han sufrido modificación alguna: en esa medida, no hubo reescritura, ni un ajuste de sus líneas para volverlas acordes con las que aparecieron en pantalla.

Siguen siendo las páginas que para mí son la esencia de la obra.

1

LA AGONÍA DEL PATRIARCA

BOGOTÁ, 7 DE SEPTIEMBRE DE 1975

Con serenidad, "como quien escucha la más trivial de las informaciones, Octavio Vallejo recibe en el consultorio de su médico y amigo la noticia de su propia muerte. La ha esperado desde hace más de una década, y ahora, a sus 83 años, le parece apenas justa. «Algún día tenía que descansar», le comenta al médico que, incómodo, se disculpa por su crudeza, muy necesaria, teniendo en cuenta que Octavio debe preparar y ordenar cientos de cosas antes de partir de este mundo.

Don Octavio sale del consultorio, y se dirige a su automóvil donde lo aguardan su conductor y Jorge Latorre, su abogado, asesor de cabecera y amigo de confianza. En el interior del carro, Latorre le confirma la noticia que todo el país, el gobierno, los cafeteros y los exportadores esperaban: la helada en el Brasil. Le comenta que el café colombiano se ha disparado en las bolsas del mundo, que en pocos días logrará un precio récord, que la cosecha del año, que ya se empieza a recoger, producirá el grano más bien pago en toda la historia. El país está a las puertas de la bonanza cafetera, tendrá divisas jamás imaginadas y los exportadores vivirán su mejor época. Latorre afirma que en pocos días se iniciará el congreso cafetero, que estará más agitado que nunca con el suceso de la helada, y que los exportadores y la Asociación Nacional de Cafeteros están ansiosos por las proyecciones que él, «el patriarca del café», dará para estos nuevos horizontes de riqueza y bienestar.

Pero don Octavio no se inmuta. Durante muchos años estuvo a la espera de esa noticia y ahora que es realidad ya no le conmueve. Tan sólo atina a decir a su conductor que lo lleve a su casa para recoger a su esposa, y que luego lo lleve al aeropuerto. Le dice a Latorre que cancele todas sus citas, incluida la del congreso. Jamás ha dejado de presidirlo. Don Octavio se siente interrogado por la mirada de su asesor y le dice: «Tengo un imprevisto de última hora. Una cita inaplazable.»

MANIZALES, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1975

Un elegante carro está parqueado al lado del avión de donde desciende don Octavio con Cecilia, su esposa, ayudados por sus asistentes. El carro arranca parsimoniosamente del aeropuerto y toma la sinuosa y polvorienta carretera que los conducirá a la hacienda Casablanca, una de las pocas que sobreviven en la zona y que es un hermoso monumento a la tradición centenaria de los Vallejo, una de las cuatro familias más poderosas en el mundo del café.

En la carretera, un viejo campero Willys se desplaza lento, con dificultad, tal vez a causa del peso de más de una docena de personas que lleva sentadas sobre bultos de café o colgadas del estribo trasero. Son los recolectores que cada seis meses o cada año se reencuentran en el Viejo Caldas, atraídos por la cosecha del café. Son colombianos con alma de gitanos: no pertenecen a ningún sitio, no tienen casa, tan sólo poseen lo que llevan puesto; vienen de recorrer diferentes partes del país; vienen de otra cosecha, vienen de donde se necesita de una mano de obra temporal; vienen del César de recoger algodón o del Tolima donde trabajan en las cosechas de sorgo, o del Chocó de donde regresan como siempre con la ilusión rota de no encontrar oro, o de cualquier otra parte del país donde puedan sobrevivir mientras llega la cosecha del café.

El carro negro y lujoso de don Octavio pasa velozmente el campero. Los recolectores observan con deslumbramiento su paso. Pero tal vez quien parece más fascinada es una muchacha de 18 años y mirada vivaz, Teresita Suárez, más conocida como «La Gaviota», que no cesa de observar el carro mientras se pierde en un punto lejano de la carretera.

–Ese sí debe ser un pesado de peso completo –le dice a su madre que es la menos deslumbrada con la aparición del carro.

–Es el del patriarca del café –atina a responder la mujer a su hija.

El carro de don Octavio llega a Casablanca. Una puerta electrónica se abre. Los jornaleros y algunos de los recolectores que ya se encuentran en la hacienda observan con curiosidad el arribo. Saben que deben guardar distancia. Ha llegado el patriarca del café: como siempre en octubre, como siempre, puntual, al iniciarse los días de la cosecha, ha llegado don Octavio. Saben cómo se llama, conocen bastantes cosas sobre él, pero jamás logran distinguir su figura, en la distancia: cada trabajador tiene sus conjeturas: es canoso... es alto... es rubio... es muy anciano... nadie sabe a ciencia cierta cómo es don Octavio.

En esta discusión se encuentran los trabajadores y recolectores cuando aparece el viejo campero y se estaciona frente a la finca. La Gaviota desciende con su madre y pide al conductor que le entregue su maletín: un maletín que para todos es exótico. En realidad es una maleta de colegiala, un poco raída y deteriorada por los eternos viajes y desplazamientos. Con desdén, el chofer coge la maleta y la lanza como si fuera uno de los bultos que lleva consigo. Gaviota reacciona enfurecida, insulta al chofer tildándolo de inculto, de animal y de ignorante. Así no se trata una maleta que tiene libros. Y de no ser por la intervención de su madre que la sujeta de los brazos, habría terminado liada a golpes con el chofer.

Aurelio, el capataz de la finca, recibe a las mujeres, con un secreto entusiasmo, que parece avivarse cada vez que su mirada vuela hasta la Gaviota. Es notorio su interés por todas las mujeres y como siempre las acompaña a alojarse en el cuartel, donde pasarán todo el tiempo de la cosecha, junto a los demás jornaleros, compartiendo el mismo techo.

Gaviota es blanco de toda suerte de piropos por parte de los trabajadores, piropos que, saben, son inútiles. La Gaviota es difícil. Es invulnerable a los asedios masculinos: en su eterno trasegar por el país, desde que nació en una travesía hacia el Magdalena, ha compartido techo, mesas y áreas de trabajo con toda suerte de hombres, desde los románticos más castos hasta los tramposos de feria, y nadie tiene memoria de que alguien la haya podido seducir. Su temperamento, tan sólo dominado por su madre, la hace inaccesible. Su sobria belleza, su sensualidad natural, y una ternura detrás de la cual se esconde un poderoso instinto de protección, son como una coraza difícil de romper. Pero esto no es obstáculo para que los hombres intenten agotarle una vez más la paciencia con sus bromas y pesados piropos. Y a pesar de su temperamento, los recolectores y todo el mundo, incluida su madre, la llaman la Gaviota por su marcada obsesión por una canción de carrilera, *La Gaviota Traidora*, de las Hermanas Calle –sus máximos ídolos–; les pareció que se ajustaba con su caminado suave, la ternura que en todo caso irradiaba, la inquietud que despertaba entre los hombres y su capacidad de sueño.

Carmenza, la madre de la Gaviota, no entiende por qué tanta romería en torno a la casa y la hacienda. Uno de los jornaleros le explica que acaba de llegar don Octavio y que una vez más todos desean verlo, memorizar la imagen del patriarca del café. Carmenza guarda silencio, y continúa su camino hacia el cuartel, con Gaviota, quien también está intrigada y fascinada. Carmenza le dice a Gaviota, para disiparle sus dudas, que don Octavio es un anciano, de cabellos blancos, alto y fuerte como un roble. Gaviota queda sorprendida. Ignora por qué su madre conoce con tanto detalle al patriarca. Carmenza elude las preguntas y el asedio de su hija.

En el galpón, Aurelio les entrega los catres y la mesita donde Gaviota coloca sus libros para estudiar en la noche. Para Gaviota la mesa es tan importante como extraña para los demás recolectores. A sus 18 años, es una de las pocas personas entre los recolectores que saben leer y escribir, y sus libros, de aquellos que dan la sensación de haber pasado por muchas manos durante generaciones, son algunos textos primarios que compra con lo poco que les deja la cosecha. Leer y escribir la hace aún más exótica entre sus compañeros, casi todos analfabetos, resignados a la pobreza, a su vida nómada, a despilfarrar cada domingo de pago el dinero en las cantinas, al lado de mujeres tan rotas y desesperanzadas como ellos mismos. Su horizonte es reducido. Saben que cualquier día morirán en una plantación o en

cualquiera de las carreteras que transitan durante el año. No apuestan más por sus vidas. Nacen derrotados. Pero Gaviota es diferente: piensa que si bien su vida puede estar destinada a la gitanería, leer y escribir aún como una adolescente, y hacer elementales operaciones contables resolverá con más facilidad sus problemas de dinero, problemas que se reducen a cosas como la cantidad de sacos que deben evacuar con su madre en una jornada. Y piensa que con eso ella escapará algún día del destino inexorable que se cierne sobre todos los recolectores.

Carmenza la apoya. Y a pesar de que Gaviota le lee cuentos en las noches y le ayuda en los manejos de dinero, piensa que, a sus 40 años, la existencia no le depara nada diferente que a cualquier otro recolector.

Hija de campesinos desheredados de sus tierras por la violencia y que luego se vieron forzados a deambular por el país, detrás de una cosecha, su itinerario siempre tiene un punto de retorno, un lugar que le sirve como centro y punto de referencia de cualquier peregrinación: la hacienda Casablanca, grande, imperial, capaz de otorgar a cualquiera cierta confianza con tan sólo mirarla a lo lejos. Desde niña viene todos los octubres a recoger café. Y a pesar de que para esa misma época, en otros años, la vida le ha presentado otras alternativas, Carmenza lo abandona todo por estar siempre en la hacienda en octubre: su vida ha sido azarosa: romances fugaces, amores de aquí y allá que duran lo que demora una cosecha, asedios de toda suerte, más sexuales que sentimentales. Uno de ellos desembocó en el parto de Gaviota.

Carmenza es una mujer hermosa, con una sonrisa cálida que aparece, como por arte de magia, en los instantes más aciagos, y parece disiparlos; unos ojos de echadora de naipes, dormidos y profundos, en los que se refleja con la misma intensidad el sentimiento de la melancolía que el estallido de felicidad; es levemente maciza y sus movimientos, cuando se pierde entre el océano rojizo de los cafetales, podrían ser los de una adolescente; profundamente sexual y vigorosa, se resiste a dejar vencer su atractivo por el paso de los años: su figura explica en parte la indescifrable belleza de Gaviota. Silenciosa, amorosa en ocasiones, estricta en el cuidado de su hija, su vida es un misterio. Cada año por la época de la cosecha, se torna aún más enigmática. Mientras Gaviota se queda en el galpón estudiando sus viejos libros, Carmenza se pierde en la noche: sale del galpón y regresa muy tarde. Y es curioso: esta costumbre no la practica en ningún otro lado, solamente en la hacienda Casablanca. Pero Gaviota no pregunta. Sabe que su madre es cuidadosa: jamás ha permitido que ella presencie sus romances, que conozca el nombre de su amante de turno, y que incluso sepa el nombre de su padre.

En la hacienda Casablanca, Octavio Vallejo ha pedido que le abran las cortinas de su habitación para contemplar, como si fuera por última vez, el paisaje ancestral: cientos de cafetos verdes, abarrotados de granos rojos, en medio de unas laderas turbias por la neblina mañanera, diáfanos y nítidos al mediodía, cálidos en la noche. Silencioso, como siempre, observa el paisaje desde la habitación principal, la que mandó construir especialmente para él hace ya más de 60 años, cuando contrajo matrimonio con Cecilia, su esposa, su compañera, la madre de sus hijos, pero no su confidente.

Para Cecilia, Octavio es un enigma perpetuo que vive con ella hace más de sesenta años. Lo ha acompañado en silencio desde cuando era un comerciante de telas y de productos europeos que compraba en Honda y que comercializaba en todas las zonas del Viejo Caldas. Estuvo con él cuando adquirió y comercializó los primeros carros que llegaron a la región. Lo acompañaba en infinitas tardes de modorra, en su estudio, donde pasaban largas horas leyendo una extensa biblioteca que en principio heredó de su familia, colonizadores paisas, y que después fue aumentando con sus viajes; lo acompañó a todas sus actividades sociales: a las fiestas coloridas en Manizales, ciudad donde adquirió varias propiedades y era más respetado que los políticos, no sólo por su fortuna, en parte heredada y en gran parte conformada por los negocios, sino además por su linaje; estuvo a su lado cuando decidió cultivar café en las grandes extensiones de tierra de su hacienda; lo vio convertirse en pocos años en el hombre que producía más café en la región, y también divagando como un obseso por todos los rincones, a las horas más insospechadas, como por ejemplo cuando todos en la región ya dormían, razonando que el negocio del café no sólo era cultivarlo, sino venderlo en

el mundo; lo acompañó en sus viajes a Nueva York, ayudándole a soportar el miedo que le producían los aviones, la imborrable huella del accidente de Carlos Gardel; conoció de cerca el mundo de la banca mundial, con sus hombres perfectamente vestidos que, no obstante, pueden descomponerse en una fracción de segundo, y todos sus movimientos posteriores al colapso de Wall Street; vivió con él el esplendor de las grandes fiestas y recepciones en la Bogotá anterior y posterior a la violencia; era una esposa orgullosa, que le dio la mano a todos los presidentes de la república, de los bancos, de las empresas más importantes del país; lo acompañó en todas las actividades cafeteras, presididas siempre por él, uno de los hombres más importantes del mundo en el café. Era, pues, la orgullosa mujer del patriarca del café, la compañera perenne de su vida oficial. Pero jamás pudo penetrar en su mundo interior.

Cecilia siempre supo que Octavio llevaba otra vida, secreta e intensa, rodeada de aventuras con varios géneros de mujeres. Era un hombre de una virilidad extraordinaria. Nunca cesó en su empresa amorosa, sino cuando sus ímpetus de conquistador magnífico se estrellaron con la barrera dolorosa y fría de los sesenta. Entonces, Cecilia pudo descansar. Sabía que habían pasado los años del gran peligro, que su esposo estaría junto a ella hasta el final de sus días, y se sentía orgullosa porque finalmente ninguna mujer pudo arrancárselo de su lado, ni siquiera las más ávidas cazafortunas, porque Octavio tenía un concepto sólido del matrimonio aunque no de la fidelidad. Nunca se atrevió a cuestionarle su vida íntima, ni sus extrañas costumbres: como aquella de venir cada año a la hacienda, en época de cosecha, sin la menor necesidad real de su presencia.

Regresaba pues cada año, y en las noches salía a caminar, solitario y un poco taciturno, y nunca nadie supo a qué sitio. Pero Cecilia no preguntaba ni censuraba, ni siquiera cuando la asaltaban los temores de que en medio de tantos amorios borrascosos e indiscriminados pudiera extender la estirpe, procrear bastardía que más adelante reclamase el más digno de los apellidos. Nunca, supo que él hubiera engendrado en otras mujeres, pero no dejaba de preocuparle que Octavio, en algunos de sus deslices, hubiera dejado una criatura de su sangre.

No lo contradijo jamás en sus deseos y empeños, por más tercos que fueran, como aquel de continuar produciendo café en la hacienda, a pesar de que ésta no producía cantidades importantes y que de esa producción no se devengaba tanto como de las exportaciones. Era, se repetía ella, más por honor que por divisas, que Octavio regresaba a la hacienda y ponía su esmero en que siempre pareciera tan nueva y opulenta, tan grandiosa e importante como el primer día. Allí había sido criado. Y en sus manos firmes logró su esplendor, cuando las haciendas ya habían decaído en el Viejo Caldas: el solo hecho de su existencia, de estar levantada allí, en medio de pequeñas fincas, significaba para él que los Vallejo, como siempre, subsistían, y que sus símbolos eran vistos y reconocidos por todos.

Octavio no le ha contado a Cecilia la sentencia definitiva de su médico. Pero una esposa aprende a reconocer en las mínimas gestualidades y en las actitudes más cotidianas, el aviso de una calamidad. Ella ha concluido que Octavio tiene las horas contadas pues le pareció extraño que cancelara su cita infaltable al congreso cafetero, que no le entusiasmara para nada la extraordinaria noticia de que Colombia vendería café como nunca, por las heladas del Brasil, y que lograría el precio más alto de su historia en las bolsas de Londres y Nueva York, y que tampoco saliera como siempre en las noches, a su misterioso paseo nocturno. Y confirma su premonición no sólo al ver su estado cada vez más deplorable y agónico, sino cuando pide que le traigan en el término de la distancia al señor obispo de Manizales.

Cecilia trata de convencerlo de que se vayan a Bogotá, donde estarán más seguros si acaso sufre una recaída, o de que viajen a Londres y se haga revisar de los grandes especialistas. Pero Octavio se niega una y otra vez, lleno de convicción. Sabe que ningún médico del mundo podrá evitar el designio ya señalado: «Ya es hora de terminar mis relaciones con este mundo.»

Con estas mismas palabras recibe Cecilia a Rafael y a Carlota, quienes al saber de la presencia del patriarca en la hacienda, han viajado desde Manizales. Rafael, un hombre manso de 56 años, es el hijo menor de don Octavio. Y a diferencia de Francisco, su hermano único y encargado de los manejos de exportación y comercialización del café, toda la vida ha estado vinculado sentimentalmente a la tierra, al grano y a la cosecha. Pasa gran parte del tiempo en la hacienda y otra parte en una elegante casa de Manizales, siempre en compañía de su mujer.

Simultáneamente se encarga de todos los negocios de la familia en Colombia, es su representante en las juntas regionales cafeteras, y maneja las demás haciendas y fincas de la familia. Rafael sabe de la importancia que tiene para Octavio la hacienda y por eso le dedica más tiempo que a las demás.

Octavio podrá morir en paz, pues sabe que su hacienda, en manos de Rafael, podrá perpetuarse. Y así se lo hace saber en su lecho de muerte. «Tú, y en tu ausencia tus hijos, deberán asegurar que esta hacienda jamás saldrá de las manos de la familia, sea cual fuere la situación.» Rafael vuelve a prometerle que Casablanca jamás será perdida, será el refugio, el santuario, la morada ideal de los Vallejo.

El obispo de Manizales no demora en atender el reclamo de Octavio Vallejo. Su llegada a la hacienda, en su auto oscuro, pilotado por un chofer circunspecto y distante, levanta el estupor de los trabajadores. Carmenza observa a prudente distancia su arribo, y escucha en silencio el rumor que corre entre los trabajadores de que el patriarca agoniza. La actividad de la cosecha se congela. La noticia es inesperada y hasta cierto punto fantástica: la muerte de un fantasma recóndito... que es precisamente lo que fue siempre Octavio para esos jornaleros y recolectores que ahora, en grupos casi reverentes, se arremolinan en torno a la casa, preguntando a Aurelio por la suerte del patriarca. Su muerte es inminente. La presencia del obispo significa, sin duda alguna, la aplicación de los santos óleos, tal como sucede en la habitación de don Octavio, quien ya ha perdido la lucidez y ha entrado en el trayecto que lo comunicará con la muerte. Carmenza se arrodilla, como todos los demás, y empieza a rezar, al lado de su hija.

A la Gaviota la ha sorprendido que en esta estancia, Carmenza no salió más que una noche del cuartel y regresó temprano. Por lo demás, pasó el resto de las noches con ella, e incluso la acompañó algunas veces hasta la casa de la hacienda para ver a escondidas y a través de la ventana del estar de la casa, el televisor de doña Cecilia que, al igual que ellas, estaba atrapada en el itinerario de una telenovela, que ahora seguía en compañía de Carlota. Gaviota y su madre vienen siguiendo la trama desde el César, e incluso antes desde el Urabá. Pero mientras en las otras cosechas se les permitía ver televisión en las áreas sociales de las plantaciones, en la hacienda Casablanca no se les brindaba esta oportunidad, y el único televisor que había era el de doña Cecilia, y ella, como era fama entre todos, jamás permitió que un recolector, miembro del estrato más bajo, entrara en su casa a compartir sus esparcimientos. Por ello, Gaviota y Carmenza habían venido siguiendo la telenovela a escondidas, desde la ventana, suponiendo con la imaginación los diálogos que no alcanzaban a escuchar con nitidez.

Al anochecer, la única luz que está encendida en la casa de los Vallejo es la de la habitación de don Octavio, y todos los trabajadores continúan afuera, rodeando la casa, y las mujeres insisten en rezar nuevamente oraciones que permitan la glorificación de su alma. Cientos de familias caficultoras, esparcidas a lo largo de las laderas, y que han escuchado el rumor, aguardan en sus casas, desde donde pueden ver la silueta de la gran finca, la noticia de muerte.

Hay un extraño mutis en la luz de la habitación del patriarca. Y todos entienden que don Octavio ha muerto. Algunas mujeres sueltan con intensidad sus llantos de plañideras, mientras que los hombres se arrodillan en silencio y se dan la bendición. Carmenza, que ha estado postrada orando y observando la habitación, se levanta al ver el cambio de luz y mientras hay consternación general, ella tan sólo se apresura y sale corriendo de allí, en medio de la mirada inquieta de Gaviota, que si bien no entiende el llanto de las mujeres, menos aún la actitud desesperada de su madre.

Se escucha un hondo, impresionante e inesperado sonido proveniente de las montañas. Es un sonido funeral que parece navegar los vientos y que ocupa toda la inmensidad. Es el sonido de un cuerno que alguien toca desde su casa, y que tradicionalmente anuncia que alguien de la región ha fallecido, alguien conocido, significativo, importante: hoy se trata del patriarca lejano del que todos vivieron, del que todos hablaron, del que todos especularon pero que muy pocos llegaron a conocer. Ha muerto don Octavio Vallejo.

Es como si el sonido del cuerno, incesante, se propagara por toda la región, sobrepasara las barreras de la región cafetera y llegara raudo hasta Bogotá, hasta Londres, hasta Nueva York, hasta cada uno de los puntos del universo donde la muerte de Octavio Vallejo va a estallar como una bomba, engendrando las incidencias más insospechadas.

NUEVA YORK, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1975 (8 P.M.)

Es como si llegara a una de las calles cercanas de Wall Street, se detuviera frente a una gran edificación y entrara a uno de sus pisos altos, a una confortable pero agitada oficina, donde varios ejecutivos chequean computadores que brindan información de los movimientos de las bolsas, especialmente la de Nueva York y la bolsa del café, el cacao y el azúcar, donde el precio del grano ha estado variando casi todo el día. Los ejecutivos, en su mayoría colombianos, exponen sus teorías a Francisco Vallejo, un veterano exportador que anda por los sesenta años, hijo mayor de Octavio y Cecilia, el primero en la familia en estudiar en el exterior, en abrirle los ojos al viejo Octavio sobre las proyecciones mundiales del café. La oficina que ahora controla, y que tiene dependencias en otras ciudades de Estados Unidos y Europa, se creó con una fuerte inversión del patriarca, pero con el paso de los años Francisco logró darle una mayor relevancia, hasta convertirla en una de las tres más importantes de Colombia, y una de las principales oficinas exportadoras en Estados Unidos. Francisco escucha con gesto de traspaso y fatiga el incesante balbuceo de sus ejecutivos que analizan las ofertas para el día siguiente, mientras que aún, a esa hora, siguen recibiendo llamadas de los corredores de bolsa y de los clientes americanos que regatean precios a última hora. La helada del Brasil ha desordenado la vida de estos ejecutivos y los ha lanzado a trabajar horas extras, intensas jornadas que requieren de una atención crispada y tensa, pues están en juego millones de dólares. Los teléfonos repican sin cesar, y una de esas llamadas es recibida por la secretaria de Francisco que se ve obligada a interrumpir la junta permanente del experto cafetero. Le hace entender que es urgente, imperioso, que es de Colombia. Francisco toma el aparato; es Cecilia, su madre. Francisco escucha la noticia de la muerte de su padre, y queda estupefacto, nunca creyó que escucharía lo que escucha; también él, como los distantes trabajadores de la hacienda, se acostumbró a creer en la inmortalidad del patriarca.

BOGOTÁ, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1975 (8 P.M.)

Es como si el sonido del cuerno se filtrara ahora en la lujosa residencia de Francisco, en Bogotá, donde Ángela, su esposa, termina de recoger las cartas de bridge, mientras planea las actividades para el día siguiente con sus amigas, casi todas esposas de exportadores y de tostadores. Ángela prefiere permanecer en Bogotá cuando Francisco está muy atareado en Nueva York, como ahora con los asuntos de la helada brasileña, y se mantiene con sus amigas jugando en las tardes, o realizando obras de beneficencia para los pobres que, según ella, son su mayor debilidad.

Es en ese preciso instante cuando recibe la llamada de Francisco desde Nueva York, informándole que debe recibirlo en el aeropuerto y los dos tomar un avión hacia la región cafetera, pues su padre ha muerto. Ángela acepta el pedido de su esposo, no sin cierta carga de aflicción. Cuelga el auricular y da la noticia a sus amigas, entre quienes se instala el estupor y el silencio. Luego agrega que le duele la muerte del viejo porque frustra los planes de actividad social que han diseñado para las próximas jornadas, pero que tratará de estar de regreso al día siguiente, después del obligatorio sepelio.

LONDRES, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1975 (3 A.M.)

Es como si el sonido del cuerno atravesara ahora el Atlántico, llegara hasta Londres y se detuviera frente a un edificio, de aquellos característicos de esa ciudad, oscilantes entre la

lobreguez y la elegancia, y entrara en una habitación, donde una voluptuosa rubia, desnuda bajo las sábanas, observa con furia y decepción a Sebastián, que se viste lentamente, en silencio y con claras señas de derrota. Antes de salir de la habitación, Sebastián solamente le dice, en inglés, «perdóname». En la sala, su primo Iván besuquea sistemáticamente, con furia casi perversa, a dos inglesitas, y al ver el gesto depresivo que tiene Sebastián, no puede evitar sonreírle, burlón: sabe que nuevamente ha fracasado en un lance amoroso.

Sebastián ha cometido el error de confesarle a Iván que jamás ha podido hacerle el amor a mujer alguna. Y se vio forzado a hacerlo desde los primeros días en que empezaron a compartir el apartamento, cuando Iván empezó a urdir, con minuciosa picardía, siempre con los ojos encendidos y el principio de una sonrisa, citas amorosas conjuntas, con varias de sus compañeras de clase, o con algunas vecinas fogosas e inquietas del mismo edificio. Pero, a pesar de la confesión, Iván le aseguraba que la única manera de salir de ese fango y esa opacidad sexuales, era intentándolo, una y otra vez, sin tregua, con fe, hasta superar completamente el trauma. Sebastián, cándido hasta cierto punto, se deja llevar por los consejos de su primo, pero siempre obtiene los mismos resultados infructuosos y queda un tanto más abatido.

Dos años atrás, Sebastián había sido enviado por su familia a Londres, para estudiar Ingeniería Agrícola, siguiendo la afinidad romántica de su padre por la tierra. Iván ya se encontraba en Londres, estudiando economía y era sobresaliente y desenvuelto en las clases, respetado entre los compañeros y obseso reconocido de algunas materias y algunos temas, especialmente aquéllos relacionados con el mundo bursátil y el comercio exterior. En el fondo, sus fijaciones corresponden a la vena de gran negociante internacional, heredada de su padre, Francisco. Iván, al contrario de Sebastián, desprecia la tierra, la vida de las haciendas, y prefiere ver al café, no en su forma primitiva sino transformado, por la magia de la economía y de las transacciones ambiciosas, en acciones de la bolsa internacional. No se cansa ahora de vaticinarle a su primo, con cierta burla latente, que su delirio por el universo agrícola lo mantendrá aislado del mundo, de las grandes metrópolis y de sus mujeres, de las oficinas donde se maneja el negocio del café, de la bullente vida social de las ciudades, y que él, por el contrario, se mantendrá marginado toda su vida, en una granja, alucinado por las «tontas» experiencias naturales. Sebastián, empero, es invulnerable a el mare magnum de mofas y oscuras profecías. La idea de aislarse en una hacienda, haciendo toda clase de «tontos» experimentos con la naturaleza, le resulta algo más que seductora: lo mantendrá alejado de las ciudades y de la tentación carnal de las mujeres. Tal vez por ello ha escogido la ingeniería agrícola: se ha formado la idea de vivir en celibato por el resto de sus días.

El teléfono suena. Sebastián lo contesta, extrañado por la hora, y juzgando que debe tratarse de otra de las amiguitas de Iván. Pero es su madre, Carlota, que llama desde la hacienda para darle la noticia de la muerte de su abuelo. Ella le dice que debe informar lo sucedido a Iván y que ambos deben tomar el primer vuelo hacia Colombia, pues el sepelio se realizará únicamente cuando esté la familia en pleno. Sebastián cuelga muy afligido y con la voz quebrada, comunica el hecho a su primo. Este se queda pensativo, reflexionando, en silencio, sin demostrar mayor sorpresa ni, menos aún, algún dolor. Hay que deshacernos de ellas, dice Iván, señalando a las mujeres que no parecen entender nada y se empeñan en prolongar el ambiente de fiesta borrascosa. Luego se retira a su cuarto y empieza a hacer sus maletas, silencioso y abatido.

Iván, casi siguiendo también en la tónica de fiesta, despidió a todas las muchachas, no sin antes comunicarles algo grave, fundamental para su vida: sale de viaje hacia su país, pero volverá, volverá siendo un tipo nuevo; atrás queda desde ahora mismo el simple estudiante de economía, ha nacido un importante hombre del universo del café.

LONDRES, 8 DE SEPTIEMBRE DE 1975

Es como si el sonido del cuerno se trasladara dentro del mismo Londres, y llegara hasta otro edificio, penetrando con su velocidad pasmosa en la habitación de Paula, que duerme profundamente cuando suena el teléfono. Contesta. Es su madre para darle la noticia. La

enorme y rubia cabeza de Arthur emerge de las cobijas algo atontada, y trata de preguntar por el motivo de una llamada a esa hora, pero Paula le tapa la boca, angustiada, diciéndole en secreto que es su madre. Después cuelga el teléfono, afectada por la noticia, y le comunica a su novio que debe viajar cuanto antes a Colombia para el sepelio de su abuelo. Arthur se entusiasma bastante, le dice que la acompañará, que siempre ha querido conocer el país de donde proviene el café más suave del mundo, al que degusta todos los días en las instalaciones de la Organización Internacional del Café (OIC), donde trabaja como catador y donde la conoció, según sus palabras, «la tarde de mi fortuna». Ella se niega, rotunda, no quiere que conozca Colombia, le dice que ése es otro universo y que él jamás podría entenderlo. Pero le asegura, mientras él trata de protestar en inglés y en rudimentario español, que se encontrará de regreso en una semana, a más tardar.

HACIENDA CASABLANCA, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1975 (1 P.M.)

Una gran congestión se ha formado en los alrededores de la hacienda. El parqueadero está saturado de vehículos –la gran mayoría elegantes, brillantes, codiciables, pertenecientes a las marcas más exclusivas que se producen en el mundo–; pertenecen a políticos encumbrados de toda la nación, a los ministros de Hacienda y Agricultura, a los representantes de la presidencia de la república, a los exportadores y tostadores, al gerente de la Asociación Cafetera, a familiares y conocidos de los Vallejo y amigos caficultores de la zona, a empleados de las empresas de la familia y administradores de otras fincas del patriarca ausente. Hay también una danza de periodistas con cámaras filmadoras, máquinas de fotografía y grabadoras acechantes. Y más allá de los linderos de la casa, jornaleros y recolectores, curiosos, pequeños caficultores, todos muy serios, todos luciendo sus trajes de ocasión importante.

Gaviota se encuentra en este último grupo. Observa con su madre el movimiento casi histérico que se desarrolla en la hacienda. Carmenza tiene en el rostro las secuelas de una noche de angustia y zozobra, y Gaviota no logra descifrar la agonía interna de su madre. Sabe que muchas de las mujeres trabajadoras de la hacienda lloran por don Octavio Vallejo usando sus artes de plañideras, aprendidas desde la infancia como condimento ideal de los velorios, y que sus gemidos pertenecen más al teatro que a la verdad, pues nunca lo conocieron, ni hablaron con él, ni supieron cómo era y, en muchos casos, ni siquiera tuvieron la feliz opción de saludarlo. Pero su madre, se dice Gaviota, su madre es otro asunto. No es como ellas. Sería incapaz de fingir, de lograr que su rostro fuera visitado por las lágrimas sin una verdad que lo provocara. Existe, cavila la joven, algo muy profundo, algo que pertenece al reino de los secretos impronunciables, algo importante que no será posible preguntar.

Se encuentra sumida en estos pensamientos cuando la llegada de un nuevo automóvil eclipsa su atención, sobre todo cuando de él descienden esos tres jóvenes intachablemente vestidos, como los de las telenovelas que mira su madre, haciendo alarde de un estilo que el dolor no logra fracturar. Se trata de Sebastián, Iván y Paula. Ella los estudia uno a uno, juzgándolos encantadores, pero no puede dejar de reparar con más intensidad en Sebastián: le llama la atención su porte distinguido, poderoso pero dulce, realzado por un par de gafas oscuras que esconden sus ojos de luto, su perfecto traje inglés que le debe estar cocinando con el tremendo calor, sus movimientos suaves, como estudiados, como mandados a hacer también en una fábrica de cosas elegantes.

–Es uno de los nietos de don Octavio –explica Carmenza.

Gaviota observa cómo Sebastián abraza afligido a su abuela, a sus padres, mientras que Iván parece más seco, parco en el saludo a los suyos y más interesado en los invitados que inundan la casa que en el dolor de las circunstancias.

–Pero mamá –estalla la Gaviota–, en esa finca parece que ocurriera más bien como una fiesta... eh, eso tiene de todo menos de velorio. ¿Será que alguien allá se acuerda del muerto?

Y tiene razón. El sepelio de don Octavio Vallejo se ha convertido en una reunión extraordinaria del Congreso Cafetero. Francisco, que no ha parado un solo instante de recibir llamadas de sus ejecutivos en Nueva York, pidiendo instrucciones de venta, es la estrella, el

centro de atracción: ha estado, más que cualquier otro, en los pormenores de la naciente bonanza, viviendo las incidencias de la subida del precio del grano. Todos allí hacen pronósticos sobre el tiempo que durará la helada y el precio que alcanzará el café colombiano, cruzan negocios tentativos, comentan posibles estrategias de mercado. Iván, el más entusiasta con el tema, parece adquirir una vitalidad enorme cuando toma la palabra. Y la toma cada instante, hasta que debe interrumpir sus fogosas pláticas para atender a Lucrecia, su novia oficial, que se encuentra allí hace tiempo, y le reprende agriamente por no haberle avisado que vendría a Colombia al sepelio de su abuelo. Iván la calma con un par de palabras y una mirada severa, y le presenta a Marcos Trujillo, joven caficultor, amigo de Sebastián que, a diferencia de los Vallejo, prefirió quedarse en Pereira y no especializarse en el exterior, para estar al frente de su finca cafetera, y sobre todo, de la política, según él, su obsesión principal.

Dos familiares más se suman al cortejo. Ángela y Bernardo, el hijo menor de Francisco, un hombre que parece esculpido en roca, silencioso, ordenado, puntual y sistemático como un reloj suizo, al que jamás se le ha conocido romance alguno. Trabaja para su padre, viajando por el mundo, especialmente por los países asiáticos como el Japón, en busca de nuevos clientes.

Y Marcela, hermana menor de Sebastián, joven excéntrica que desertó de la familia apenas terminó la secundaria, para irse a París a estudiar teatro. Considerada la oveja negra por su abierta oposición al mundo de la burguesía y por no querer terminar hundida en el universo del café. Ella asegura que su familia solamente puede hablar con el corazón y ponerse sentimental cuando habla de café, y este sepelio no es más, para ella, que otra confirmación de su teoría.

Ángela, que ha estado llamando al aeropuerto, corriendo su reservación a medida que se prolonga el sepelio, les dice a todos que en vista de que ya toda la familia está reunida, se deben iniciar las honras fúnebres, alegando que entre más breves y lacónicas sean éstas, menos dolorosas serán para la abuela Cecilia.

La gran procesión parte de la hacienda. Adelante, el coche fúnebre, seguido por los carros de los familiares e invitados, y más atrás los carros de los empleados, y por último, a pie, los jornaleros y recolectores, y entre ellos Gaviota y su madre.

MANIZALES, CATEDRAL, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1975 (3 P.M.)

Hay tanta gente dentro de la catedral, que los recolectores y jornaleros deben seguir la ceremonia desde afuera, desde las gradas de la catedral. Gaviota, sin poder evitarlo, vuelve a sentir la agonía interior de su madre. Toma una de las tantas flores de las coronas mortuorias que han caído al piso, y le dice que debería entrar a la iglesia, acercarse al cadáver, colocar aquella flor sobre el féretro y que tal vez así podría sentirse mejor, descansar de aquella zozobra ciega. Pero Carmenza se opone. Sabe que el interior de la catedral, en ese minuto, le está completamente vedado a ella y a todos los de su clase. Así que Gaviota decide tomar la iniciativa. Lo hará ella. Su madre trata de impedirlo, pero es demasiado tarde. Gaviota se abre paso por entre los recolectores, que la miran casi espantados; atraviesa el cúmulo de periodistas que han desactivado sus cámaras a la espera de que la ceremonia termine, e ingresa a la nave, por el corredor central, donde está el féretro, cerca a los Vallejo, y más al fondo la imponente figura del obispo, con toda la parafernalia de su poder litúrgico encima. Y a pesar de que se desplaza lentamente, intentando provocar el menor ruido, su presencia, cada vez más próxima, llama la atención, desorienta, molesta a todos los presentes, incluso al alto clérigo que, breve pero dramáticamente, pierde el hilo de su discurso apologético. Estalla una ola de estupor. Gaviota llega hasta el ataúd y coloca la flor sobre el féretro, se da la bendición, da media vuelta y se encuentra con la mirada desaprobadora de las mujeres y la mirada desconcertada de los hombres. Gaviota hace una venia aquí y allá, tratando de manifestar que también ella está sintiendo dolor y duelo, pero consigue a cambio más miradas ácidas, más fulminantes rostros de consternación, y una sonrisa de Iván Vallejo, quien mira a Sebastián con sorna, mientras éste se pregunta quién es esa joven, ingenua muchacha, atrevida

muchacha, inesperada muchacha con aire de campesina pero con apabullante aureola de ángel.

2

UN ÁNGEL ENTRE LOS CAFETALES

HACIENDA CASABLANCA, 9 DE SEPTIEMBRE DE 1975 (6 P.M.)

Cecilia les ha pedido a todos que se queden unos días en la hacienda. Que la muerte de Octavio, repite, sirva al menos para que todos pasen un tiempo en familia, como no ocurre hacía ya años. Hay protestas secretas ante aquella demanda. El primero en desertar es Francisco. Dice que sus obligaciones en Nueva York le impiden estar más tiempo en Colombia que debe regresar cuanto antes a su oficina en Estados Unidos. Ángela apoya su moción, pues le sirve para regresar ella misma a la Bogotá de sus obras filantrópicas. Francisco le dice a Bernardo que deberá viajar con él, pues debe darle instrucciones. Sin embargo, antes de partir, Francisco y Ángela ordenan a Iván que se quede ejerciendo una inaplazable y delicada misión: representar a la familia Vallejo Cortés en la lectura del testamento, que se hará al día siguiente cuando venga Latorre con los documentos debidamente organizados. Iván acepta gustoso la petición, pues es el más interesado en saber qué parte de los bienes del patriarca le van a quedar a la familia, y por línea directa, a él. Lo único que le molesta de su estancia allí, es tener que soportar a Lucrecia, que aún no le perdona su intento de venirse a escondidas a la hacienda.

Por el lado de la familia de Rafael y Carlota no hay objeciones. Sebastián tiene pronosticado pasar tres días más allí y luego regresar a Londres. A Marcela le parece una magnífica idea quedarse y por otra parte viajar a Bogotá para conocer de cerca el proceso del teatro y la televisión de Colombia. La única reticente con aquella temporada es Paula, que no cesa de preocuparse por su novio inglés, y que debe aceptar a regañadientes el ofrecimiento de su abuela.

HACIENDA CASABLANCA, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1975

Doña Cecilia se ha levantado de pésimo humor. Por un lado inquieta de que Lucrecia e Iván no hayan regresado a la hacienda. Partieron la noche anterior a Manizales, y todos, menos la abuela, saben que no regresarán hasta el día siguiente.

Iván no pasaría la noche en la hacienda, teniendo tan cerca a Lucrecia, pero tampoco irrespetaría el duelo de la casa y la moral de la anciana, compartiendo una habitación con su novia. Así que debieron pasar la noche en algún sitio de Manizales, donde ella lo estaría complaciendo en lo que a él más le gusta: el sexo.

Pero hay algo que atormenta aún más a la abuela: la despertó el estridente canto de una de las recolectoras, que insiste en cantar desde tempranas horas una vieja canción, *La Gaviota Traidora*, y le parece que no sólo es una falta de respeto con el reposo, sino con el luto de la familia.

Sebastián la tranquiliza y le dice que él se encargará de apaciguar a la destemplada artista.

Sebastián sale en su caballo y a pocos metros de la casa divisa a la Gaviota, sentada en el suelo, haciendo cuentas junto a varios bultos de café, mientras interpreta, cada vez más chillonamente, su canción predilecta. Está sentada con desparpajo, su falda corrida casi a la altura de la cadera, permite ver el esplendor de sus piernas, y Sebastián, nervioso, las recorre lentamente con su mirada. Se acerca, no sin dudarle un poco, y entabla conversación con ella,

pidiéndole con suavidad, casi susurrando, que baje el tono de la voz y de esa forma calme el malestar de su abuela.

–En mis tiempos se saludaba, señor –es toda la respuesta de Gaviota. Pero ella se encuentra ansiosa por hablar más con aquel hombre. Anoche, nada más, su madre le contó que ella y este joven rubio jugaron alguna vez entre los cafetales, cuando ella apenas tenía cinco o seis años.

La misma imagen llega a la cabeza de Sebastián: una imagen limpia, transparente como un arroyuelo, que había sido borrada por el tiempo y su implacable velo de olvido, pero que ahora regresa, intensamente, y lo inunda todo, como no dejándole ya espacio a los otros recuerdos de su vida. El corazón le salta, como si quisiera abrirse paso a través de la carne, del pecho, de la camisa.

Pero la emotividad se desvanece. No puede recordar el nombre de esa mujer, tal vez ni siquiera es cierto que alguna vez jugó con ella en la infancia, tal vez se trate simplemente de un ensueño, producido por el cansancio acumulado de varios días y, por qué no, también por la visión de las piernas casi perfectas de la joven. Sebastián regresa a la realidad y vuelve a pedirle a Gaviota que cante más bajo. Después también le agradece el detalle de la flor para su abuelo. Y se marcha sonriendo: no puede evitar sentir gracia por aquella ilusa.

Un recolector nuevo, que está con Aurelio y con otros jornaleros, y que ha seguido con su mirada a Gaviota durante los últimos días, con la sagacidad y la persistencia del tigre que estudia su presa, le confiesa al capataz que la muchacha le atrae poderosamente.

–Si a usted le gusta, hermano –responde lento, malicioso, como un sabio de las artes de la conquista, Aurelio–, lo único que tiene que hacer es acercársele de a poquitos, acariciarle la espalda primero y acariciarle el trasero después y listo... ella va a darle lo que usted quiera, mi hermano, y cualquier trabajador de aquí la conoce bien conocidita... si ya ni se le acercan de tanto que han estado con ella.

El recolector, activado por esas palabras, redobla su vigilancia de tigre hambriento. Sigue a la Gaviota hasta su cuartel, siempre tratando de ser discreto, y siente que entra en uno de los episodios más deliciosos e inolvidables de su vida, cuando se decide a entrar en acción. Aurelio y los jornaleros, escondidos uno aquí y otro allá, aguardan el desenlace de una broma que es ya tradicional. Aguardan lo de siempre: gritos histéricos de Gaviota, el sonido sordo de algunos trastos de cocina que irán a descansar en la cabeza del hombre, que ahora sale corriendo despavoridamente, perseguido de cerca por la muchacha que le grita toda suerte de improperios. Aurelio y sus trabajadores se ríen. El hombre ha pasado la prueba de fuego del trabajador primíparo.

El abogado Latorre da lectura al testamento de Octavio Vallejo. Y hay grandes sorpresas para la familia. Los Vallejo Cortés –Francisco, Ángela, Iván, Marcela y Bernardo– se encargarán, en calidad de propietarios de los negocios internacionales, de las oficinas exportadoras en Colombia y en el exterior, con lo que Francisco asegura en un ciento por ciento todo el negocio internacional. Los Vallejo Valencia –Rafael y Carlota y sus hijos Sebastián y Paula– se encargarán, en calidad de propietarios, de la hacienda Casablanca, de las otras fincas de la región, de los bienes raíces en Manizales, Pereira, Armenia y Bogotá, de las casas de recreo de la familia, ubicadas casi todas en la costa Atlántica y algunas en Miami.

Los herederos en este instante, queda completamente claro, son Francisco y Rafael –sus hijos–, pero el testamento aclara que a la muerte de éstos, los bienes pasarán a las manos de los hijos mayores Iván y Sebastián y que seguirán más tarde en poder de los hijos de éstos. Lo importante es, según el documento, que ningún bien escape de las manos y el control de la familia y que siempre sean administrados por alguien que lleve el apellido Vallejo.

De cualquier forma, los más beneficiados han sido los Vallejo Cortés, herederos del negocio más lucrativo: las exportaciones. Sebastián no entiende la actitud del abuelo, sólo lo hará años más tarde, cuando Iván atraviese por un vendaval jurídico. Pero, por lo pronto, no le angustia para nada quedar por fuera de los negocios internacionales. Asegurar el dominio de la hacienda es lo más importante para él, pues finalmente será allí donde se asile, voluntariamente, del mundo hasta el final de sus días.

Hay un último y misterioso aparte del testamento. Un sobre cerrado que solamente será abierto en tres años. Latorre, a pesar de las presiones de la familia, se niega a abrirlo, pues

fue una orden tajante del patriarca y él la acata como una promesa de amigo. Asimismo, les asegura ignorar por completo el contenido del sobre. Lo único que les puede decir es que hace parte de la herencia, de manera sustancial. Lo más curioso es que la totalidad de los bienes han sido heredados. A no ser que el viejo tuviera otros bienes secretos, de los que nadie hubiera tenido razón.

Al anochecer, doña Cecilia sufre otro acceso de ira. Ha sorprendido a Gaviota espiando su televisor, a través de la ventana de la sala de estar, y le ha ordenado a Aurelio, que la tiene apresada como si fuera un delincuente, que la despida de la hacienda junto con su madre. Pero en esos momentos aparece Sebastián, atraído por el escándalo y ha dicho que se encargará del asunto.

Liberada la Gaviota de las garras de Aurelio, sale con Sebastián de la casa y le explica, aun con palabras entrecortadas por la ofuscación, que únicamente estaba viendo una telenovela. Y acto seguido le detalla su trama, sus personajes, sus pormenores. Con una claridad y una precisión que cualquiera diría que habla de seres y situaciones conocidos por ella y trascendentales para su vida. He ahí la explicación de que no pudiera perderse el capítulo de esa noche. Sebastián debe obligarla a bajar la voz, pues ya atosiga con la intriga de la novela y sus personajes, y le promete que solucionará el problema si no se le vuelve a ocurrir espiarle el televisor a su abuela.

Horas más tarde, Sebastián aparece en el cuartel donde Gaviota está con su madre. Lleva un televisor pequeño en la mano y se lo entrega a la muchacha en calidad de préstamo. Podrán disfrutarlo hasta el final de la cosecha. Carmenza no lo puede creer y lo agradece, pero Gaviota monta un improvisado espectáculo de agradecimiento, inundado de palabras, de giros curiosos, de frases disparatadas. Sebastián le ruega que ya no agradezca más, el favor no vale la pena. Y se aleja sacudiendo la cabeza, como tratando de evacuar el centenar, la millonada de palabras que ella soltó en unos pocos segundos.

HACIENDA CASABLANCA, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1975

Y vuelve a jugar: Sebastián se despierta con los cantos atolondrados y persistentes de la Gaviota. Pero esta vez no alcanza a correr a su lado y llamarla al juicio. El canto cesa intempestivamente. Y por otro lado, Paula se encuentra de infarto: Arthur la ha llamado desde el aeropuerto de Manizales para decirle que, dándose cuenta de que no puede sobrellevar la vida sin ella, y cayendo definitivamente en los brazos del deseo de conocer a Colombia, se encuentra ya en el país, para quedarse cuanto sea necesario.

Sebastián calma a Paula, prometiéndole que recogerá al inglés en el aeropuerto. Iván aprovecha la ida para embarcarse, junto con Lucrecia y Marcela, para tomar el siguiente vuelo a Bogotá: pasará un día con su madre, para informarle sobre los pormenores de la herencia, y luego seguirá a Londres. Sebastián se quedará en Colombia dos días más. Regresará a Londres el lunes siguiente.

Paula, alarmada ante la proximidad de su novio, se hace cargo del almuerzo de aquel día, coordinando la traída a Casablanca de varios manjares característicos de la culinaria internacional. Platos delicados, de nombres impronunciables en estos predios, hechos con el regusto europeo por las viandas exquisitas. No desea que Arthur vaya a tener contacto con la bárbara comida criolla, generosa en grasa y en tóxicos, pues cualquier londinense que se respete es delicado y ante semejantes culinarias primitivas su estómago se volvería del revés, y la cuestión podría terminar en un fulminante colapso. Por eso, para cuando Sebastián regresa con ese rubio que chilla entusiasmado entre su auto, todo está dispuesto como en un magnífico restaurante. Arthur se encuentra exaltado, preso de una emotividad sin límite: ha caído desde ya en el encanto de los paisajes y lo entusiasmo la opción de conocerlo todo durante los días siguientes.

Una algarabía cercana llama, de pronto, la atención de todos. Viene de los cuarteles, y es cada vez más fuerte y alarmante. Habrá que ver qué sucede. Sebastián se encamina, primero con parsimonia y luego casi corriendo, al notar la romería que se ha formado frente al cuartel donde duermen la Gaviota y su madre. Hay gritos, expresiones eufóricas, risas, apuestas. Se

abre paso por entre los trabajadores y allí, tirada en el suelo junto a un hombre que gime lastimosamente, con la hermosa melena dorada completamente en desorden, como la de un león enloquecido y frenético, encuentra a Gaviota. Carmenza trata vanamente de retirarla, pues ya ha golpeado mucho a su adversario. Pero en vano. Gaviota es más fuerte que cualquiera que quiera amansarla. Sebastián interviene: ella está incontrolable. Los trabajadores, animados ante el espectáculo, le piden a su patrón que lo deje continuar pues ella pelea sumamente bien. Pero Sebastián la retira, le pide que se calme y le cuente qué sucedió. Gaviota toma aire, tratando de controlar su furia, pero lo único que hace es soltar un llanto rabioso y dolorido: les robaron el televisor que él les prestó y está segura de que fue ese hombre el que lo hizo, como represalia por no dejarse seducir el día anterior.

Gaviota alcanza a soltar varias formas de pago y algunos sistemas de crédito posibles para cancelarle a Sebastián el valor del pequeño aparato extraviado. Pero él la tranquiliza, no piensa cobrarle y solamente quiere que ella recupere la calma, por lo cual quiere hacerla beber un gran vaso de agua. Ella, déspota, le responde que la calma, por lo menos la suya, no llega con agua sino con aguardiente, único controlador y tranquilizante efectivo. Sebastián guarda silencio y sonrío. Gaviota habla de un ranchito en las afueras de la hacienda donde venden unos aguardientes enormes. Allí arreglarán los términos de pago del televisor. Ella invita.

En el rancho, Sebastián logra, después del primer brindis, que Gaviota desista de pagarle. Pero ahora, abriéndole espacio a una nueva obsesión, lo somete a un interrogatorio exhaustivo sobre los pormenores de su vida. Indudablemente una existencia así tiene para ella la fascinación del descubrimiento. Mientras él habla, ella parece la aplicada estudiante de un colegio escuchando reverencialmente a su maestro predilecto. Sin embargo, hay algo que molesta a Sebastián, aunque no se lo revele a su interlocutora: la forma como ella trata de memorizar todo dato útil. Así, por ejemplo, cuando él le comenta que vive en Londres, que es la capital de Inglaterra y queda a ocho horas de avión atravesando el mar, exactamente el océano Atlántico, Gaviota repite, cerrando los ojos, como imponiéndose la fijación de todo eso: «Londres es la capital de Inglaterra, y queda a ocho horas de avión atravesando el Atlántico. Londres es la capital de Inglaterra y queda...» Así que Sebastián debe pedirle, inútilmente, que no lo interrumpa cuando encuentre algún dato deslumbrante o memorizable.

Hacia el anochecer, después de haberla transitado por los días de su vida con sus palabras, Sebastián nota que los ojos de Gaviota, antes tan vivaces, tan expectantes y ansiosos, tratan de girar en sus cuencas, a causa de la seguidilla de aguardientes, que a él también han empezado a hacerle efecto. Paga la cuenta. La ayuda a levantar y salen. Ella tiene problemas notorios de equilibrio, y Sebastián decide pasarle su brazo sobre la cintura, conduciéndola suavemente por el camino a Casablanca. No puede dejar de sonreír, mientras caminan, pues Gaviota, presa de un delirio donde se mezcla su emotividad de aprendiz con el efecto del alcohol, sigue repitiéndose, balbuceante, una y otra vez, los datos que intentó memorizar, y Sebastián se resigna a seguirlos escuchando durante todo el camino.

Inquieta, dando vueltas por el cuartel, encuentran a Carmenza. Cuando los ve llegar acude en ayuda de su hija, mirando de mala forma a Sebastián, que le presenta disculpas por traerla en ese estado.

Las dos mujeres entran, dejando a Sebastián ahí en medio del atardecer, como sin saber qué diablos hacer ahora. Y es Carmenza quien escucha ahora el estribillo de su hija, cada vez más entrecortado e inconsciente: «Londres es la capital de Inglaterra, y queda a ocho horas de avión atravesando el Atlántico...»

SÁBADO, 12 DE SEPTIEMBRE DE 1975

Arthur está muy inquieto pues Paula se niega a que salga de la finca. Y le ha pedido a Sebastián que medie ante su hermana, pues lo devoran las ganas de conocer la región, las ciudades cercanas, la gente que cosecha el café. Pero Paula es obstinada. Es peligroso que Arthur salga y más aún un día sábado. Es el día de la paga de los jornaleros y las tres ciudades cercanas –Pereira, Manizales y Armenia– se convierten en hervideros humanos, donde la embriaguez y el delirio instalan su imperio después del mediodía. Por algo existe el chiste

popular de que esas tres urbes constituyen «el triángulo de las Bermudas» y que quien pase por ellas se perderá irremediablemente, en los brazos de cualquier mujer, en el abrazo de fuego del aguardiente regional, en el vientre de cualquier mundanidad peligrosa. Todos salen los sábados a despilfarrar su dinero, y deambulan borrachos por las calles, entonando canciones de amor y de sangre, recordando los romances que se acabaron para siempre y las ilusiones que la vida ha convertido en piltrafas. Nada bueno ni positivo para un tipo llegado de Londres. Pero Arthur lo que hace, ante el panorama siniestro que le dibuja Paula, es fortalecer sus deseos. Hasta que Sebastián se compromete ante ella: irá con el inglés a la jungla sabatina de los cafeteros, lo vigilará, no dejará que la impresión lo derrote, lo llevará a los mejores sitios y evitará aquellos excesivamente sórdidos o sombríos.

Sebastián y Arthur recorren restaurantes y bares finos. Pero hacia el anochecer, cuando Pereira –la ciudad elegida para la iniciación– está en plena ebullición, y se escucha la música de carrilera proveniente de cantinas plétóricas de bombillas rojas y de pinturas ingenuas y gigantescas manufacturadas sobre viejas paredes, Arthur se afirma en sus intenciones: no ha venido a estar en restaurantes finos de atmósfera internacional: le atraen con la fuerza de un imán del tamaño de la luna, los bares donde los trabajadores despilfarran ingenua y salvajemente el dinero de las cosechas cafeteras. Sebastián lo duda, pero finalmente accede. No tiene ningún argumento para rechazar la propuesta, ni siquiera el peligro, pues intuye que Arthur se sabe cuidar mucho mejor de lo que supone Paula.

Entran pues a una cantina, donde son observados por modestos recolectores y jornaleros, extrañados de ver allí a un miembro de la familia Vallejo, en compañía de aquel rubio de ojos atónitos pero simpáticos, de traje blanco impecable, como el de los cazadores de antiguas películas de la selva, de quien ya se rumora, vaya a saber cómo, se llama sir Arthur. Sebastián se encuentra muy bien, casi a sus anchas, tomando los primeros aguardientes con su amigo reciente, y ve algo que le produce una contracción grotesca: Gaviota y su madre, sentadas a una mesa cercana, junto con Aurelio y otros trabajadores. Están de salida pues, como experimentadas amigas del aguardiente, saben que los hombres muy pronto estarán navegando en el mar de la más incontrolable ebriedad, y que no resulta aconsejable quedarse allí. Sebastián las intercepta, sin embargo, y les ruega que se queden. Arthur quiere estar un par de horas allí, antes de regresar a Casablanca. El las llevará de regreso, no deben preocuparse. Pero Carmenza está muy cansada y desea regresar inmediatamente. Entonces le pide Sebastián, ¿podría quedarse la Gaviota? Esta, como una quinceañera ansiosa, mira a su madre, suplicante desde su silencio. Carmenza accede, con una condición: no se la podrá llevar muy tarde, y no permitirá que vuelva a beber. Sebastián está dispuesto a todo por esa compañía.

Arthur, para esa hora, se encuentra provocado de todo. De la comida criolla que hay en el mostrador y que es precisamente aquella de la que quiso preservarlo Paula, del aguardiente que beben los trabajadores, de la música extraña que provoca esas sesiones de baile y esos volcanes de febrilidad entre todos los presentes, sin excepción alguna. Gaviota convida a bailar a Sebastián, como jamás lo había hecho una sola mujer, ni de este continente ni del otro, en el curso de su vida. La pareja entra en la pista. Sebastián siente adentro, creciente, un vértigo que cada vez le parece más inexplicable, pero también más hermoso.

Bailan. Ella con una soltura y una facilidad de encanto, él trastabillando, desorientado, observándola con envidia, tratando de copiarla para ponerse a su altura.

Hasta que lo logra. Sin saber cómo, ni cuándo, ni de qué manera, empieza a bailar al ritmo y en las coordenadas de su pareja, mientras ella le canta, a la perfección, muy cerca del oído, la melodía de turno, que una vez más habla de traiciones, magnifica el despecho, le pone trampa a la soledad y sirve como justa revancha a la traición. Todo parece perfecto, ideal, tan perfecto y tan ideal como cuando se está teniendo un sueño magnífico. El olor de ella empieza a invadir a Sebastián. Es agradable. Más que agradable: celestial. Arthur tenía razón. Había que venir a este sitio. Gaviota y Sebastián continúan danzando, ella es una erudita del baile, una erudita de la música de carrilera, tal vez de la dicha.

Arthur se siente en el mismo paraíso terrenal: rodeado, como un pequeño dios rubio y un tanto ebrio, por Aurelio y otros trabajadores, prueba los platos suculentos, bebe grandes aguardientes a los que ayuda a bajar con rodajas de naranja y limón, empieza a entender el humor y las costumbres de este país lejano.

Al cabo de algunas canciones hechizadas, Sebastián se percata de que ha estado tan concentrado en su relación musical con Gaviota, oyendo sus teorías sobre los cantantes de su predilección, que no advirtió el momento en que Arthur salió de la cantina, con Aurelio y los demás hombres. Angustiado, le pide a Gaviota que lo acompañe a buscarlo.

Salen de la cantina e inician un itinerario por varios centros nocturnos de Pereira, todos de irreprochable mala muerte. Pero en cada parada encuentran otra vez el espacio de su propio goce, olvidan momentáneamente al inglés extraviado: vuelven a bailar, sonríen, se abrazan un poco más, apuran otro par de aguardientes y siguen adelante. En uno de aquellos bares, dos tipos ebrios y agresivos tratan de buscarle pelea a Sebastián. Pero él no alcanza a replicarles cuando Gaviota se interpone entre ellos, protegiéndolo. Los cachetea en un abrir y cerrar de ojos y amenaza a los agresores. Salen de allí y prosiguen su tránsito, entre preocupados y felices.

Las cantinas y los bares se repiten, como se repiten las piezas, bailadas con un alto sentido de la irresponsabilidad, como los aguardientes, bravíos, demoledores pero fascinantes. Así los sorprende la alborada, sin una huella de Arthur, y con la Gaviota nuevamente presa de la exaltación etílica pero tomados por la risa y nuevamente abrazados, sin premeditación. Caminan por las calles cada vez más desocupadas y en una esquina, como activados por un rayo, como si ambos hubieran caído en cuenta al mismo tiempo, se detienen. A pocos metros se encuentra el carro de Sebastián, que simboliza el regreso a Casablanca. No pueden dejar que esta noche se esfume sin un bello remate, sin un final del todo inolvidable. El mira sus labios húmedos, sus ojos brillantes que lo observan con chispazos de ebriedad pero también de amor; siente el talle perfecto, su redondez, el cuerpo macizo y sensual, el vaho de aquella respiración jubilosa. La lleva hasta él y la besa apasionadamente, perdiéndose, extraviándose, olvidando en dónde está parado y hasta quién demonios es. Se besan larga e impunemente, con una ternura que ninguno de los dos imaginaba tener o merecer. Y de no ser porque el sol ya amenaza con romper definitivamente con la alborada, se habrían quedado allí, para siempre, sin pasado ni porvenir.

Suben al automóvil y se marchan. Gaviota duerme profundamente durante todo el camino, arrellanada junto a Sebastián. Al llegar al cuartel él la despierta, y vuelve a besarla una y otra vez, sin cansarse, como si no existiera la fatiga, asombrado de que el deseo lo recorra por primera vez con auténtica ansiedad: ve las piernas esplendorosas, siente los labios fogosos, los brazos que lo enredan le otorgan una paz inimaginada y lo obligan a abrazar cada vez más fuerte. Las manos de Sebastián empiezan a deslizarse suaves y trémulas por el cuerpo de Gaviota, pero ella, a pesar de que parece desbordada por la pasión, lo detiene. Le pide dulcemente que no la toque, y le confiesa algo que lo deja estupefacto: «Soy virgen.»

Carmenza abre en ese momento la puerta del cuartel. Tiene gesto de mal humor y éste parece agudizarse cuando observa lo que ocurre dentro del carro: Gaviota da un último beso, esta vez fugaz, a Sebastián y baja. Sebastián echa el motor a andar, entre confuso y feliz. Se desconoce. Jamás había estado tan cerca, tan realmente cerca del amor, de poseer a alguien y con tanta vehemencia.

Sebastián tiene un sueño denso y soporífero. Varias imágenes y sonidos se entremezclan en él. Los restaurantes que visitó con Arthur, el rostro de Gaviota cantándole de cerca en la cantina, los borrachos que le buscaron pelea, la esquina donde los sorprendió el amanecer anudados en aquel beso candente, los labios frescos de Gaviota, el calor abrasivo de su cuerpo, sus abrazos sofocantes, tiernos, su aroma de gata de monte, sus caricias arrebatadoras; ve nuevamente sus manos deslizándose por la piel de Gaviota, siente de nuevo el deseo de poseerla, ve su rostro con los ojos cerrados cuando lo besa, siente esa inédita y poderosa sensación y se pregunta alarmado si será la del amor. También escucha su canto de Gaviota Traidora, pero el sueño y la presencia onírica no lo dejan despertar. Es como si quisiera perpetuar el sueño. Pero el canto es real. Proviene del galpón. Sebastián se despierta: es mediodía. Su último mediodía en Colombia, tiene las horas contadas, y lo único en lo que piensa es en pasarlas con ella, con Gaviota, para descifrar la extraña sensación y gozar plenamente de ella. Se viste rápidamente y sale de la casa, sin poner atención a los reclamos de su hermana Paula que le cuestiona por haber dejado a Arthur en manos de Aurelio y los trabajadores, que lo trajeron en brazos casi al amanecer, y tampoco se compadece del inglés

que ahora está en el baño devolviendo todo lo prohibido, pero jurando que tarde o temprano aprenderá a domeñar el aguardiente, porque después de todo, es muy sabroso.

Sebastián Vallejo, con el corazón en vilo, llega al cuartel y se angustia al verlo vacío. Tan sólo encuentra a Aurelio y le pregunta por Gaviota. El capataz le responde que debe estar en Pereira, que los sábados en la noche y los domingos la mayoría de los recolectores los pasan en esa ciudad, gastando su paga. Sebastián toma su carro y sale a toda velocidad. Llega a la cantina donde encontró la noche anterior a la Gaviota, pero se desanima al no verla allí. Sólo hay hombres que insisten en beber desde la noche anterior. Pregunta al administrador y éste le dice que los domingos, por lo general, las mujeres van a las plazas, a los mercados a comprar cosas. Sebastián recorre Pereira de arriba abajo, se mete en los mercados, en las plazas, pero es inútil. Gaviota no está. Lo coge el atardecer, y luego el anochecer, y empieza un itinerario de cantinas. Finalmente regresa a la de la noche anterior, y su búsqueda y su anhelo terminan. Está allí, sentada a una mesa con su madre y otros trabajadores, mirando una gran cantidad de cachivaches comprados durante el día, midiéndose collares y pulseras baratas, que juegan con su vestido nuevo. Gaviota, al verlo, le sonrío. Sebastián, por su parte, cree sentir el sonido de una suave puerta que se abre gentilmente y se pregunta si no será la puerta del cielo, de su cielo, la que empieza a abrirse. El estremecimiento de la noche anterior, cuando la acariciaba, lo invade mientras se acerca a su mesa. Y al estar allí, tan cerca de ella, de su sonrisa, de su pecho abierto y sensual, de su aroma de flores, no puede evitar saludarla con beso corto pero denso en la boca. No le importa la mirada desconcertada de sus trabajadores, la mirada casi perpleja de Carmenza y, sobre todo, la mirada de sorpresa amorosa de Gaviota.

Sebastián sabe que éste será su último día en Colombia. Mañana estará volando hacia Inglaterra y cada minuto de viaje lo separará de Gaviota. Por eso no siente ni siquiera pudor al pedirle que pase estas 24 horas a su lado, propuesta que le produce un leve temblor, un espasmo imperceptible pero no por ello menos inquietante. Una vez más, Gaviota debe solicitarle a su madre el permiso. Carmenza, escéptica pero conmovida, accede, no sin antes volver a poner sus condiciones de madre aplicada, entre las que figura ahora un llamado al realismo: Gaviota no debe, no puede ilusionarse con este hombre, tan diferente a ella, sería como si aceptara caminar por encima de un enjambre de serpientes, no debe abrirle espacios a la ilusión, no solamente porque él parte a tierras muy remotas e inalcanzables, sino porque, de ocurrir cosas mayores entre ellos, la familia Vallejo las desterraría de la hacienda Casablanca sin miramientos, para no permitirles regresar nunca.

Y ahí empieza una nueva travesía, en la que cada paso va fundiéndose en la memoria, en la que esa pareja reciente ahonda una vinculación largamente esperada. Gaviota está más bella que la noche anterior, se repite obcecadamente Sebastián, con esas pulseras y esos collares baratos, que en ella adquieren la majestad de las perlas. Tiene un vestido nuevo, colorido y dominguero, que levanta las miradas masculinas en todos los sitios. En esos sitios que nunca serían aprobados por los padres de Sebastián y mucho menos por su rígida y conventual abuela.

La idea de bailar, hasta el día anterior apenas una referencia estrambótica, se ha metido de lleno en el corazón de un Vallejo: Sebastián es hoy el que propone entrar a las pistas y seguir las letras agrídulces de las canciones de carrilera, de los valcesitos melancólicos, de las rancheras hiperbólicas. Vuelven entonces a bailar, bailan mucho, aquí y allá, entre aguardientes y espumosos vasos de cerveza helada, entre besos que nacen con una naturalidad increíble, ya no como reclamo de ninguno de los dos sino como llamado y concertación: cita que el destino había escrito desde siempre.

Las horas de los relojes les parecen una gran mentira, el único tiempo real es éste, el de los bailaderos y las cantinas y los tenderetes, donde se ríen y se abrazan y se dibujan suaves y magníficas caricias, olvidado por completo el resquemor de que alguien pueda verlos. En algún momento Gaviota pasa frente a algunos jornaleros conocidos y los saluda con una leve venia, desparpajada y feliz; en otro punto del recorrido ambos divisan al inglés Arthur, quien alcanza apenas a decirles que nuevamente ha escapado del cerco impuesto por Paula Vallejo y se aplica, ya con alguna cautela, sobre media botella de aguardiente, mientras ríe y les jura que

«esto es maravilloso, Sebastián, maravilloso... mucho mejor de lo que yo me había imaginado...».

Ninguno de los dos se percata de la forma como el tiempo transcurre o, mejor aún, de su vuelo imperioso y condenatorio. Cuando vienen a darse cuenta han estado en todas partes, han coleccionado nuevas caricias y besos que el recuerdo perpetuará y que el ácido de la realidad no logrará disolver. Ha llegado la hora de regresar al cuartel. Sebastián Vallejo recuerda entonces la somnolencia triste de su vida londinense, las muchachas insustanciales e inútiles que han pasado por su cama, como peregrinas de la frustración, sus horas de estudio, geométricas y vacías, las calles gélidas de esa ciudad que ahora le parece una antigua postal desleída, blanquecina, insignificante. Y le dice a la Gaviota que va a mandarlo todo al carajo. Que la única tabla tibia de salvación que tiene sobre la Tierra es ella, que en su cuerpo joven habita su única tierra prometida. Sí. No regresará. Sí. Lo mandará todo al carajo de carajos y será feliz, aunque todos los suyos y los de ella y los que sea se contorsionen alrededor profiriendo sentencias y lamentaciones.

Pero Gaviota es ahora más realista. Sabe que no ha llegado el momento de instaurar completamente la dicha. Sebastián debe regresar a Londres y terminar sus estudios, tal como siempre estuvo planeado. Entonces volverá y ella se encontrará esperándolo, porque ya su vida no tiene otra misión ni una tarea más importante que ésa. Cuando él vuelva entonces ambos sabrán desafiarlo todo –el orden social las jerarquías, los preceptos morales– y, como en las telenovelas que tanto le gustan, se casarán y serán felices por encima de todos los obstáculos. Sebastián no puede creer este acceso de lucidez, pero no tiene más remedio que darle la razón a Gaviota. Hay un último brindis con aguardiente: se sella aquí el camino de las promesas.

Frente al cuartel, bajo la tentación de empezar a sentir los rigores casi mortuorios de la ausencia, Sebastián y Gaviota deciden prolongar su paraíso fugaz hasta el amanecer: irán juntos a observar el nacimiento del día, perdidos entre los cafetales. Empiezan a caminar, reparando en la compañía sigilosa de una Luna gigantesca y nacarada, como hecha para expresar las emociones inexpresables que los embargan. Después de errar durante unos minutos, y cuando ya en el cielo empiezan a darse los anuncios del día que adviene, escogen un punto para sentarse. Se miran. Se contemplan infinitamente. Es como si cada uno pusiera en duda el milagro de la existencia del otro. Imposible ahora no recaer en el ritual de los besos, las caricias, la cercanía extrema. Para Vallejo este mare magnum de sensaciones es completamente inédito. Cree ver a todas las mujeres que intentaron su compañía, haciéndose añicos en esa porción de su memoria donde almacenó tanto tiempo los malos recuerdos. Esta mujer sí existe, es deseable, es digna de una posesión. Quiere tomarla toda. Dejar su huella de carne en su cuerpo magnífico, en su corazón traslúcido. Gaviota, por su parte, no es menos presa del vértigo sensual. Los labios de Sebastián son los labios buscados, los labios extrañados, los labios de todos los ensueños. La respiración de la pareja se encuentra cada vez más alterada. Las caricias se hacen audaces, exploradoras, febriles. Sin darse cuenta de cómo, ambos se deshacen de sus trajes. La desnudez ha llegado: inevitable, impetuosa, celestial.

Gaviota apenas alcanza a decirle a Sebastián Vallejo, entrecortadamente: «Sólo porque lo amo, Sebastián... porque lo amo... lo amo...» y se queda repitiendo aquella cantinela mientras el placer hace lo suyo y la invade con la prepotencia de una tiranía. Y entonces escucha del otro lado la confesión increíble: Sebastián, con la voz quebrada, confiesa que es la primera vez que estará con una mujer, que nunca en toda su existencia ha consumado un acto carnal, que esto significa para él lo mismo que para ella, que la ama... la ama de verdad... increíblemente... infinitamente...

14 DE SEPTIEMBRE DE 1975

Angustiada, palmoteando sin cesar, Carlota entra en la habitación de Sebastián y le exige que se levante de inmediato. Sabe que su hijo llegó al amanecer, pero ignora dónde estuvo, y esto le extraña. Pero no hay tiempo de preguntas ni reclamos. Es ya la hora de que él y Paula se marchen a Londres y están terriblemente retardados, los motores del avión ya deben estar

encendidos. Nuevo palmoteo, casi en el oído del joven, que abre los ojos y se queda mirando la habitación, como reconociéndola por primera vez.

Cuando se queda solo, Sebastián se sienta en la cama. Está abrumado y no se siente físicamente bien. Pasa revista a los sucesos de la noche o, mejor todavía, al «gran suceso del amanecer» y lo juzga casi fantástico. El corazón empieza a brincarle aceleradamente y en el estómago se abre campo un incontrolable vacío. ¿Y el canto? ¿La canción destemplada y puntual de su Gaviota? ¿La melodía desesperada que tanto encolerizaba a la abuela Cecilia? Nada. Solamente el canto de los pájaros, el suave murmullo lejano del conjunto de la naturaleza. ¿Pero cómo es posible, se pregunta Sebastián, que ella no cante hoy? ¿Luego de lo que pasó y sabiendo que me marchó?

Luego de despedirse de los miembros de su familia, con abrazos emotivos, y de reparar pasmado que Arthur se quedará en Casablanca unos días más, realizando algunas «investigaciones», Sebastián sube al automóvil, donde, nerviosa y un tanto contrariada ante la decisión de su novio, ya lo aguarda Paula. Empiezan a andar pero él le pide al chofer que lo lleve hasta la zona de los cuarteles, para despedirse de los trabajadores. Paula se desconcierta: Sebastián, aunque de trato amable y muy humano, no acostumbra despedirse de los jornaleros y los recolectores.

Parada en el vano del cuartel, concentrada en sus pensamientos, Carmenza no se percató de que Vallejo viene hacia ella. Su preocupación es Gaviota, la Gaviota triste que adentro, sentada frente a su mesita de colegiala, y con una dedicación fuera de lo común, anota, con su letra elemental, las frases que Sebastián le ha dicho. Una a una, las páginas se llenan de corazones pueriles, de ángeles mal pintados que lanzan sus flechas y atraviesan sus nombres. Cada frase de Sebastián está englobada por un corazón sangrante.

El momento es tenso. Sebastián vuelve a sentir deseos de quedarse para siempre al lado de Gaviota, olvidándose de Londres y de sus estudios de Ingeniería Agrícola. Se siente supremamente débil, con deseos de desplomarse. Ella es ahora la fuerte, la que lo pone en la ruta de Inglaterra. Pero antes de dejarlo marchar, con el sabor intenso del último beso, le recuerda que sabe exactamente dónde estará: «En Londres, la capital de Inglaterra, que queda a ocho horas de avión atravesando el Atlántico.»

Sebastián sale del cuartel, caminando con la lentitud de un condenado al patíbulo. Lo único que lo impulsa es el vigor de los juramentos que han crecido como un árbol impetuoso. Sube al auto y desde la ventanilla observa a la joven que acabó con su celibato obligatorio, y ella le dice adiós con una mano, mientras que la otra busca el contacto de su madre, como cualquier niño al que el miedo ha visitado. Paula Vallejo mira a Sebastián completamente extrañada. Esto es, definitivamente, inusual.

Carmenza sabe lo que seguirá, una vez el carro de los Vallejo se convierta en un pequeño punto y desaparezca en el horizonte. Ha visto demasiadas telenovelas para no conocer los gestos y las actitudes de una mujer joven recién enamorada. Por eso no le molesta prestarle el hombro y acariciarle los bucles del pelo a la Gaviota, mientras llora.

—Yo se lo prometí, mamá —se lamenta Gaviota—, le dije que me cuidaría, pero no pude... falté a mi juramento..., creo que estoy enamorada.

Carmenza solamente atina a decirle que está muy bien que una mujer nazca al amor, lo experimente en carne propia, sepa lo que se siente cuando llega.

Pero después, con tacto, con extrema delicadeza, le recuerda a Gaviota las distancias infranqueables que la separan de Sebastián Vallejo, le comunica que ese hombre gentil está muy bien, siempre y cuando permanezca en la condición de un sueño. Gaviota le dice a su madre:

—Tendré dos largos años para olvidarlo.

3

AL OTRO LADO DEL MUNDO

CARRETERAS DEL TOLIMA, 20 DE OCTUBRE DE 1975

La cosecha en la hacienda ha terminado. Ahora Gaviota y su madre van en una flota que las llevará al Tolima, donde recogerán sorgo. Viajan con algunos de los recolectores que laboraron con ellas en la hacienda Casablanca; los mismos que les dijeron que la cosecha de sorgo en Saldaña iba a ser muy bien pagada. Los otros compañeros tomaron rutas diversas y tal vez, sólo tal vez, volverán a verlos dentro de un año en el Viejo Caldas. Gaviota advierte que su madre está más preocupada que nunca con el dinero. Le angustia que los fondos obtenidos de la cosecha cafetera no les alcancen y que realmente sea bien pagada la cosecha de sorgo. Gaviota cae en cuenta de que, entre los recolectores, ellas siempre tuvieron un privilegio: contaban con dinero suficiente después de concluida la misión en Casablanca, un dinero fuerte, sumas que ningún otro trabajador reunía jamás. Gaviota empieza a recordar y, sin saber muy bien por qué, relaciona aquellas bonanzas con las nocturnas de Carmenza en la hacienda. Le parece más que coincidental que haya menos dinero en la ocasión en que ella no salió por las noches. De cualquier forma, trata de tranquilizar a su madre: ambas trabajarán hombro a hombro, sol a sol, y nada les faltará; la situación será transitoria, apenas cuestión de dos años. Los dos años fijados con Sebastián Vallejo para el reencuentro.

Carmenza ya no soporta los accesos constantes de nostalgia y empieza a reprender ácidamente a su hija. Pero la cosa se interrumpe ante un nuevo malestar de la Gaviota. Otra vez el mareo. Otra vez el vómito. La dolencia ha dejado de ser discreta y se ha convertido en algo notorio, puntual, muy seguido para no significar algo grave. Al principio era fácil creer que la palidez extrema de Gaviota se debía a la pesadez de los viajes. Pero una nueva explicación, estremecedora, se abre pasó en Carmenza. Y a su cabeza viene la imagen de Sebastián, con ella, los paseos y salidas nocturnas, las demoras interminables de su hija. Gaviota tampoco desea seguir callando, su sospecha es aún más completa. Sí, le confiesa a su madre, tampoco el juramento de no entregarse a Sebastián pudo cumplirlo. Fue un momento de delirio pero con la certeza del amor.

No existe defensa, ni explicación, ni llanto, que puedan aplacar la ira de Carmenza. Gaviota la ha desobedecido en lo más serio, en la advertencia más importante que le hizo. Ahora no caben dudas: su hija ha quedado embarazada de Sebastián Vallejo.

Gaviota, entre balbuceos, y sintiéndose en muy mal estado, se defiende, levanta las banderas coloridas de su amor: era la primera vez que Sebastián hacía el amor en su vida. Carmenza le rechaza de plano esa teoría: estratagemas de los hombres para acceder al cuerpo de las mujeres, antiguos trucos de los machos para alzarse con la victoria sobre el recelo de las hembras, embustes de pueblo, poco dignos de un doctor como Vallejo.

–Deje ya de soñar, por Dios, Gaviota –se lamenta, un tanto conmovida, Carmenza.

Pero es imposible: soñar es algo que Gaviota jamás podrá dejar de hacer.

SALDAÑA, 21 DE OCTUBRE DE 1975

Carmenza no ha permitido que la Gaviota trabaje en la cosecha de sorgo. La ausencia de la menstruación le ha confirmado sus sospechas iniciales sobre un embarazo.

Así que Gaviota se mantiene encerrada en el cuartel de la finca, analizando posibilidades. Las ha discutido todas con su madre: ha sacado a relucir un largo arsenal de argumentos,

aprendidos en las telenovelas que ambas han visto y en las que generalmente la muchacha pobre, tras una larga lucha, logra el amor ideal de su príncipe azul. Carmenza le pide que abandone sus teorías de melodrama, explicándole que todo eso corresponde a una ficción alentadora para los pobres, pero formalmente imposible en la realidad. Y es que las dos opciones de Gaviota por comunicarse con Sebastián son bien remotas: no puede escribirle ni llamarlo a Londres pues no tiene ni su dirección ni su número de teléfono, y con toda seguridad ninguno de los Vallejo va a suministrárselos. Esto anula su alternativa más preciada y absurda: viajar a Europa para buscarlo. Sin dirección no lo podrá encontrar. Carmenza, finalmente, le ha puesto el punto definitivo a tanto desafuero: Gaviota tendrá el niño –nunca se ha opuesto a ello– y aguardará pacientemente durante dos años el regreso de Sebastián. Entonces podrá buscarlo en la hacienda Casablanca, enseñarle el pequeño y aguardar a que la promesa se cumpla. Esto sería maravilloso, afirma Carmenza, pero si Sebastián, tal como ella supone, regresa indiferente, ignora la promesa, o simplemente no cree que se trate de su hijo y le es indiferente e incluso molesta la presencia y el acoso de Gaviota, entonces ellas continuarán su camino, con la cabeza erguida, sin ruido ni escándalo, y lo cuidarán con sus propios medios.

Sin haberse convencido completamente, Gaviota acepta la propuesta de su madre. Pero los días pasan, largos, agónicos, llenos de una incertidumbre que parece estar en el aire, y ella continúa en su encierro poblado de divagaciones, hasta que una de ellas le incrusta en la cabeza un pensamiento devastador: está segura de que Sebastián se casará con ella cuando sepa de su estado, pero si no lo sabe, es posible que en el curso de estos dos años, de estos 24 meses, de estos 730 días, sea seducido por cualquier inglesa y la olvide a ella, a la ilusa muchacha del café. Entonces se abriría la posibilidad funesta de que jamás vuelva, o regrese con una familia. Y entonces toda gestión sería ya inútil. Ella quedaría inerme, incapaz de mortificar la vida de personas inocentes o de destruir un hogar que empieza. La idea oscura crece como una mala hierba. No hay duda: no importa si Sebastián quiere venirse a enfrentar la situación o si prefiere ignorarla, si quiere andar por ella o ignorarla completamente. No interesa cuál vaya a ser su actitud. Lo importante es que se entere a cualquier precio.

Gaviota le hace saber a su madre la conclusión de sus conjeturas, y la necesidad imperiosa de comunicarse con Sebastián en el término de la distancia. Y la única alternativa para lograr semejante puente es regresando a la hacienda Casablanca para agenciarse un teléfono, una dirección. Imposible que allí nadie esté dispuesto a colaborarles. Carmenza no quiere romper esta primera, y talvez única, esperanza de su Gaviota, y no piensa dejarla caer, como ya empieza a ocurrir, en los brazos del delirio pertinaz. Además el análisis, aunque afiebrado, no deja de poseer su lógica secreta. Entonces decide emprender el viaje hacia la zona cafetera, dejándolo todo por «la niña», perdiéndose la ganancia de la mitad de la cosecha de sorgo, coqueteándole peligrosamente a la miseria y dejando sus vidas en las extrañas manos de la suerte.

HACIENDA CASABLANCA, 1 DE NOVIEMBRE DE 1975

Gaviota queda estupefacta cuando lo escucha de labios de Aurelio: ninguno de los Vallejo se encuentra en Casablanca, todos se marcharon a Bogotá para participar en el congreso cafetero, donde se le rendirá un sentido homenaje a la memoria del patriarca. Nadie sabe cuándo regresarán. A veces pasan largas temporadas sin aparecer, e incluso sin comunicarse con ellos. Posiblemente el retorno sólo se produzca con la cosecha de traviesa o con la de septiembre del próximo año.

La idea de viajar ahora a Bogotá, y de cualquier forma lograr comunicación con los Vallejo, surca la imaginación de la Gaviota, pero es contenida por la sabiduría de Carmenza; en una ciudad tan enorme y voraz como la capital, nada bueno puede ocurrirles y es muy posible que los Vallejo ni siquiera se dignen atenderlas. Además, han gastado casi todo el dinero y ni siquiera cuentan con los centavos necesarios para trasladarse a otra cosecha. El panorama pinta grave. Aurelio les ofrece momentáneamente el cuartel, para que pasen unas noches, y ellas no tienen más remedio que aceptarlo. Cada una finge estar bien frente a la otra, pero verdaderamente ambas se encuentran desesperadas. De todas maneras, y como

prevención contra las habladurías de Aurelio o cualquier otro, no cuentan absolutamente nada sobre la situación de Gaviota. Será un secreto hasta que se pueda.

PEREIRA, 3 DE NOVIEMBRE DE 1975

Gaviota y Carmenza viajan con frecuencia a Pereira, para tratar de buscar a alguien que les tire una mano, indicándoles el sitio donde haya una cosecha, o cualquier otra forma de trabajo. Pero nadie parece interesado en hablar de cosechas ni de nada diferente a gastar dinero. La bonanza cafetera ha empezado a enseñar sus bondades. Ésta fue la cosecha mejor vendida de todos los tiempos, y tal como van las cosas en el Brasil, el precio del café colombiano en el mundo amenaza con seguir subiendo. Esos constantes viajes a Pereira, en los que ambas mujeres deambulan por las calles y las avenidas, cada vez con un aire más patético, son visualizadas por un fotógrafo de mala estirpe, quien recuerda haber visto muchas veces a Gaviota, sin acercársele nunca, pues siempre había estado acompañada de hombres de las cosechas, fuertes y un tanto brutales. Es un hombre pequeño y moreno, de mirada ladina y con la piel color de aceituna, anda siempre con una poderosa cámara colgándole del cuello y su profesión es hacer la cacería a las «modelitos de la región». Su ocasión parece ser ésta y, con cualquier pretexto, se aproxima a la mesa donde Gaviota y Carmenza beben con desgana una cerveza, con la poca plata que aún les queda.

El hombre, haciendo uso de unas ínfulas teatrales de gran artista, se presenta como corresponsal de varias grandes revistas internacionales: despliega un abanico de tarjetas y Gaviota lee los nombres de publicaciones cuya existencia ignoraba completamente. Dice que, sin querer, claro está, ha visto muchas veces a Gaviota, y que, según su pupila, adiestrada para «saber dónde está el talento», le ha parecido encontrar en ella los rasgos de una modelo internacional, de aquellas que «tienen que contratar gente para que les cuente la lana», que sus formas y su rostro serían la locura de los artistas europeos. Tiene el misterioso encanto de lo latino, encanto que extasia a los norteamericanos, a los alemanes, a los franceses. Se ofrece a realizarle un estudio, enviar el resultado a las revistas, para que así, muy seguramente, ella reciba a vuelta de correo tiquetes y viáticos y se traslade a una gran ciudad, seguramente París, a transformarse en una diva, en una mujer de mundo.

Gaviota se desborda. Acepta de inmediato la propuesta, pese a la reticencia de su madre, a quien no termina de convencerla el fotógrafo. Pero su hija ya está nuevamente delirando: es la forma de llegar a Sebastián. Y Carmenza, viendo que el proceso es irreversible, tiene que aceptar, pero sospechando que puede ser una trampa, establece una condición para que se consume la sesión fotográfica: ella irá al estudio y se descarta rotundamente la posibilidad de ejecutar fotos en posiciones vulgares, ni en prendas menores y, mucho menos, desnuda. El fotógrafo acepta, sonriente y reverencial, y les deja una tarjeta con su dirección y su número telefónico. Se marcha fascinado. Gaviota trata entonces de serenar a su madre: el modelaje apenas le interesa, y eso como una forma de hacer dinero; lo que le importa en realidad es que surge, como de la nada, la posibilidad de viajar a Europa con todos los gastos pagados.

PEREIRA, 4 DE NOVIEMBRE DE 1975

Con su vestido nuevo y un inocente maquillaje, Gaviota llega con Carmenza al estudio del fotógrafo, ubicado en una calle céntrica y fea de la ciudad. El hombre lo tiene todo dispuesto. Le pide a Carmenza que aguarde afuera y ésta acepta a regañadientes. Sabe que, finalmente, su hija sabe defenderse muy bien, como lo ha demostrado en todos los cuarteles, cuando la arremetida de los hombres ha cruzado las fronteras de lo permisible.

El fotógrafo empieza a disparar su cámara, a un ritmo cada vez más vertiginoso, y siempre soltándole frases elogiosas a su modelo, quien parece en verdad hecha para ponerse de carnada ante uno de aquellos aparatos. Londres, señorita, delira el hombre mientras dispara, Londres y París son su destino. Esto está precioso. Precioso, señorita, encantador, los clientes van a contratarla a la velocidad del rayo. Y todo parece transcurrir normalmente,

hasta cuando al «artista» se le ocurre acercársele a la Gaviota y bajarle una de las tiras de su vestido. Automáticamente, sin pensarlo dos veces, la mano de la muchacha sale volando hacia el rostro del fotógrafo y le cruza la cara. Pero cálmese, niña, no es para tanto. Le ruego me disculpe usted. Finalmente la cosa queda como un equívoco y se calma. La sesión termina y Gaviota escucha la gran noticia: en dos días sus fotos estarán en Europa y en tres, usted tendrá una razón.

Gaviota, entusiasmada, y antes de abandonar el modesto estudio, le da varias instrucciones a su «benefactor» sobre el tipo de informaciones que debe adjuntar en las fotografías: que ella tiene un mejor vestido, que pintados los labios cambia mucho, que es una buena trabajadora y nunca nadie se arrepintió, ni se arrepentirá, de contratarla.

Los dos días pasan y las mujeres regresan al estudio.

El «artista» les tiene una noticia magnífica. Gaviota ha sido aceptada por una exigente casa de modas internacional. El viaje será en pocos días. Partirá en un vuelo de Pereira a Bogotá, y en la capital abordará el jet que la llevará, nada menos, que a París, señorita, a la Ciudad Luz.

«París queda cerca de Londres», piensa Gaviota recordando las lecciones de Sebastián.

Durante los dos días siguientes, y a pesar de la inmensa alegría que la inunda, Gaviota trata de consolar a Carmenza, quien oscila entre la preocupación y el abatimiento. Nunca se ha separado de su hija y no le parece que el tiempo en que ella está embarazada sea precisamente el más propicio para que eso ocurra. Además, Europa es demasiado lejos, con todo un mar de por medio, sin la posibilidad de tomar un par de carreteras y propiciar un encuentro. La cosa produce miedo. Gaviota no se deja abatir por ninguna nube pesimista. Como siempre, ha tomado su decisión y ni un cataclismo la hará cambiar de norte. Le dice a su madre que sólo trabajará en modelaje un mes, dos meses a lo sumo, pues después empezará a notársele el embarazo. Del dinero que obtenga le enviará la mayor parte, solamente apartando unos centavos para tomar una flota que la transporte de París a Londres. Allí se encontrará con Sebastián, él le prestará dinero y los conflictos habrán terminado para siempre. Como Carmenza seguirá itinerante por el país, y no habrá punto fijo para mandar el dinero, se lo enviará a la hacienda Casablanca, único lugar de retorno seguro. Carmenza no puede creer, en medio de su angustia y su tristeza, todo el edificio de ilusiones de Gaviota. Pero es un torbellino. Y no hay forma de detenerla.

Sin embargo, el viaje debe postergarse durante unos días, según afirma el «artista» para poner en regla algunos asuntos legales: Gaviota le ha entregado anteriormente su partida de nacimiento para que se le gestione el pasaporte. Pero hay un temor: sólo tiene un apellido, el de su madre, y sus datos delatan fácilmente su humilde condición. Correría el riesgo de ser devuelta en París, como una latina más que viaja a Europa a infiltrarse en el universo laboral y cambiar ilegalmente su porvenir. Así que, explica el fotógrafo, viajará con otro nombre y otros documentos. Ella tiene tanta ansiedad, tanto afán, que está dispuesta a aceptar la condición que sus «nuevos patrones» le impongan.

La mañana del viaje, al encontrarse con el hombre en el aeropuerto, a Gaviota le son entregados un pasaporte y una cédula de ciudadanía que parecen increíbles: en ellos, una mujer muy parecida a ella se encuentra retratada y figura un nombre de mujer que, ahora lo sabe, será en adelante su nombre: Carolina Olivares.

El pasaporte está acompañado de varias visas, entre ellas la americana, pues es la única forma, explica otra vez el fotógrafo, de que no tenga tropiezos para entrar en Europa. Con esas visas pensarán que usted es una gran negociante, y nadie se atreverá a dudar. Lo que nunca, por motivo alguno, debe olvidar, es que se llama Carolina Olivares. Gaviota, nerviosa ante la proximidad del viaje, memoriza su nuevo nombre: Carolina... Carolina Olivares. Parece gustarle.

De un momento a otro, parado al lado de Gaviota y Carmenza, aparece un sujeto curioso. El fotógrafo se apresura en presentarlo como el representante en Colombia de la casa de modas. Gaviota está tan nerviosa con las expectativas de su vida nueva, que no repara, como si lo hace, y de manera embebida, Carmenza.

Le parece curioso que el representante de una exquisita casa de modas vista estafalariamente y hable con un lenguaje tan rudimentario. Todo lo contrario que un hombre fino, como por ejemplo un Vallejo, piensa. El representante mira a Gaviota casi desnudándola con sus ojos, y mientras Gaviota se despide de su madre, con llanto y angustia, aprovecha para preguntarle al fotógrafo si aún no sabe cuál será su verdadero oficio. El «artista» responde que no, pero que en París ya se dará cuenta, y agrega que la inversión en papeles falsos está justificada porque una «hembra» . como ésa no es fácil de conseguir y, seguramente se cotizará en Europa, especialmente entre los exigentes árabes y los pícaros japoneses. Sí. El representante admite la razón de su interlocutor: «Esos tipos darán el dinero que se les pida por pasar una noche con ella. Si incluso estoy pensando en tenerla un tiempo en París, y después feriarla en Corea o en Taiwan.»

4

HUELLA DE LA GAVIOTA

BOGOTÁ, AGOSTO DE 1977

Sebastián regresa a Bogotá dos años después, pero un mes antes de lo previsto. La razón: Carlota y Rafael, sus padres, han perdido la vida en un accidente aéreo. Así que se ve obligado a postergar la ceremonia de su graduación e imponerse al dolor, para enfrentar el vacío que ha dejado su padre.

Iván, que ha regresado seis meses atrás, graduado con máximos honores en economía, ya se encuentra trabajando en la oficina de exportación de Francisco, su padre, en Bogotá. Y en seis meses ha sido tanto su empuje arrollador y su asombrosa destreza para los negocios y el comercio exterior, que nadie puso reparos. a que fuera gerente de oficina sin escalar posiciones ni pasar por los cargos medios. Se encuentra a pocos días de casarse con Lucrecia, su novia oficial. Esta, que siente una extraña atracción hacia él y que se ha dedicado a asediarlo y a complacerlo en sus más secretas apetencias sexuales, quiere asegurar su futuro a través de una boda. Para llegar hasta ella ha logrado ganarse el afecto de la familia que ya la considera una mujer digna de llevar el apellido Vallejo: de familia aristocrática, sofisticada, inteligente, sagaz. Pero para Iván es sólo una mujer más, un objeto capaz de llenar sus noches de placer. Sin embargo, acepta casarse con ella con una condición: un hijo, el hijo que asegure los dominios de los bienes de la familia, como se encuentra estipulado en la herencia de su abuelo Octavio. Y Lucrecia acepta. Iván Vallejo es el hombre que cumple con sus requerimientos y sus exigencias: heredero de una de las familias más ricas del país, de linaje, atractivo y centro de admiración. En cuanto al amor, poco importa por ahora. Las cargas se alivian por el camino y está segura de que lo podrá manejar a su acomodo.

Pero Lucrecia no sólo aspira a ser parte de la familia, sino que también prepara a su amiga Lucía, una mujer gélida y silenciosa y atractiva en medio del hielo mortal que parece rodearla. Nació en el seno de una familia aristocrática pero caída en desgracia desde hace varios años. Iván, al ver los propósitos de Lucrecia con su primo, le advierte que Sebastián tiene serios problemas de orden sexual, que es displicente con las mujeres y que resulta casi imposible que acceda a mantener relación alguna con una mujer. Pero Lucrecia le dice que está segura de que Lucía es la mujer perfecta para él, pues sabe, gracias a sus confidencias, que poco le interesa el sexo, y sí más bien la compañía de un hombre como Sebastián.

Así que, al regreso de Sebastián, Lucrecia ya tiene preparada a Lucía. Y la ocasión del entierro de Rafael y Carlota es ideal para insertarla en la familia. La presenta a quienes serán sus parientes: la abuela Cecilia –que ante la desaparición de Rafael y Carlota, sus únicos compañeros en el Viejo Caldas, se ha trasladado a la casa de su hijo Francisco, en Bogotá–; Ángela, Francisco y Bernardo, quienes simpatizan rápidamente con ella. La presenta con Marcela, la hermana menor de Sebastián, a quien Lucía le parece una mujer que a duras

penas existe. Y finalmente a Paula, la otra hermana de Sebastián, que ahora tiene otro novio inglés, pues Arthur jamás regresó a Londres, sino que se quedó en Colombia para siempre, extraviado en los bares de Pereira. Finalmente, llega el momento esperado: le presenta a Sebastián y le da instrucciones para que permanezca a su lado en este momento de tristeza y soledad. Es el instante ideal para abordarlo. Lucía se acerca con tacto y delicadeza. Lo acompaña en las largas, asfixiantes horas del funeral. Está con él en sus días de luto y reflexión. Y Sebastián aprende a estimarla. Pero siempre le advierte que no puede hacerse muchas ilusiones, pues piensa irse a vivir del todo en la hacienda Casablanca, una vez terminen las gestiones relacionadas con la muerte de sus padres. A Lucía siempre le resulta extraña la ansiedad de Sebastián por viajar cuanto antes a la hacienda, y en ocasiones se desmoraliza cuando lo escucha hablar, entusiasta, del inicio de la cosecha. Pero Lucrecia le da ánimos, le dice que le quedan pocos días para atraparlo, y que ha llegado la hora de que intente seducirlo, a pesar de sus ya publicitados problemas sexuales.

—Tiene que haber una primera vez, Lucía —le dice abriendo sus grandes ojos—. Y si lo logras Sebastián será tuyo.

Y Lucía, desesperada ante el agobio de la espera, decide jugársela toda. Durante el mes en que ha permanecido con Sebastián, sin exigirle nada, sin obsequiarlo más que con un beso de llegada y otro de despedida, sin haberle tocado su mano más que para consolarlo, sin abrazarlo más que para hacerle sentir su complicidad, jamás se ha atrevido a proponerle algo formal. En el fondo, no sólo la ha movido el interés que Lucrecia le ha creado por el apellido y la caudalosa herencia, sino que también le atrae la forma de ser dulce, apasible y aparentemente honesta. Sí: le gusta Sebastián. Puede llegar a amarlo. Pero lanzarse al ruedo de la seducción, con una alta posibilidad de salir derrotada, puede significarle el distanciamiento y la ruptura, pero no hay otro camino.

Tiene que actuar rápido. Los papeles del abogado están a punto de salir, y Sebastián solamente aguarda el matrimonio de Iván y Lucrecia para marcharse del todo.

BOGOTÁ, 20 DE AGOSTO DE 1977

La ceremonia matrimonial de Iván y Lucrecia se cumple con todos los rigores pronosticados. Es un acontecimiento social. La fiesta más elegante del año. Sebastián, que ha sido con Lucía uno de los padrinos de la boda, se refugia prontamente en el licor. Varios fantasmas lo asaltan con fiereza: la tristeza de la muerte de sus padres y la pronta realización de su sueño de dos años. El retorno a la hacienda y el reencuentro con Gaviota, que aparecerá allí con el inicio de la cosecha, al cumplimiento de la promesa. Entonces podrá volver a besar sus labios y comprobar que todos los pensamientos que, en caravanas deslumbrantes, lo mantuvieron sitiado durante su estadía en Londres, se han corporizado, aparecen frente a él y le enseñan lo válido de una espera amorosa.

Antes de partir a su viaje de luna de miel, Lucrecia le dice a Lucía que ésta es su última oportunidad, que debe aprovechar la noche y el estado etílico de Sebastián, que a lo mejor con los tragos que tiene encima, por demás innumerables, las cosas se faciliten.

Al finalizar la fiesta, como es su costumbre, Sebastián lleva a Lucía a su apartamento. Y allí, Lucía le pide que siga, pues quiere que beban un trago de despedida. Sebastián accede, más por la seducción de seguir bebiendo que por cualquier otro argumento. El apartamento parece recién inventado, con la sola finalidad de confortarlos: muebles mullidos, cojines, música romántica, el fuego crepitando en la chimenea... todo perfecto. Si no es ésta la ocasión, piensa Lucía, no será nunca. Los dos hablan, bromean, se ríen, parecen demasiado amigos como para no seguir adelante. Lucía se acerca cada vez más, tratando de convocar la boca de Sebastián. Se ríen. Hacen planes para verse en lo futuro. Nunca dejarán de ser amigos. Nunca. Esas palabras parecen estar cargadas de electricidad y Lucía decide besar a Sebastián pase lo que pase. El accede, sorprendido pero sin sentir emoción alguna. No obstante el beso se prolonga y Lucía, lentamente, se deshace de buena parte de su ropa. Está casi completamente desnuda, y trata, con creciente osadía, de jugar a la incitación. En ese momento siente la mano de Sebastián que la detiene, abrupta, casi violentamente: no hará el

amor con ella, por más deseable y maravillosa que parezca en este minuto. Trata de ser cortés pero se ve obligado a confesar su problema. Sabe que no podrá poseerla, como no pudo hacerlo con mujer alguna antes de Gaviota, ni después de ella, cuando pensó que había superado su trauma sexual y volvió a fracasar en un par de ocasiones con distintas amigas fortuitas.

Estos fracasos solidificaron la imagen de Gaviota. Lo aferraron aún más al deseo de volver con ella, pues únicamente de esta forma podrá encontrar el paraíso del amor, que pensaba definitivamente extraviado: Gaviota es la única mujer por la que ha sentido amor y, aunque no se use ni parezca digno de un hombre contemporáneo, él debe pertenecer a la casi extinguida raza de quienes solamente van a la cama bajo el imperio del amor.

Sebastián ha confesado su «problema» a Lucía. Ella no se desanima, plantea en su cabeza nuevas estrategias, y vuelve a retomar la partida: dice que el sexo, desde su punto de vista, es algo secundario, y que si alguna vez él desea organizar su vida con alguien, sin abrigar el temor de ser juzgado por su inoperancia sexual, podrá llamarla y la encontrará dispuesta. Sebastián, algo sombrío, le agradece. Apura el resto de su trago y se marcha.

HACIENDA CASABLANCA, 21 DE AGOSTO DE 1977

Sebastián regresa a la hacienda Casablanca. Aurelio lo recibe con la cortesía de siempre y le pregunta si sabe algo sobre la Gaviota, si tiene idea de su actual paradero. Sebastián queda sorprendido. No entiende la pregunta. En su imaginación de enamorado ella ya viene acercándose, en compañía de su madre, por alguna carretera del país, dichosa, como él, ante la perspectiva del reencuentro. Pero se equivoca, y Aurelio es el triste emisario de la realidad. Gaviota no se encuentra en Colombia, lo sabe porque Carmenza vino a la hacienda durante la cosecha del año pasado y preguntó si su hija le había mandado cartas desde Europa y si había logrado contactar a Sebastián en Londres. Pero Aurelio no había recibido carta alguna de Gaviota. Carmenza regresó un par de veces más, y siempre recibió la misma respuesta: nada. Entonces, incluso dejó de volver.

De inmediato, activado por el desasosiego, Sebastián empieza a hacer unas pesquisas minuciosas, detectivescas y desesperadas. Habla con otros jornaleros, algunos muy vivarachos y siempre «dateados» respecto a los temas vitales, pero éstos nada pueden aportarle; habla con los capataces de otras fincas, algunos de los cuales llegan a mirarlo como a un lunático, debido al ardor de sus cuestionamientos; aguarda la llegada de los primeros recolectores, con la ilusión de encontrarse con Carmenza, pero nuevamente aparecen la zozobra y la sensación del fracaso: Carmenza no está por ninguna parte, y el cupo de los recolectores se llena.

Desesperado toma el rumbo de las ciudades. Las recorre de arriba abajo, escudriñándolas con una morosidad patética. Nada. Ninguna Gaviota en el horizonte. Tampoco ninguna Carmenza. Algo supremamente grave ha ocurrido y él no puede saberlo. Las gentes no dan razón, es como si se hubiera soñado la existencia de la mujer que logró metérsele dentro. Finalmente, y ya casi a punto de sentir que todo ha sido un fiasco, tiene un encuentro providencial: Arthur, el inglés, tomando aguardiente a las tres de la tarde, en una mesita burda, a pleno sol, sin preocuparse de nada distinto a desocupar su botella, con la nariz roja y los ojos irritados, pero claramente feliz, cantando temas de carrilera con Juancho, su amigo desde hace varios años. Juancho tiene una figura muy característica de la región: pelo negro rizado, unos bigotazos grandes que casi le cubren los labios. Es dicharachero y simpático y se mantiene rodando por las calles y los bares de Pereira, a la caza de algún negocio rápido. Todos en Pereira lo conocen, no solamente porque su figura es muy identificable, sino porque es el hombre que conoce y sabe de todo un poco, se relaciona con todos los estamentos sociales y con toda clase de personas, conecta a unos con otros, y esto le permite contactarlos y sacar buenas comisiones que le sirven para sostener su modesta y siempre caótica existencia. Conoció a Arthur en una cantina de reputación dudosa, por los días en que ya los Vallejo no querían saber nada de él. Le presentó varias pereiranas, que se han convertido, después del aguardiente, claro, en la mayor debilidad del inglés, y lo llevó en varios negocios. Se mantiene al lado de Arthur por dos motivos: andar con un inglés le da un mayor status ante sus amistades y nunca pierde la ilusión de acceder, de cualquier manera, a la familia Vallejo.

Sebastián, al cabo de unos tragos con los hombres, le confiesa a Arthur que está buscando a Gaviota y que, para su desconsuelo, todos afirman que se marchó a Europa. Juancho, dicharachero y siempre tratando de parecer simpático, más ahora que se le presenta la oportunidad de partir con un miembro de la familia anhelada, interviene en la conversación. Pero sus palabras no hacen ninguna gracia a Sebastián: sabe quién es Gaviota, cómo no acordarse de esa hermosa mujer, la vio muchas veces revoloteando como una mariposa de luz en medio de las temporadas de cosecha, e incluso trató un par de veces de abordarla con los resultados más negativos y el imborrable recuerdo de sus vigorosas bofetadas. No entiende entonces, dice Juancho, de dónde sacó las agallas y la mala sangre para aceptar un contrato como prostituta en Europa.

Sebastián siente un martillazo en el cerebro. Prontamente, con la celeridad de una tempestad que se desata de improviso en medio de un día límpido y azul, queda ubicado en el centro del infierno, parado encima de su peor círculo y abrasado por la llamarada más terrible. Gaviota es la única. O mejor dicho: era la única. Puerto elemental y firme al que creía haber llegado; la señora de sus sueños y la reina de sus ensoñaciones, la carne que se abría generosamente para decirle que él no había nacido para la insularidad y la desdicha, sino para el abrazo y el encuentro. ¿La única, ahora en manos de todos?

Se pregunta si no ha debido saber cuál era la situación económica de ella, y haberle dejado dinero suficiente para que no pasara aulagas económicas con su madre. Aturdido, con un nudo de lágrimas ensombreciéndole la conciencia, desemboca en una hipótesis siniestra: no conoce a las mujeres y cualquiera puede engañarlo, servirse de él vaya a saber con qué horribles finalidades. Sí, no existe la más mínima duda: la Gaviota lo ha burlado.

Juancho se complace en ser más cruel todavía. El caso de Gaviota, asegura, es típico de la región. Las campesinas son atractivas y abrigan, en lo más recóndito de su ser, docenas de aspiraciones. Muchas de ellas aceptan irse para Europa en calidad de prostitutas. Hacen dinero, mudan de nombres, se acomodan a la vida europea y no regresan al sitio donde sufrieron los latigazos de la miseria. Mientras tengan juventud y atractivos, el dinero y las oportunidades las amarrarán como cadenas inviolables. Juancho advierte los destrozos que sus palabras han ocasionado. Es fácil sentir que Sebastián Vallejo profesa amor del bueno por esa pérdida. Por eso Juancho se atreve a soltarle un consejo: olvídense de ella. No merece la pena. Y aunque la mereciera no regresará.

Sebastián pasa unos días aciagos, encerrado en la hacienda Casablanca. Pero en su corazón labra las frases tenebrosas de Juancho. Deberá, una vez reconocida la triquiñuela de la que fue víctima, retomar su antigua idea del celibato y aislarse del mundo en la paz del campo, purificadora a pesar de todo. Será un lobo solitario y manso por el resto de sus días. Pero ahora la idea de la completa insularidad tampoco lo cura de espantos. Ha conocido la miel del amor y, según leyó alguna vez en un libro, quien ve el paraíso ya nunca puede borrarlo de su memoria. Y algo peor: aunque no pueda acceder al sexo de otras mujeres, la idea de que exista y sea tan deleitoso no lo abandona. Aquel contacto supremo, cuyo escenario fue el cuerpo nevado de la Gaviota, le dejó algo así como un recado precioso, un mensaje celeste. Súbitamente piensa que no quiere pasarse sus días sin una mano que pueda llegar hasta él en los momentos duros, sin el calor del otro que, finalmente, lo justifica a uno. Y se desgaja sobre él la imagen de su amiga Lucía. Ella, tal vez, podría librarlo de las noches aciagas, de la interminable tortura que produce recordar un engaño.

La llama por teléfono, marcando cada número como si activara la clave de su salvación. Una vez la siente al otro lado del auricular, y obviando la conversación preliminar y los formulismos rutinarios, le pide que viaje a la hacienda Casablanca. ¿El motivo? Descabellado pero posible: contraerán, si ella está dispuesta, unas bodas rápidas y sencillas, sin la prosopopeya social que tanto le asquea, y vivirán juntos en el campo, al lado de la tierra purificadora, retirados de las tentaciones y maldades de la mundanidad, disfrutando mutuamente de su compañía.

Lucía siente temor, ganas de reír, ganas de estrangular a ese loco que se atreve a proponerle lo más importante a través de un frío aparato de teléfono. Pero también, y esto es lo capital, siente la irreprimible tentación de decirle que sí y correr a su lado. No le gusta mucho que el día de sus días vaya a ser discreto, casi opaco, ni tampoco separarse de su

familia y de la actividad social. Consulta con Lucrecia, quien siempre tiene la respuesta adecuada, el hilo para salir de los laberintos, y ésta se dedica, con una fuerza increíble, a convencerla y darle ánimo. Lucía debe llevarle la corriente en todo a Sebastián. Al principio, claro está. Solamente al principio, como en todos los matrimonios que se respeten. Después de unos meses las cosas serán a otro precio y ella podrá devolverse, con marido a bordo, y vivir con Sebastián en la magnífica residencia capitalina que él tiene.

Y así se hacen las cosas. A los pocos días arriba Lucía a Casablanca, en compañía de sus padres y de algunos familiares. Luego se hace presente la abuela Cecilia, un poco aturdida por la sorpresiva noticia del nuevo matrimonio.

Sebastián lo tiene todo preparado. Es como si lo acobardara la idea de quedarse solitario en el mundo, precisamente la que alimentó durante largos años como su gran esperanza. Los únicos amigos suyos que asistirán al suceso son Marcos Trujillo, el joven caficultor que ahora es alcalde de Pereira, y Armando Zalamea, un científico de la Asociación de Cafeteros, considerado como un genio, y quien investiga en su laboratorio, completamente dotado por la asociación, y muy cercano de Casablanca. Sebastián ha hecho muy buena amistad con él porque le fascina su forma de vivir aislado, concentrado en sus hallazgos y apenas reparando en la presencia de las mujeres cuando los embates del deseo se vuelven tiránicos. Zalamea siempre le ha dicho que «entre las plantas y las mujeres, me quedo con las plantas porque no joden».

HACIENDA CASABLANCA, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1977

La boda se realiza sin contratiempos en los jardines de la hacienda. Y la recepción, que Sebastián imaginaba sencilla y breve, se convierte en un gran festín. Aurelio y sus trabajadores le dan la sorpresa: aparecen con grupos musicales y una gran variedad de obsequios para los recién casados. Sebastián, conmovido con el detalle, ordena destapar más licor y convida a sus empleados a que se unan al festejo.

Hacia el anochecer se encuentra completamente ebrio, bailando con todos y con ninguno, profiriendo esas frases cínicas que los abandonados sacan a relucir como defensa y madriguera de su honda caída en el abismo de la soledad. El rumor de la fiesta estruendosa ha corrido por toda la región y se sabe que cualquiera puede entrar a ella, comer hasta el hartazgo, beber hasta lograr la más rotunda de las borracheras. Así, ya no caben más personas. La cosa parece casi una procesión. En todos lados se pueden encontrar mirones y visitantes ocasionales. La boda se ha transformado en un auténtico jolgorio popular.

Lucía, adoctrinada por el estiramiento diplomático que caracteriza los rituales sociales de la capital, se encuentra ya cejifruncida. Nunca imaginó que el día que se casara fuera a convertirse en fiesta de indios. Y menos aún en una suerte de celebración patronal, vulgar y estridente. Por eso, y tomando por primera vez las riendas de Casablanca, le ordena a Aurelio y otros trabajadores, que bloqueen las entradas y vayan despidiendo cordialmente a cuanto aparecido encuentren en el camino.

Al día siguiente, un domingo soleado y peculiarmente silencioso, la actividad de la hacienda es casi nula. Algunos trabajadores demasiado afectos al licor aún insisten en proseguir aplicándose sobre el aguardiente, mientras que otros, en cualquier parte, con una desfachatez primitiva, concilian un sueño intranquilo y perturbado por los estragos del guayabo. Sebastián Vallejo se ha ido a dormir con las primeras luces del amanecer, tal vez esquivando sus deberes de primera noche de bodas. La hacienda, pues, presenta un aspecto inédito y pocas veces visto. Botellas vacías, confetis, los desechos de una parranda colectiva.

Esa es, precisamente, la imagen deprimente que observa la Gaviota cuando se acerca a la puerta de la hacienda.

5

EL REGRESO DE LA GAVIOTA TRAIIDORA

21 DE SEPTIEMBRE DE 1977

La Gaviota había llegado a Bogotá en un avión procedente de Alemania de donde había sido deportada por su condición de ilegal, junto con otros colombianos. Y aquí, luego de comprobar que no tenía antecedentes, fue dejada en libertad tomó un flota que la condujo a Pereira y llegó al día siguiente, al amanecer.

En Pereira nadie la reconoció. Llevaba una sola maleta y vestía una pinta extraña, un poco exótica. Parecía más curtida, a pesar de que sólo habían pasado dos años. Indudablemente no era la misma: ahora era una Gaviota que delataba en su rostro que la vida últimamente había sido dura como la piedra. No era ya la mariposa vital que revoloteaba por Pereira, inquietando a los hombres y amansando golpes a los «atrevidos», la de paso fuerte y alegre. No. Ahora era una mujer serena, que se desplazaba lentamente con su maleta, sin ninguna emoción reflejada en el rostro, buscando un jeep que la condujera a la hacienda Casablanca.

Así es cómo ahora, Aurelio se sorprende de verla allí, frente a las puertas de la hacienda, y la invita a seguir. Gaviota no permite que le haga preguntas. Quiere saber qué pasó en el lugar para que se vea tan caótico, tan desaliñado. Aurelio le responde que hubo una fiesta: la fiesta de matrimonio de Sebastián Vallejo y de Lucía Sáenz, y que el agasajo fue atronador, por todo lo alto, y se prolongó hasta el amanecer. Y ahora mismo, mientras ellos conversan, la pareja se encuentra en su habitación nupcial.

Gaviota se queda en el más completo silencio, pero descomponiéndose poco a poco, hasta que la toma una náusea profunda, que obliga a Aurelio a sostenerla. Gaviota pregunta por Carmenza, quiere saber si ya ha regresado, pero también en eso el capataz le tiene malas noticias: su madre no ha regresado. Vino un par de veces a la hacienda a preguntar por sus cartas, pero en vista de que jamás había un recado no volvió a aparecer. Lo último que se supo es que se encontraba bastante enferma, pero nadie determinó en qué sitio de Colombia.

Tal como le ocurriera a Sebastián Vallejo, a Gaviota la invade la sensación de que una noche intempestiva, cruel, cerrada, negra como una tumba, se abre para ella, y durará más de lo deseado. Casi que siente el sonido del mundo que se quiebra en medio de impresionantes estertores.

Una tercera pésima noticia, proferida por Aurelio ya casi con lástima, viene a sumarse a las anteriores: ya están completos los recolectores de la cosecha del año. No hay ni un rincón de cuartel para ella. Todo le ha sido sistemáticamente negado. Ella, que venía a estirar los brazos y agarrar el cielo, se encuentra más desposeída que nunca. Y, lo peor, su camino es suplicar, rebajarse a suplicar un lugar en la cosecha, bajo el patronazgo del que creía su gran amor. Un puesto para no morir de hambre y, si la suerte le sonríe, reunir unos pesos y buscar a Carmenza. Aurelio no puede oponerse y acepta: le abrirá un espacio.

En el trayecto hacia el cuartel, caminando como la niña avergonzada que acaba de comprender la cantidad inmensa de tonterías que ha cometido, Gaviota entiende que los dos últimos años de su vida han estado bajo el imperio del absurdo, impulsados por una emoción ilegítima y dañina como una enfermedad calamitosa: enamorarse de Sebastián Vallejo, entregársele, quedar repentinamente esperando un hijo suyo, viajar a buscarlo a Londres, atravesar los infiernos de Europa, y regresar aún con la ilusión completa, con la pueril esperanza de que él estuviera en la puerta de la finca, sonriendo gentilmente y con los brazos abiertos. Una niña tonta que comete tonterías. Y tonterías irreversibles. Eso es ella. Ahora terminaba de comprobarlo: la vida no se parece a la turbulenta trama de las telenovelas. La vida nace turbulenta y se queda turbulenta. No hay príncipes azules esperando para salvar el

honor y poner a salvo la inocencia. Las telenovelas son una treta para cien. Y recuerda las palabras de Carmenza cuando ella le confesó que habían hecho el amor entre los cafetales, creyéndole que era la única, la primera: tretas de seductor mañoso y curtido en muchas batallas. Y ella había pisado la trampa con candidez. Con la misma candidez que la llevó a pensar que Europa era fácil de recorrer y que tenía buses como los de Pereira, Manizales o Armenia, donde se encontraba con los amigos en cualquier esquina y era fácil dar con el paradero de cualquiera.

Gaviota siente que odia a Sebastián. Pero más se odia ella. Nunca imaginó que la vida le fuera a mostrar las crudezas de la realidad de una forma tan áspera y cruel. Ahora lo único que piensa es encontrar a Carmenza, a la que no le pudo escribir, por vergüenza de confesarle el fracaso tantas veces temido. Encontrarla cuanto antes y salir de allí, de aquella maldita zona, iniciar una nueva vida, partiendo de ceros, como frecuentemente les tocaba empezar, y olvidarse para siempre de estos años aciagos y en especial de Sebastián, su primera y última ilusión: «Engaños como éste no se volverán a presentar en mi vida.»

Sebastián se levanta muy tarde, aún aturdido por las secuelas del trago. Lucía ya no se encuentra a su lado. Le está preparando el almuerzo y durante la mañana se ocupó de despedir a los invitados que partieron hacia Bogotá. Quiere ser gentil con su marido. Sebastián ordena llamar a Aurelio para hacer el balance de los gastos ocasionados por la fiesta de la noche anterior. Lo aguarda en el comedor, mientras Lucía, que le ha prometido uno de sus platos preferidos, termina de cocinar.

Aurelio aparece, hace un balance rápido y, antes de irse, le susurra a Sebastián en el oído que la Gaviota ha regresado. Sebastián queda todavía más aturdido, profundamente devastado y silencioso. Y permanece así por varios minutos, ante la mirada curiosa de Aurelio. Luego se levanta sin decir palabra y apenas le da una entrecortada explicación a Lucía, que está llegando, sonriente, con el plato prometido.

Con estremecimiento, Sebastián llega hasta el umbral del cuartel. Y allí la ve, sola, absorta, sentada en una butaca cualquiera, como si ya nada pudiera interesarle: la Gaviota está ahí, la soñada mujer se encuentra a pocos pasos y él, que tanto soñó con el reencuentro, tiene unos deseos enormes de salir huyendo, de perderse en el campo, en los cafetales, en el monte, y empezar a gritar como un demente. Sin embargo, y conteniendo el estremecimiento, se acerca hasta ella. Hasta ella que ahora levanta el rostro y lo vuelve a esconder instintivamente. Que parece avergonzada, ida de este planeta, ajena a cualquier esperanza de este mundo. Sebastián trata de saludarla, remeda un saludo, que le resulta grotesco al escuchárselo. Ella no contesta. Sólo contempla el paisaje. Él, a cambio, la contempla a ella y le parece que se encuentra completamente cambiada. Que es otra persona, muy distante de la bella mariposa feliz que se perdía entre los cafetales y cantaba destempladamente bajo el alero de su ventana. Los cambios, piensa, que el tiempo ha operado son sustanciales y definitivos. De la felicidad soñada apenas quedan unas huellas que toda esta escena ingrata empieza a borrar, como el agua borra los bellos dibujos que los bañistas acostumbran hacer en las playas. Lo único que se mantiene, incólume y firme como una catedral construida para seguir altiva durante largos siglos, es la belleza física de Gaviota. Su cuerpo esplendoroso, sus piernas torneadas siempre expuestas a los favores del viento, su pecho enorme y sensual, su cabello alborotado que tiene el aroma de todas las flores juntas, su mirada sensitiva, su boca húmeda y fresca...

Sebastián le dice que sabe que ella estuvo en Europa. Pero no entiende por qué todos, al verlo, le preguntan por ella. Quiere, necesita, saber. Que ella le cuente los pormenores, la parte que se esconde a sus ojos. Gaviota lo mira y recuerda los estropicios de la fiesta multitudinaria, los rostros de los trabajadores aún ebrios después del festejo, las palabras de Aurelio cuando le indicó la hora y el lugar en que él y «su mujer» consumaban el matrimonio. Le siente una mezcla de repugnancia y odio. Y basada en todo aquello le contesta con una dureza de hierro, que viajó a Europa porque debía hacerlo, porque le provocó y no necesita pedirle permiso a nadie. Con desprecio y dolor sus palabras salen afiladas, cortantes, vengativas, como si fueran cuchillos afilados viajando rumbo al interior de Sebastián Vallejo: a nadie le interesan las razones que tuvo para ir a Europa. A nadie y menos todavía a un desconocido como él.

Y remata su triste revancha diciéndole:

–Londres quedaba mucho, pero mucho más lejos de lo que yo me imaginaba, señor. Y usted mucho más lejos de lo que pensé. Afortunadamente ya se cayó el castillo que me construí en el aire. No soy más esa niña que ve telenovelas.

Después le ruega que se marche. No quiere que vuelvan a verse hasta que ella se pueda marchar de la hacienda Casablanca al encuentro de su madre. Lo mira con un gesto herido y se retira. La red de un malentendido siniestro ha quedado instaurada entre ambos. Cada uno está convencido de que el otro lo engañó montándole un juego oscuro e imperdonable. Cada uno siente que fue vulnerada para siempre su confianza y cree ver, con los terribles ojos de la imaginación, una mueca de burla en los labios del otro.

Sebastián, a pesar de todo, habla con Aurelio y le da la orden perentoria de que ayude a Gaviota a buscar a Carmenza, aunque tenga que valerse para la grave misión de todos los trabajadores o, llegado el caso, de toda la plata disponible. Quiere que aquella señora bonachona aparezca y se reúna con su hija, aunque ésta haya sido capaz de pulverizarle la vida y clausurarle la risa.

En la noche, como le ocurrirá de aquí en adelante con una frecuencia alarmante, Sebastián no puede conciliar el sueño. Ver a Gaviota de nuevo fue lo suficientemente perturbador como para convertirlo en un obseso, en un ser con algunos ribetes de fantasma, que deambula por corredores y salones a horas usualmente entregadas al descanso profundo y bienhechor, metido en las cavilaciones más ardientes, contradictorias, abstrusas. No era la misma Gaviota, ciertamente, pero era hermosa y eclipsante, misteriosa, sensual, portentosa. Sus últimas palabras frente al cuartel le taladran el cerebro. Las analiza una y otra vez, encontrándoles en cada nueva ocasión distintas acotaciones y sin lograr descifrarlas nunca. La inquietud de saber a Gaviota cerca lo devora y lo hace encolerizar. Es una mujer traidora. Una gaviota traidora, lejana aunque próxima, y capaz de prestar la catedral de su cuerpo con finalidades mercantiles, con la única meta de lucrarse y ganar dinero fácil. Pero si consiguió los millones de que hablaba Juancho, ¿por qué demonios está otra vez en Casablanca en calidad de simple y vulgar recolectora? La cabeza de Sebastián Vallejo es una telaraña. Se confunde. Se hace mil preguntas. Se contradice. Pero, allá en el fondo, anida la ira: Gaviota accedió a ser tocada por otras manos, a que hombres extraños, ramplones y vulgares, la acariciaran y besaran, se entregó por dinero, su cuerpo fue de otros cuerpos. Entonces cree darse cuenta de que ella tuvo razón al pedirle que no volviera a acercarse al cuartel mientras ella estuviera presente.

Mucho más cuando entra a su habitación, cansado de estar en brazos de la mortificación y de los más ardientes devaneos, y se encuentra con Lucía que duerme, y recuerda que ella es su esposa, que será su compañera en la hacienda y no se apartará nunca de su camino. Sí, trata una y otra vez Sebastián de afirmarse, todo ha terminado.

Pero aún en este punto, vuelve a dejar que sus pensamientos den la vuelta y lo burlen, como duendes sarcásticos: pero ¿por qué se lanzó al bajo mundo de Europa?

HACIENDA CASABLANCA, 28 DE SEPTIEMBRE DE 1977

Sebastián Vallejo lee los diarios en el pórtico de la hacienda, acompañado por una Lucía serena y satisfecha, casi dulce; en medio de una gran polvareda aparece el jeep de Aurelio, frenando de manera salvaje a unos metros de allí. Y entonces, entre varios hombres, con dificultad, bajan a Carmenza, quien parece un espectro: pálida, tambaleante, en apariencia moribunda. Para Lucía esta clase de escenas son horribles: está acostumbrada a la Bogotá de las convenciones, donde morirse o enfermarse delante de la gente no es una cosa bien vista. Por eso da síntomas de una alarma exagerada. Quiere saber si esa clase de cosas ocurren con frecuencia en la zona cafetera, y quiere saber quién es esa mujer de aspecto apaleado y lamentable.

Pero Sebastián se encuentra demasiado absorto para responder a sus inquisiciones. Sus ojos atestiguan el reencuentro de Gaviota y su madre. La muchacha aparece corriendo, con la respiración difícil de quien se ha encontrado con la mismísima muerte: llega hasta Carmenza y la abraza anegada en un llanto profundo y conmovedor, y luego la ayuda a caminar hacia los

cuarteles. Lucía insiste con su inquietud: ahora quiere saber quiénes son ese par de mujeres, qué lazo las une y qué papel juegan en la hacienda. Sebastián, preso de las más hondas sensaciones, solamente atina a contarle que se trata de dos trabajadoras, madre e hija, que cada año vienen a la región para ganarse unos pesos con la cosecha. Luego le pide un permiso a su esposa y llega hasta donde se encuentra Aurelio, con el rostro sudoroso, para rogarle que lo ponga al tanto de todo lo sucedido: a Carmenza la encontraron en un hospital de Chinchiná, postrada en una cama, y los médicos afirmaron que su dolencia nacía de una depresión severa e incontrolable. A Vallejo lo carcomen los deseos de entrevistarse con la madre de Gaviota.

La noche recibe a Sebastián dando vueltas por la casa, meditabundo, torpe para responder cualquier pregunta, casi ausente. Lucía empieza a reparar en su mortificación, pero, como estrategia inicial, decide hacer como si no se hubiera dado cuenta. Llegada la hora de acostarse, Sebastián da vueltas en la cama, vuelve a interrogarse sobre la verdad de todo lo que ha sucedido, se encuentra en manos de un insomnio feroz que no derrota ni siquiera la casi completa botella de aguardiente que, con lapsos de minutos, consumió después de observar la llegada de Carmenza.

Sólo al filo de las tres y media de la madrugada logra darle cacería a un mendrugo de sueño, pero éste no resulta nada reparador: lo visitan jirones de pesadilla, imágenes supremamente ingratas, escenarios desconocidos en cuya atmósfera se respira la peligrosidad y el abismo. Pero así pasa la barrera del amanecer.

En la mañana, sintiéndose completamente cansado, Sebastián continúa en cama, hasta que algo familiar, conocido, ciertamente precioso, lo hace saltar como una liebre: es un canto, algo destemplado, que habla de una Gaviota herida, de una Gaviota que insiste en su vuelo a pesar de estar atravesando los cielos más sombríos. Sí. No hay la menor duda. Es ella. Nuevamente cantando a pocos metros de su ventana. Canto peligroso como el de las sirenas. Porque, comprende Vallejo, eso es lo que ella significa: el peligro de un canto fascinante y mágico, capaz de descontrolarlo por completo. Sebastián, que cree ahora que nunca volverá a tener tratos con «la Gaviota osada», con «la Gaviota herida», se reconforta al pensar que, de todos modos, ella ha recuperado una pizca, tal vez magra pero importante, de su antigua, de su esplendorosa felicidad. Esa felicidad que parece anterior a todos los pecados...

Durante el día, habiendo visto que la Gaviota monta una guardia casi feroz en el cuartel donde está recluida Carmenza, Sebastián urde una treta para poder entrevistarse con ella: un tanto repugnado hace uso de su condición de patrón absoluto y ordena a Aurelio que mande a Gaviota a recolectar en un punto distante, donde no pueda impedir su anhelado acceso. Como un chiquillo que quiere robar manzanas o un zorro que quiere robar gallinas, penetra entonces en el cuartel y busca, entre las filas de camastros duros, ala madre de «su mujer». Ella parece haber visto al demonio y sobreponiéndose al desaliento más rotundo, entabla diálogo. Sabe que Gaviota, una y otra vez, con la persistencia de una vieja maestra de escuela, le ha dado instrucciones sobre lo que debe decir: nada. Ni una palabra. Ni una revelación para ese monstruo que fue capaz de prometerle la vida y de obsequiarle, como amarga recompensa, la muerte y la sin salida. Pero Carmenza piensa diferente: quiere que el hombre que hizo trizas las endeble esperanzas de su hija sepa la verdad, quiere verlo arrepentido, si de verdad es un hombre, o tranquilo como piedra si de verdad es un monstruo.

Sebastián también abriga subterráneos rencores hacia la vieja recolectora: no entiende cómo pudo vulnerar su condición de madre y permitir, por unos sucios billetes de procedencia indigna, que Gaviota fuera a ferirse en los mercados del deseo de Europa, o de dónde sacó malas entrañas para quedarse impávida mientras su hija entraba, tal vez inocente, tal vez por hambre e infortunio, en las turbias negociaciones de la mala vida.

Sebastián Vallejo queda completamente vapuleado cuando escucha en la voz gris de Carmenza, la historia inmisericorde de su Gaviota: Gaviota cantante sin ilusión, Gaviota ilusionada con su patrón, Gaviota telenoveler, Gaviota ilusa, Gaviota entregada, Gaviota estúpida, Gaviota embarazada en las sinuosas carreteras, Gaviota engañada por un asqueroso fotógrafo, Gaviota golpeada por la oscuridad y la infamia de Europa, Gaviota a las puertas de la finca donde su amor, el venerable amor de sus más escondidos sueños, acaba de casarse... Gaviota rota, vulnerada, desilusionada para siempre, dueña del más ingenuo de los cuadernos de apuntes, donde anotó, con una disciplina de estudiante de matemáticas, las tonterías de

niño rico que él le enseñó sobre Londres y París y las malditas ciudades de Europa, Gaviota la boba, la insulsa que pensó encontrar en el otro continente buses repletos de campesinos amables, baratos, accesibles y dulces como los que transitan la zona cafetera. Gaviota, nacida en este trópico difícil pero conocido, Gaviota llamando, como una maga, por los teléfonos públicos de Europa... sin dirección, sin brújula, sin oriente, sin camino...

Y Sebastián piensa: la vida de Gaviota destrozada por su culpa. Entregándose a otros hombres, mientras reunía el dinero para buscarlo en Londres, en la enorme Londres, sin dirección, sin teléfono, sin una mano amiga. Gaviota embarazada, esperando un hijo suyo. El hijo, el hijo, ¿qué pasó con el hijo? Carmenza le dice que lo perdió en aquel infierno de vida que llevaba en Europa. Sebastián se descompone, llora, golpea las pocas cosas que hay en el galpón, maldice y sale herido de allí. Ahora corre por entre los cafetales, la ve desgranando un cafeto, la llama a gritos. Gaviota lo observa. Él se acerca, le dice que por qué no le contó desde un principio lo que pasaba, pero Gaviota sigue herida. Le dice que eso ya fue tiempo pasado, que quiere olvidarlo todo. Que fue una ilusa en creerle que la amaba, que era la primera vez que hacía el amor con alguien, que pagó duro su ignorancia y su ingenuidad, y que ahora debe dejarla en paz, ir a buscar a su esposa que lo debe estar aguardando en la cama, y decirle que está feliz con ella porque es la única mujer que ha podido hacer el amor. El truco es efectivo y especialmente con cenicientas como ella, y sale corriendo. Pero Sebastián la sigue, la grita, le jura que eso fue cierto, que con su esposa no mantiene ninguna relación, que sólo se casó porque pensó que ella jamás iba a volver. Pero que no hizo más que extrañarla durante estos dos años. Pero Gaviota se ha perdido entre los cafetales.

Aurelio aparece y le dice que Lucía ya regresó de Manizales, donde permanece gran parte del día con algunas amigas y parientes lejanos de los Vallejo, tratando de estar el menor tiempo posible en la hacienda, cuya vida le molesta y no logra asimilar. Aurelio le informa que Lucía lo está buscando y que es mejor que vaya a su encuentro.

Ya no hay sueño que conciliar. Esta vez pasa toda la noche dando vueltas por la sala: un hijo perdido, un hijo de los dos, un hijo que tal vez jamás vuelva a tener, Gaviota buscándolo en Europa; todo esto lo conmueve, lo consterna profundamente, siente lástima por ella y más amor; todo puede rehacerse, su itinerario por Europa lo justifica todo. Mandará al carajo el matrimonio, convencerá a Gaviota de que se casó por despecho, y que jamás ha rozado siquiera a su esposa. Pero de nuevo surge el tormento: los hombres que la poseyeron, las mil caricias sucias que habrá recibido su cuerpo. No lo puede soportar, y sabe que jamás lo soportará; nunca podrá estar en paz con ella mientras persista el recuerdo de que otros hombres profanaron el cuerpo del único ser que fue hecho para él. Y sabe que ese recuerdo jamás dejará de persistir. Todo será inútil; no puede hacer que el tiempo retroceda para evitar el instante en que ella realizó el desafortunado viaje. Jamás podrá borrar de su piel y de su vientre las huellas de los profanadores que utilizaron su cuerpo por dinero. Pero tampoco se siente capaz de dejarla ir, así como así. Siente un compromiso hacia ella, un remordimiento que sabe será perpetuo. El le arruinó la vida, y la única forma de aplacar su conciencia será ofreciéndole alguno de sus bienes, algo con lo que pueda sobrevivir decorosamente en sus eternas travesías. Sí. Hablará con ella.

El amanecer lo sorprende divagando. Lucía aparece en la sala en levantadora, intrigada por el hecho de que él no haya pasado la noche en la cama. Piensa, y así se lo manifiesta, que le está rehuyendo por no sentirse comprometido con el acto de amor. Pero Sebastián le sonríe, la tranquiliza, le dice que tiene algunos problemas con la cosecha, y abrazándola, le dice que jamás huiría de su lado. Jamás. Pero el canto mañanero y destemplado de la Gaviota traidora, lo altera como en la mañana anterior. Y Lucía se queda sorprendida al ver de nuevo el rostro abortado y expectante de Sebastián.

Es un día lluvioso. Sebastián no ha podido hablar con la Gaviota, porque Lucía ha permanecido a su lado, argumentando que quiere estar cerca de él ahora que atraviesa por serios problemas con la cosecha. Al atardecer se desploma un fuerte aguacero y las actividades de la cosecha se paralizan. Sebastián escucha, intranquilo, desde la casa, a los trabajadores que ahora están reunidos en el porche del galpón, entonando canciones de carrilera, y bebiendo aguardiente. Al anochecer, Sebastián no aguanta más y le dice a Lucía

que irá al galpón a hablar con los trabajadores para saber qué efectos tuvo la lluvia sobre los cafetos. Lucía, por supuesto, no lo acompaña.

Sebastián llega mojado al galpón, y ve a Gaviota departiendo con los otros trabajadores. Gaviota al verlo trata de entrarse al galpón pero Sebastián se lo impide, le ruega que hable con él, serenamente, que entre los dos no puede existir odio. Gaviota está un poco tocada por los tragos y acepta, con cierta displicencia. Sebastián le dice que él se siente culpable, que ella no se equivocó jamás al pensar que él la habría ayudado, que la vida habría sido diferente para los dos, que él siempre soñó con regresar a los dos años a cumplir el pacto, y que así lo hizo. Pero al saber que se había marchado y que, según las malas lenguas, jamás volvería, decidió casarse, pero que jamás ha mantenido relación alguna con Lucía, que la única vez que amó fue a ella, en el cafetal, hace dos años, pero que ahora tal como están las cosas, y con el resentimiento que ella le guarda, con toda razón, quiere que acepte una indemnización. Una casa en cualquier parte del país, donde ella lo desee, y algún dinero. Gaviota sonríe con tristeza, y dice que no le está cobrando nada, y que además lo que ella hizo no se paga con ningún dinero, que todo lo hizo por amor, con un amor iluso y desbordado. Sebastián le dice que quiere saber cómo fue exactamente su itinerario por Europa, que siente el derecho de saberlo. Gaviota lo mira con un gesto de escepticismo, y al cabo de unos instantes empieza a hablar: llegó a París convencida de que iba para una casa de modas y terminó metida en un sofisticado burdel. Aún no entendía lo que sucedía. Pero cuando se dio cuenta de que en efecto se trataba de una casa de citas sofisticada, riñó con los hombres que la contrataron, pidió que la regresaran, pero los hombres se negaron. No tenía pasaje de regreso y aquellos tipos no le iban a ayudar. Tuvo que quedarse en el burdel algún tiempo; fueron tiempos terribles, hasta que un día decidió escapar, buscar otras fuentes de trabajo; entonces empezó a emplearse en los oficios más ruines, en los lugares más sórdidos de París, primero lavando baños, luego como mesera de un bar de mala muerte, mal pagada como lo son todos los ilegales en Francia, sometida a toda suerte de arbitrariedades, padeciendo el desconocimiento del idioma. Pero reunió algún dinero, en el preciso instante en que su vientre empezaba a delatar su estado de embarazo; entonces decidió viajar a Londres. Aún tenía la ilusión de encontrarlo. Pero tal como lo suponía, la ciudad era enorme. Deambuló por las calles, comiendo poco y durmiendo en hoteles de mala categoría, tratando de ahorrar dinero al máximo; pensó que en la embajada colombiana podían darle alguna razón, pero ni siquiera la atendieron, y al cabo de unos días, los malestares que la venían acosando, como consecuencia de los nervios y los viajes, y el permanente estado depresivo, se agudizaron y perdió la criatura, y con ella lo poco ahorrado, en gastos clínicos. Días después tenía varias cosas: que jamás encontraría a Sebastián, que ya no se justificaría buscarlo más, ante la pérdida de la criatura, y que lo odiaba. Ahora sólo pensaba regresar pero no tenía dinero ni razones para hacerlo, salvo la de encontrarse con su madre; no se justificaba regresar sin dinero, a continuar con su vida de gitana, y viajar a Europa para perder la criatura y regresar derrotada. Así que aceptó un trabajo que le ofreció una compañera de habitación del hospital, una puertorriqueña que deambulaba por Europa desde hacía varios años en busca de oportunidades y que acababa de rechazar un empleo como doméstica interna en la casa de una familia inglesa, que como muchas otras familias de allí contratan latinas pues no son costosas ni conflictivas.

Vivió con esa familia varios meses y al cabo de un tiempo se independizó. Encontró otro trabajo, ilegal, en la factoría de un puerto y allí se hizo amiga de unas turcas que planeaban viajar a Alemania para emplearse en una empresa automotriz, que pagaba bien a los extranjeros marginales. A los pocos meses viajó a Alemania, trabajó con sus amigas, pero descubrió que con lo que ganaba apenas podía cubrir los altos costos de su mantenimiento. Le angustiaba pensar que jamás ahorraría lo que deseaba y se pasaría la vida trabajando sólo para mantenerse. Al cabo de un año tenía otra cosa en claro: ya no odiaba a Sebastián; todo había sido una mala jugada del destino. Y cuando vio que el 14 de septiembre se acercaba y con él la fecha de vencimiento de los dos años en que Sebastián prometió volver a Colombia, pensó en que era hora de retornar, pero no pudo invertir sus pocos ahorros en el pasaje de regreso, así que escondió sus documentos, que la acreditaban como Carolina Olivares, y se presentó ante las autoridades alemanas en su condición de indocumentada, y por tanto de ilegal, con la ilusión de ser deportada inmediatamente. Pero las cosas no resultaron como lo quería. No es deportada, sino detenida, a un día de cumplirse el pacto, y pasa allí cinco días, mientras se le investiga. Luego la deportan. Llega a Colombia con la ilusión de encontrar a Sebastián en la hacienda, de contarle todo su itinerario por Europa, de darle paz a su vida.

Todo imaginó menos encontrarlo casado, y descubrir que todo había sido una trampa, tal como se lo dijo su madre antes de partir.

La lluvia arrecia. Sebastián y Gaviota se han quedado solos, los demás se han ido a dormir. Sebastián sabe que es inútil convencerla de que fue sincero con ella, y además le duele confirmar, de sus propios labios, que debió vivir en aquel burdel. Ella se levanta, sale del porche a observar la noche, deja que la lluvia la moje; Sebastián no puede evitar mirarla con ternura, de sentirse afligido por su historia, de sentirse atraído por sus labios, por sus piernas, que se traslucen a través del vestido, por su pecho ahora mojado con la lluvia. Se levanta, se acerca a ella, y llevado por un impulso incontenible la abraza, primero con suavidad, luego con intensidad, y Gaviota es receptiva con su gesto. Los dos se besan bajo la lluvia, y de nuevo Sebastián se siente arrastrado por el cuerpo de Gaviota, sus manos empiezan a recorrerla rápidamente, con ansia, mientras la besa, escucha la respiración alterada de ella que lo detiene, lo separa, y le dice que sólo lo besa y lo abraza como una forma de cumplir con el sueño que la condujo a deambular por Europa durante dos años, solamente por eso, le dice que ya no siente nada por él; Sebastián se queda desconcertado.

Ahora Sebastián ve las luces de un carro que se acerca al galpón, en medio de la lluvia. Es el carro de Lucía; debe estar preocupada por él. Sebastián le dice que debe irse, Gaviota lo detiene, le dice que le gustaría que él supiera algo: «Durante los días que pasé en esa horrible casa de citas en París, jamás me dejé tocar de nadie. De ningún hombre.

Por una simple razón: estaba embarazada. Y así se lo hice saber a todo el que me pretendió. Hasta que los hombres que me encontraron me echaron de allí, a mi suerte. Después que perdí al niño, juré que nadie más volvería a tocarme, y así sucedió; de modo que la única persona en mi vida que me ha tocado es usted, Sebastián, pero eso no volverá a suceder; sólo quería que supiera que no llevé en Europa la vida que usted y los demás piensan que llevé.»

Sebastián sonríe, la vida le ha vuelto al cuerpo. Pero el carro se acerca. Sebastián lo mira feliz, y sale corriendo al encuentro del carro; no quiere que Lucía los sorprenda, y la mira por última vez, cuando ella entra al galpón. Gaviota parece tranquila ahora al aclararle a Sebastián que no es la mujer de mala vida que todos pueden pensar. Le gusta, en el fondo, saber que él no se va a llevar un concepto terrible de ella; por eso, en todo su itinerario por Europa, lo único que omitió fue el hecho de viajar con papeles falsos, los mismos que escondió en Alemania para que la deportaran; lo omitió porque sabía que eso era ilegal, y no quería que Sebastián, por ningún motivo, pensara mal de ella; y al omitirle esta información, desde luego omitió el nombre con que recorrió Europa: Carolina Olivares.

Es una noche feliz para Sebastián; el cuerpo de Gaviota sigue intacto, puede sepultar las imágenes que lo atormentaban; ya tiene algo muy en claro: acabará su matrimonio con Lucía; ella es hermosa, querida, amable, es buena amiga, pero no son esposos en el sentido verdadero de la palabra; ella entenderá que fue un matrimonio pactado. Ya se encargará de convencer a Gaviota de que jamás la engañó y volverá a reconquistarla, a pesar de que ella le diga que ya no siente nada por él. Al amanecer irá a su encuentro y le contará su decisión. Ahora tratará de calmar a Lucía que está muy extrañada, y tal vez irá abonando el terreno con ella, para que la noticia no la coja tan de sorpresa.

HACIENDA LAS WALKIRIAS, 1º. DE OCTUBRE DE 1977

Sebastián se levanta temprano. Lucía se sorprende al ver que ni siquiera desayuna y que sale sin decirle nada.

Sebastián ahora llega al galpón, se encuentra con Aurelio y le pide que llame a la Gaviota. Pero Aurelio le dice que ella y su madre salieron apenas aclaró, hace un par de horas, y que ignora a qué sitio iban; a esta hora deben ir por cualquier carretera a cualquier sitio del país, al Chocó, al César, al Tolima, al Magdalena. Nadie sabe qué rumbo tomaron. Sebastián guarda silencio.

Se devuelve a la casa, derrotado, y se pasa todo el día cavilando, hasta llegar a una conclusión: tiene la certeza de que el país es demasiado grande e intrincado como para dar fácilmente con ella, pero no lo suficientemente extenso como para que no le alcance la vida y el dinero para encontrarla. Sólo ella tiene la felicidad que el destino le ha deparado. No vale la pena vivir si no la encuentra.

Durante los siguientes días, Sebastián destinará su tiempo en realizar contactos con varias personas a las que enviará a diversas partes de la geografía colombiana, con la misión de encontrar a su Gaviota. Pero hay un inconveniente: Sebastián no posee una sola fotografía de ella, no sabe siquiera a ciencia cierta su verdadero nombre; Aurelio le dice que cree que se llama Teresa, pero no podría asegurárselo, pues nunca nadie la llamó por su verdadero nombre. Así que todas estas personas deberán buscar una muchacha que se ajuste a la descripción confusa, entre la Gaviota del ayer y la de hoy, entre la Gaviota física y la Gaviota espiritual que él lleva por dentro. Pasará sus días recibiendo toda suerte de informes, realizando viajes a los sitios más recónditos donde le dicen que la han visto, y eludiendo las preguntas de Lucía, a quien no se decide a contarle aún la verdad, hasta tanto el encuentro con Gaviota sea una realidad.

6

UNA GAVIOTA LLAMADA CAROLINA

BOGOTÁ, MARZO DE 1978

Mientras Sebastián busca por toda la geografía colombiana a Gaviota pensando en encontrarla en alguna finca, o en alguna plantación que esté en cosecha, no le pasa por la cabeza el verdadero sitio donde se encuentra: Bogotá. Gaviota había tenido tiempo suficiente para pensar qué iba a hacer con su vida, y tenía el firme propósito de dejar para siempre su vida nómada y humilde de recolectora. Y cuando le comentó a su madre, la última noche que estuvo en el galpón de la hacienda, su deseo de que las dos se fueran a vivir a Bogotá, Carmenza le pidió explicaciones; no entendía por qué quería dejar la hacienda ahora que precisamente Sebastián parecía estarla asediando de nuevo, interesado en ella.

Ahora los papeles se invierten. Carmenza, que durante los días del embarazo y el delirio de su hija por Sebastián se mantenía criticándola porque soñaba como un personaje de telenovela y siempre trató de volverla a la realidad diciéndole que su vida no era una ficción, sino la más cruda realidad, había cambiado de opinión cuando vio que Sebastián volvía a asediarla. Ahora le hace conjeturas, le recuerda tramas de telenovelas en que el galán al cabo de unos años regresa por la cenicienta, tras un largo viaje por el mundo. Pero Gaviota es enfática, le dice que aprendió a descreer en las telenovelas, la muchacha pobre jamás podrá acceder al joven rico, eso lo tiene muy claro; y como segunda medida, no iba a aceptar la propuesta que le hiciera Sebastián la última noche, recibir una casa y dinero, porque tenía la certeza de que la convertiría en su amante, y la casa, el sitio donde mantendría con ella relaciones clandestinas. No. Ella era muy curtida para caer en la trampa. Sebastián no volvería a engañarla por más sincero que pareciera; estaba segura de que le diría que la amaba pero que no podría dejar a su esposa con quien no mantiene relaciones, y que sólo las mantendría con ella; a otra con ese cuento, ya no es la cenicienta de telenovela que él creía, y decidió que era mejor partir de allí cuanto antes, pues ya había dado síntomas de debilidad al permitir que él la besara. Bogotá era la meta que se había creado.

Si de algo le habían servido los dos años en Europa, era para perderle el miedo a las grandes ciudades, a Bogotá que tanto temor producía en los recolectores, una ciudad que para ella era incluso pequeña frente a París, Londres o Düsseldorf. Con la plata que había recibido de la cosecha y con lo poco que le había quedado de su estadía en Europa, decidió viajar a la

capital, rentar un pequeño y modesto apartamento, de una habitación, localizado en zona peligrosa, y buscarse un empleo de alguna categoría.

Para eso contaba con dos elementos, muy importantes para ella: su belleza y empeño, y dos idiomas que había aprendido a la fuerza en el bajo mundo: el inglés y el alemán; y por qué no, algo de francés; eso debía servirle para algo, y tenía razón.

Se presentó en varios sitios donde se necesitaba una secretaria bilingüe, y también a un hotel de mediano prestigio que requería de una recepcionista. Puso todo su empeño en lograr este último puesto, arriesgó el dinero de la comida en un vestido fino, pero no muy costoso, y lo logró. No era muy bien remunerado pero por algo debía empezar. Trabajaba en el día, y en las noches estudiaba en un colegio de validación para sacar adelante su bachillerato en pocos años. Su madre, en tanto, aprendió a coser y Gaviota sacó una máquina a crédito para que realizara trabajos en casa.

Sin embargo, a pesar de su abierta animadversión por el mundo de las telenovelas y creer que ya tenía los pies en la tierra, que el mundo de la riqueza sólo se consigue por trabajo propio, y que los príncipes azules son unos seductores curtidos, no podía evitar caer en la tentación de leer revistas de farándula y jet set, y de seguir de cerca los pormenores de aquellas vidas ajenas y fascinantes. Compartía teorías con sus compañeras de hotel, con quienes intercambiaba revistas y chismes. Uno de sus puntos de atracción en las revistas era Iván Vallejo, primo de Sebastián, quien para entonces se había ganado todos los galardones de ejecutivo: el del ejecutivo más joven, el del ejecutivo del año, y era muy dado a las actividades sociales y salía en las páginas del jet set en las revistas. Lo tenía todo: dinero, presencia, atractivo, apellidos.

Iván también era consciente de ello. Y sabía que la clave para lograr los enormes horizontes que se había trazado y que cumplía uno a uno tal como lo había calculado, debía ser la mezcla de varios elementos. Un ejecutivo como él podía combinar su inteligencia con su atractivo, con su dinero y apellido, y con el enorme atractivo que generaba en las mujeres. Era muy conocido en los altos círculos sociales, empresariales, industriales y comerciales. Su fama le permitía tener un prestigio insospechado, que él aprovechaba muy hábilmente. Y que ahora le abría las puertas en otros lugares del mundo, como Estados Unidos, donde ya había puesto en marcha un enorme andamiaje de relaciones públicas con el fin de tener acceso a los altos círculos americanos.

La Gaviota sabía que Expocafé era la empresa de Iván, porque en un par de ocasiones realizó en los salones de convenciones del hotel algunos cócteles y eventos. Todas sus compañeras, encabezadas por ella, se deshojaban al verlo en persona, rodeado de tanta gente importante, destellando encanto y fascinación. Gaviota siempre pensó: trabajar al lado de un hombre como Iván Vallejo es la mejor universidad por la que se podría pasar. Era un compendio perfecto: el equilibrio entre la vida social y la vida de negocios; sin duda, el hombre con mayores proyecciones en el país.

BOGOTÁ, MAYO DE 1975

Y la oportunidad que Gaviota esperaba se presenta. En un diario, en unos avisos clasificados descubre que Expocafé busca una secretaria ejecutiva, con experiencia y dominio del inglés. Gaviota sólo cumple con el requisito del inglés, pero no le importa, quiere trabajar en esa empresa.

Pide una tarde libre. Saca dinero de su cuenta de ahorros para comprarse otro vestido fino, a riesgo de incumplir con otros pagos apremiantes. Y se presenta en la oficina de Expocafé. Allí, una secretaria le entrega una solicitud y la hace pasar a una sala donde varias mujeres llenan el cuestionario. Gaviota observa a las mujeres; son verdaderamente elegantes, tienen toque de distinción, están incluso mejor vestidas que ella. Cuando observa la solicitud, advierte que está compuesta por más de tres hojas, con una sucesión infinita de renglones donde se debe anotar datos y datos que ella no sabe de dónde sacar. Estudios realizados: primarios, secundarios, universitarios, especializaciones. Experiencia en otras empresas,

referencias personales, empresariales, etc. Gaviota llega a una conclusión: tendrá que vivir unos diez años más de vida trabajando para medio llenar esa solicitud, pero no se desanima, por el contrario, piensa que es hora de darle un vuelco total a su vida, a su nueva vida de ciudad, y dejar definitivamente su pasado de recolectora, de Gaviota inocente que cayó alguna vez en manos de unos traficantes de blancas. Ahora es otra mujer, y eso implica no sólo un cambio en su personalidad, sino un cambio total, incluido el de su nombre. Finalmente, su verdadera identidad de Teresita Sánchez, sin un segundo apellido y con un registro civil que delata su condición bastarda, sería suficiente para que ni siquiera fuera tomada en cuenta. Y se lanza al ruedo de la suerte: retorna su identidad de Carolina Olivares, la mujer de apellidos bonitos y varias visas de entrada a Estados Unidos y Europa. La Carolina Olivares que vivió sus dos últimos años en Europa; aún tiene la cédula y el pasaporte que respalda su nueva identidad, los sellos que certifican sus viajes, así que llena el formulario con el nombre de Carolina Olivares, coloca los nombres de colegios de Medellín que jamás conoció pero donde seguramente estudió la verdadera Carolina, cita universidades en Londres de las que apenas conoció su fachada en el tiempo de estada que pasó en Inglaterra. Cita nombres inexistentes de personas en Europa, y también los nombres de grandes personalidades del país, como referencias personales y comerciales, y coloca teléfonos falsos. Sólo coloca un dato cierto: el número de teléfono de su modesto apartamento, pero inventa la dirección; en su imaginación, su apartamento ahora está situado en una decorosa parte de la ciudad.

Aguarda la entrevista. Un empleado de la firma la hace seguir a su oficina al cabo de un tiempo. La mira de arriba abajo. Carolina, como vuelve a convencerse de que así se llama, y como se llamará de ahora en adelante, tiene la certeza de que el vestido falló; es definitivamente inferior a los de sus competidoras. Tal vez también le ha fallado el peinado, tal vez todo le ha fallado. Pueda que sea una muchacha de bonitos apellidos y magnífico pasado, pero algo de su apariencia delata sus nexos con su verdadero pasado. El hombre le dice, sin quitarle la mirada, que su hoja de vida es sorprendente. Y Carolina le sigue la cuerda confirmando sin temor cada uno de sus datos. Finalmente, el hombre le dice que puede irse y que la llamarán en un par de días para darle alguna razón.

Los días pasan y Carolina se impacienta al no recibir ninguna llamada; han pasado los dos días y tiene la certeza de que ya no la llamarán. El maldito vestido, el maldito peinado. ¿O los datos? Su madre le dice cuando le cuenta sus propósitos, que la falla estuvo en dar los datos falsos, pero Carolina no lo cree; le dice que si pudo estar durante dos años en Europa, atravesando fronteras, enfrentando autoridades, siempre como Carolina Olivares, y jamás la descubrieron, menos ahora cuando comprobar su pasado en Europa puede ser difícil para ellos. Le parece increíble imaginar que se gasten llamadas a Londres para averiguar sus referencias y más imposible aún que llamen a los grandes magnates de la industria y la banca, a los que conocía por sus obsesivas lecturas de revistas de jet set y farándula, para preguntarles por ella; cree que ni siquiera les pasarán al teléfono. Si hubiese colocado nombres normales; tal vez habrían llamado, pero no correrían por la incomodidad de llamar a tantas personalidades importantes. La cosa era muy sencilla: le creían o no le creían, pero no harían las llamadas. Era el maldito vestido y el peinado. Iría al día siguiente a averiguar lo que sucedió.

Carmenza está intrigada; entiende que su hija quiera trabajar con un hombre como Iván Vallejo, pero lo que no entiende es por qué el primo de Sebastián. Ella lo sabe. Son primos y allí podrían encontrarse. Y no ve la gracia de haber huido de su lado hace casi ya seis meses para luego encontrárselo allí. Carolina tiene la certeza de que la relación de Iván y Sebastián es muy distante, o de lo contrario aparecería con él en las revistas. Está casi segura de que Sebastián aún vive en la hacienda, con su esposa, pero Carmenza no deja de pensar que su hija trama algo.

Carolina vuelve a pedir el día en el hotel, y sigue sacando dinero de su cuenta de ahorros, y ahora compra un vestido y zapatos extraordinariamente costosos, fuera de competencia, y pasa la mañana en un sofisticado salón de belleza. En la tarde va a Expocafé, le hace antesala al hombre de las entrevistas, que finalmente la atiende, extrañado ante el nuevo look de la mujer. Está casi irreconocible. Pero le tiene malas noticias: seleccionaron a

una aspirante que incluso ya se encuentra laborando en la empresa. Carolina le pregunta si no hay otra vacante pero el hombre es enfático: no hay nada más en la empresa para ella.

Pero Carolina no se rinde, habla con la secretaria de Iván, y le pide una cita. La secretaria, acostumbrada a estos ajetreos con desconocidos, le dice que la agenda de él está saturada y que no tiene tiempo para atenderla, que ni siquiera se encuentra en la oficina. Carolina dice que lo esperará, que sólo será cosa de un minuto, y se sienta con paciencia a esperar. Iván aparece más tarde, casi al anochecer. Entra como siempre muy atareado y la secretaria, que en verdad tiene pocas intenciones de colaborarle a Carolina, no alcanza a decirle nada a Iván, que sólo responde: «Ahora no tengo tiempo para nada.»

Durante los siguientes días Carolina seguirá haciéndole antesala, sacando tiempo de su trabajo en el hotel, últimamente a escondidas y con la complicidad de sus compañeros. Pero también con la crítica severa de su madre, que le censura el hecho de dejar la cuenta prácticamente sin dinero por comprarse el vestido, gastar sumas escandalosas para ella en salones de belleza. En algo que no se equivocó Carolina fue en la adquisición del vestido: vislumbrando que posiblemente tendría que necesitarlo por varios días en forma consecutiva, y ante la molestia de que la gente se diera cuenta que no se cambiaba de traje, seleccionó un vestido con un diseño multifuncional: el traje traía varios adornos, y un chal fino, de un color por cada cara. Así que el primer día se presentó, se cruzó el chal sobre el pecho, y durante los siguientes días fue inventando diversas posturas. Algunas veces lo utilizaba como sobrefalda, otras lo invertía, y lo combinaba con los diversos adornos mientras cada mañana buscaba un nuevo peinado. Y en realidad lograba verse diferente cada día. Pero para nada. Iván no la atendía; la veía sentada en la sala de espera y pasaba veloz por su lado con sus asesores. Ella siempre trataba de alcanzarlo, de decir algo, pero él nunca la atendía. Por el contrario, le molestaba verla allí todos los días. Su secretaria ya le había informado que se trataba de una muchacha que no había sido aceptada y que a lo mejor buscaba convencerlo que la empleara. Iván, cansado por el asedio de Carolina, da orden para que no la vuelvan a dejar entrar. Da la orden el mismo día en que Carolina recibe una carta de despido del hotel donde trabaja, por abandono de su cargo.

Carolina se desespera. El dinero se les ha agotado, la situación para las dos mujeres es desesperante. Riñe con su madre, pues han tenido que empeñar la máquina de coser, su único medio de subsistencia, para mantenerse siempre con la ilusión de que Carolina consiguiera el puesto que tanto deseaba. Al ver la situación desesperada de las dos, Carolina decide entonces lanzar la ofensiva final. Habla con el portero del edificio, para indagar sobre el sitio donde Iván Vallejo estaciona su carro. Y ahora pasa el día en el parqueadero. Al verlo venir Carolina se sitúa frente a la puerta del carro. Iván se detiene al verla allí. La mira con molestia antes de dar una orden; Carolina le suelta una retahíla marcada por un tono agresivo que desconcierta a Iván; le exige que la atienda, que no le va a quitar más de un minuto, y que debe respetar a las personas como ella, por más importante que sea él. Tanto Iván como sus hombres se quedan en silencio, escuchando el violento discurso de Carolina. Iván sonríe mientras la mira de arriba abajo, y parecen convencerlo sus piernas, su busto y la profunda sensualidad que respira. Así que le dice que se suba al carro, y que irán conversando en el camino.

Las cosas mejoran. Ahora los dos están en un restaurante. Iván la escucha en silencio, con una sonrisa de satisfacción por lo que dice. Carolina está descalificando a todas las mujeres que vio en Expocafé, y le da sugerencias sobre lo que debería hacer en su oficina y lo que ella podría hacer por él. Obviamente, Iván advierte que Carolina es delirante, que nada de lo que dice le serviría, pero le llama la atención no sólo su sensualidad, sino también la persistencia y su agudo sentido de la observación que lo divierte, y sobre todo su marcado temperamento agresivo. Llama a su asistente, el mismo que la entrevistó y que está almorzando en otra mesa con sus otros ejecutivos, y le dice que la ubique en la recepción de entrada de la oficina, que allí necesitan una mujer como ella; el hombre acepta desconcertado, y le dice que primero tendrá que verificar la información que ella le dio en la solicitud, pues es extensa, y le cita algunas referencias que ella dio. Iván mira a Carolina, y ésta le dice que puede esperar que se haga el estudio. Iván se queda mirándola con una sonrisa y le dice a su empleado que la acepte de inmediato y que olvide el cuestionario.

BOGOTÁ, JULIO DE 1978

Carolina está ya posesionada de su trabajo, y funciona muy bien allí, a pesar de que tiene roces permanentes, especialmente con la secretaria de Iván, y con algunos ejecutivos que han tratado de abordarla y abusar de ella, quienes ahora saben que Carolina golpea muy bien, que tiene una derecha poderosa, y que abofetea por instinto cuando alguien trata de tocarla. Le temen. Y por esa misma razón Iván acertó, como casi siempre acierta en su vida, en colocarla allí. Es un puesto modesto, pero importante para él. Carolina debe deshacerse de «lagartos», como ella alguna vez lo fue. Torear cobradores agresivos y, sobre todo, maniobrar con las mujeres que pretenden visitarlo en la oficina, casi todas para hacerle reclamos, o para preguntarle por qué desapareció, o para buscar una cita de amor con él. Carolina aprende cuáles son las mujeres que Iván quiere recibir y cuáles no, e incluso alcanza a enterarse de los motivos por los que las huye o las acepta, y todo lo hace con discreción. No permite que formen escándalos y que nadie se entere de lo que sucede. Todo lo discute con él, e incluso toma la iniciativa de varias cosas. Iván le toma confianza. Sabe que Carolina tiene mucho criterio para muchas de sus cosas y poco a poco va delegando más cosas en ella que en su propia secretaria. Al cabo de un tiempo, termina convirtiéndola en su secretaria a pesar de la oposición de Lucrecia, su esposa.

En verdad Carolina, desde un principio, jamás fue de los afectos de Lucrecia; había varias razones: Lucrecia, después de varios meses angustiosos que no lograba quedar embarazada a riesgo de su matrimonio, finalmente consiguió su objetivo y ahora andaba por el quinto mes de embarazo. La primera vez que Carolina la vio en la oficina, en su cargo de recepcionista, le impidió la entrada. Por un lado no la conocía, y por otra parte al verla tan altiva e intransigente y sobre todo en estado de embarazo, temió que se tratara de una de las tantas amigas de Iván, que ahora venían a hacerle reclamos de paternidad. Así que se comunicó por el teléfono interno, y le dijo que una mujer muy agresiva quería verlo y que estaba embarazada. Iván estuvo todo un día riéndose con la anécdota, pero no Lucrecia, que desde entonces empezó a mirar a Carolina con una segunda mirada. Si bien el embarazo estabilizaba su matrimonio, también mandado al infierno de la incertidumbre, se sentía en desventaja frente a las demás mujeres; Iván no le permitía acompañarlo a los eventos sociales, pues le decía que debía cuidarse pero Lucrecia sabía que él no lo hacía por temor al embarazo sino para tener la libertad de cortejar a la que quisiera, y eso la ponía aún más tensa, pues Iván desde que supo que estaba embarazada jamás volvió a tocarla.

Ahora Lucrecia observa a Carolina, con la misma mirada de un hombre, su sensualidad atrayente, el ángel que le impide pasar inadvertida. No era tan refinada como ella, pero indudablemente su trabajo en la oficina la había pulido aún más. Y había otra razón más para odiarla: dejaba sin puesto a la secretaria de Iván, su aliada en la oficina, su informadora secreta. Iván sabía muy bien lo que hacía. Carolina estaba de su lado, y jamás entablaría amistad alguna con Lucrecia. Eran dos mujeres totalmente incompatibles. Y había un tercer temor de Lucrecia: Iván estaba ascendiendo a aquella muchacha porque seguramente ella debía ser dadivosa con él. Pero en esta apreciación se equivocaba, definitivamente; desde luego, Iván trató varias veces de abordarla, de ponerle algunos planes extraoficiales, pero al igual que los demás fue agredido en alguna ocasión. Carolina pensó que esto le costaría el puesto, pero por el contrario, la afianzó. Iván entendía que Carolina no podía manejar su vida privada, como empezaba a hacerlo ahora de secretaria, y a la vez su amante.

Por lo demás Carolina caló bien en los otros miembros de la familia. Francisco la estimaba, Ángela la soportaba, a Bernardo, que ahora tiene un cargo muy importante en una empresa naviera, le era indiferente. Marcela, la teatrera, la rebelde, la vio un par de ocasiones, y le pareció muy divertida, la abuela Cecilia confiaba en ella porque las instrucciones que le daba las cumplía a carta cabal.

Su nuevo cargo le daba posibilidades de averiguar algo que siempre quiso saber: el destino de Sebastián. Siempre estuvo tensa en su cargo de recepcionista, pensando en que cualquier día aparecería allí, y ella tendría que enfrentarlo, o esconderse. Siempre pensó en esconderse, pues nunca pudo establecer qué haría si se lo encontrara, que era en el fondo lo que buscaba. Pero quería que cuando volviera a verla, ella ya estuviera en otra condición, que

se arrepentiría de pensar que ella iba a ser una muchacha humilde para siempre. ¿Sería venganza lo que buscaba? No lo sabía.

De cualquier forma, allí se enteró de que Sebastián se mantenía lejano por el país, y que nadie en la familia entendía a qué se debía tantos viajes a tan remotos lugares. Se comunicaba de vez en cuando con Iván; incluso ella misma los comunicó varias veces, cuando Iván le pidió que lo llamara a la hacienda para asuntos de negocios. Muchas veces le contestó Lucía, y luego, al sentir la voz de Sebastián, tan sólo le contestaba con un simple: «Un momento.» Escuchar su voz y saber que aún permanecía casado con Lucía, la descontrolaba, la sacaba de este mundo, y luego volvía a su propósito interno de olvidarle. Iván necesitaba del café que se producía en la hacienda para exportarlo. Y siempre le pedía que viniera a Bogotá, pero Sebastián se negaba alegando que necesitaba de todo su tiempo para las investigaciones y para sus misteriosos viajes.

En efecto, Sebastián y Lucía continuaban conviviendo pero había indisposición entre ellos. Sebastián era cada vez más misterioso con ella. Lucía nunca le creyó del todo lo de sus viajes, pues nunca se los sostenía con argumentos convincentes, y ya empezaba a sospechar que algo debía tener con alguna mujer. A sus oídos ya había llegado el rumor de que su esposo había cortejado a una recolectora hermosa y temida, a la que llamaban la Gaviota, que había protagonizado con ella un escándalo en los cafetales durante la cosecha pasada, que tres años atrás lo habían visto con ella por las calles de Pereira en una noche de locos. Sabía que ella había viajado a Europa, pero no exactamente a qué, y había ido de la hacienda a un lugar remoto del país, posiblemente a otra cosecha, y que tal vez los viajes de Sebastián obedecían a que estaba buscándola. Pero Sebastián siempre le rechazó la teoría; aceptó que conoció a una recolectora pero que jamás había mantenido relación alguna con ella, y para tranquilizarla la llevó a algunos de sus viajes, que ya había preparado con anterioridad y que eran montajes de falsos negocios. Sebastián no se había separado de Lucía por dos razones: temía no encontrar a Gaviota, y quedarse solo para siempre, y por otra parte, se había visto obligado a escriturarle parte de sus bienes por presiones de la familia.

Lucía nunca le creyó que no estuviera tras el rastro de la Gaviota. Y la inquietaban varias cosas: la primera, no poder recordarla. Sabía que la había visto un par de ocasiones, como cuando se reencontró con su madre, pero no precisaba muy bien sus rasgos físicos. Y por otra parte, tal vez en la Gaviota estaba el secreto de la sexualidad de Sebastián. No podía seguirla de esa forma, de no ser porque ella encontró la forma de seducirlo. Porque Lucía, a lo largo de un año que llevaba de matrimonio, no había logrado su propósito de hacer el amor con él. Durante los primeros meses se hizo a la idea de no lograr la sexualidad, y poco le importaba. Siempre había sido una mujer frígida, y jamás había disfrutado del sexo en sus relaciones anteriores; por eso Lucrecia acertó en presentársela a Sebastián. Pero las cosas para ella cambiaron una tarde en que trataba de indagar sobre los rasgos físicos de la Gaviota y establecer su identidad, entre los jornaleros de la hacienda, y sorprendió a Aurelio arremetiendo contra una campesina, entre los cafetales. Era una imagen fuerte, impactante, jamás vista por ella. En aquella escena descubrió diferentes facetas del goce amoroso y se le quedó adherida a la mente; soñaba con poder realizarla con Sebastián. Ahora sus ojos tenían un brillo diferente. Miraba de otra forma a los hombres, en especial a Aurelio por quien sentía una atracción morbosa pero con miedo, y a quien continuaba espiando en sus itinerarios eróticos con las campesinas que seducía entre los cafetales.

Lucía tenía la certeza de que debía solucionar sus ansias eróticas con Sebastián pues sabía que lo perdería si aparecía la Gaviota, y segundo, porque temía caer tarde o temprano en los brazos de Aurelio. Se dio, pues, a la tarea de consultar con toda suerte de personajes, desde médicos hasta brujos, y pasando por mujeres expertas, indagando sobre drogas, tratamientos, técnicas y, por qué no, bebedizos que excitaran a Sebastián. Incluso lo consultó con Lucrecia, con Ángela y con Cecilia, en los viajes que hacía a Bogotá cuando Sebastián iniciaba otra de sus correrías por tierras lejanas y ellas se divertían sugiriéndole prendas, perfumes, afrodisíacos, y llegaron a proponerle que comprara artículos para sadomasoquistas, a los que Lucía recurrió en última instancia pero que no sólo fueron un fracaso rotundo sino motivo de burla de Sebastián, que seguía impassible ante los asedios de su esposa.

Lucrecia le contaba a Iván, en la intimidad, los intentos desesperados de Lucía por seducir a Sebastián. Iván se divertía escuchándola, y observando algunos implementos que Lucía ya desechaba por inútiles.

Lucrecia le decía que si Lucía no hacía pronto el amor habría que llevarla al psiquiatra. Iván, en efecto, advirtió que los ojos de Lucía tenían otro brillo, que miraban de una forma diferente, y que incluso ahora era más atrevida y dejaba ver sus piernas, parte de su busto, y descubrió que después de todo no era un témpano de hielo sino una mujer ardiente y atractiva. Así que al cabo de unos días, Lucía estaba complacida al ver que no había perdido su inversión en todos los artículos lujuriosos que había comprado, y que eran tan exquisitos, tal como lo había pensado.

Iván le siguió los pasos muy de cerca, calculando con frialdad su próximo movimiento. Hablaba con ella en la intimidad de los problemas por los que atravesaba con su marido en la vida sexual, logró volverla su confidente, a través de conversaciones de alta temperatura, en que cada vez más le brillaban los ojos a Lucía; consiguió que ella personalmente le mostrara todos los artículos sadomasoquistas y le enseñara sus secretos, y finalmente la atrapó, en medio de una demostración, y le quitó la ansiedad reprimida por años. Iván descubrió, pues, que Lucía era la más fanática de sus amantes, y la siguió visitando, en la casa de Sebastián que tenía en Bogotá, y donde ella pernoctaba en sus cada vez más frecuentes viajes a Bogotá. Sin embargo, no sentía amor por Iván; era más bien una fogosa atracción de cuerpos. Para Lucía seguía siendo más importante su matrimonio, mantener su imagen de esposa de Sebastián, por quien aún sentía aprecio, y con quien sabía estaba asegurada su vida; por ello nunca dejó de insistir en su plan de seducción, que era como una nota que se había propuesto, no sólo porque quería establecer su vida sexual, buscar el hijo que le asegurara su permanencia en el seno de los Vallejo y el dominio de los bienes de Sebastián, evitar los peligrosos encuentros con Iván, la posibilidad cada vez más apremiante de caer en brazos de otros, sino porque también temía la aparición de la Gaviota.

Lucrecia entendía más que nadie los temores de Lucía, pues ella padecía precisamente, por aquellos días, la tortura de pensar que su marido permanecía gran parte del día junto a una asistente atractiva. Así se lo confesó a Lucía, quien tenía deseos de conocerla, por curiosidad; pero sabían que Iván no les permitiría la entrada a la oficina, pues había dado la orden enfática a Lucrecia de no hacer vida social en su empresa, de permanecer retirada de sus instalaciones en lo posible, y sólo ir cuando se tratara de un caso urgente. Esto, según le decía Iván, aseguraba la estabilidad de los dos. Quería que su vida de negocios fuera autónoma y no se relacionara en nada con su vida marital; pero tarde o temprano irían.

Fue en esas reuniones donde Lucrecia, temiendo que su amiga en realidad quedara algún día abandonada a su suerte, cuando presionó a la abuela Cecilia para que Sebastián accediera a confirmarle sus bienes, como cónyuge a Lucía. Cecilia, que sentía un gran aprecio por la muchacha, aceptó la petición, hallándole toda la razón, y obligó a Sebastián a hacerlo; Sebastián, en realidad, nunca opuso gran resistencia a ese pedido. A lo que definitivamente siempre se negó fue a irse a vivir del todo a Bogotá. Las Vallejo le habían dicho a Lucía que la forma más eficaz de evitar que Sebastián se reencontrara con la Gaviota, era convenciéndolo de que se fueran a vivir a su casa de Bogotá. Pero por más presiones familiares, y más súplicas de Lucía que ya no aguantaba la vida en la hacienda y la proximidad de Aurelio, Sebastián era inmovible. No se movería de la hacienda. En el fondo guardaba la ilusión de que la Gaviota regresara con la cosecha de septiembre.

7

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

BOGOTÁ, AGOSTO DE 1970

Iván se encuentra cada vez más satisfecho con Carolina. Es tan eficaz su trabajo y tan discreta su forma de actuar, que le ha permitido dedicarle un poco más de tiempo a sus viajes, a su vida social, aunque aún no puede destinarles el tiempo que quisiera a sus amigas. Confía en ella milimétricamente. Lo conforta el hecho de que no mantenga ningún tipo de relación con Lucrecia, con quien cada día es más aguda la pugna.

Iván viaja con alguna frecuencia a Estados Unidos donde su campaña de relaciones públicas empieza a arrojar frutos jugosos. Ya es amigo personal de varios banqueros, de grandes compradores, de políticos y gente del jet set, exclusiva y remota. Saben que es el hijo de un gran exportador y nieto del patriarca del café, y que su familia es una de las más poderosas en Colombia. Esto le genera gran atractivo entre las mujeres y una gran confiabilidad entre los banqueros. Gasta varios miles de dólares en fiestas y recepciones, en invitaciones, carros lujosos y limosinas, e incluso aspira a comprarse un jet particular.

Iván tiene planes muy concretos y ambiciones enormes. Ha analizado con frialdad el mercado del café americano. Las tostadoras, el sector más poderoso en este universo, adquieren café colombiano, el más suave y costoso del mundo, para comercializarlo en dos frentes: extraer la cafeína para sus múltiples usos, entre ellos para las bebidas colas, y por otro lado para venderlo a través de las grandes cadenas de supermercados. Lo venden como café colombiano cuando en realidad está mezclado en gran proporción con otros granos más baratos y de inferior calidad.

Iván no está conforme con sólo venderle el café a las tostadoras, lo que de por sí es un gran negocio, sino que quiere entrar a competirles. Quiere montar su propia tostadora. Y las razones son muy obvias y lúcidas: puede vender a nivel de supermercado café ciento por ciento colombiano, y además a buen precio. Y tiene todos los mecanismos dados para hacerlo. Los Vallejo producen café y lo exportan. Incluso poseen toda la infraestructura naviera pues Bernardo, el hermano silencioso, tiene un alto cargo en una empresa de transporte marítimo. Así que el costo del café en Estados Unidos, para ellos, es inferior al de venta.

Iván solamente tiene un opositor a su gran proyecto: Francisco, su padre. Le dice que a pesar de la fortuna que poseen, no es suficiente para adquirir una tostadora, y que éstas en su mayoría pertenecen a las grandes multinacionales norteamericanas. Pero Iván contesta siempre con un fuerte argumento: ya ha visto una tostadora pequeña que se encuentra a la venta, lo que no impide que cueste varios millones de dólares; ellos pueden ir tecnificándola de acuerdo con sus capacidades económicas y de mercadeo. Luego irán expandiéndola apenas los gringos, con toda certeza, empiecen a adquirir café ciento por ciento colombiano, a menor precio que el café mezclado.

Francisco, que admite que el negocio tiene una buena lógica, teme con toda la razón entrar a pelear con las tostadoras norteamericanas. Pueden pulverizarlos, y de cualquier forma necesitarían de un enorme capital, de un capital sin precedentes en la historia de los colombianos en Estados Unidos, y un sólido apoyo financiero de los bancos. Pero Iván ya lo tiene todo armado: es amigo de banqueros y los políticos creen en su palabra. Los préstamos y el apoyo financiero están al alcance de la mano; hay que garantizarlos, y para ello deben incrementar su potencial de ventas, conseguir más clientes, duplicar la capacidad exportadora. Iván le dice a su padre que confíe en él, que puede lograr la adquisición de esa tostadora.

Iván Vallejo está tan obsesionado en su empeño por redoblar las ventas y conquistar el mercado americano, que requiere de ayuda para sobrellevar la actividad interna. Carolina, que lleva la agenda de su jefe con rigor admirable, que a través de su contacto con él ha aprendido los más neurálgicos aspectos de las negociaciones internacionales y nacionales, y que maneja a la perfección su borrascosa vida íntima, recibe una buena noticia: ya no es sólo su secretaria sino su asistente personal, asistente de gerencia. Así que debe acompañarlo a las reuniones en la Asociación de Cafeteros, a los congresos y a todas las reuniones del gremio exportador. Lleva al tanto su actividad de negocios, anota los detalles más importantes de las reuniones, y elabora detallados informes. Sin duda, ahora es una elegante ejecutiva, que anda con su maletín, que domina con estilo la vida social de su gremio. Esto, claro está, genera más malestar en Lucrecia, aterrada y casi colérica, ahora que, aquí y allá, le comentan que su esposo asiste triunfal a todas las reuniones e incluso a los cócteles, llevando muy cerca a Carolina.

Carolina, pues, conoce perfectamente los movimientos de Iván. Incluso entiende la magnitud y la importancia de sus negocios e Iván se asombra cada vez más. Siempre permanece intrigado sobre el método que ella utiliza para aprender hasta que un día lo descubre: después de darle algunas instrucciones sobre la gestión que debe realizar con unos documentos, la observa, sentada a su escritorio, memorizando cada paso, con los ojos cerrados, repitiendo una y otra vez, como cualquier colegiala.

Pero, no obstante su éxito, Iván Vallejo tiene problemas. Los problemas de siempre. Su doble actividad en el campo americano y en el colombiano, le impide llevar su vida lujuriosa y galante con la intensidad que quisiera. Carolina debe cancelarle citas clandestinas, en su agenda privada, ante la urgencia de almuerzos y reuniones de negocios de primer orden. Empieza a restarle importancia a su actividad en el país; le da toda la prioridad a las ventas internacionales, a su prestigio creciente; también a complacer a las tantas mujeres de mundo que asedia, y con quienes se siente comprometido. Sin embargo, es cuidadoso en el manejo de su esporádica relación con Lucía. En el fondo no le importa demasiado si su esposa Lucrecia llega a enterarse de sus romances fugaces, pero los encuentros furtivos con Lucía son cosa muy diferente: un escándalo de dimensiones imprevisibles, un escándalo familiar y hasta nacional. Por eso su celo es desmesurado en lo referente al asunto, tanto que cuando quiere que Carolina le anote una cita con Lucía, simplemente le dice: «Hoy tengo un encuentro con la gatica.»

Carolina es la primera en fustigarlo por abandonar sus actividades en Colombia. Iván permanece con un beeper cuyo número sólo ella conoce, para ubicarlo en casos de extrema emergencia. Incluso tiene el teléfono de los hoteles que frecuenta con sus amigas y los de las casas de algunas de ellas. Carolina, pues, lo tiene informado completamente de los acontecimientos, leyéndole por teléfono el orden de su agenda y capoteándole a Lucrecia, quien la odia cada vez con mayor fruición: Carolina es cuidadosa en enterar a Iván sobre los requerimientos de su esposa, y más ahora cuando está a punto de caer a cama.

Iván opta finalmente por delegar en Carolina Olivares gran parte de las actividades internas. Le dice que asista a su nombre a los almuerzos y reuniones de negocios que no considera prioritarios, le da indicaciones sobre lo que debe decir, incluso los precios de compra y venta que sostendrá, y Carolina cumple con sus instrucciones al pie de la letra, sin contratiempos.

Todas las bondades de Carolina empiezan a notarse bastante. La inquietud que todos los que pertenecen al mundo del café sienten frente a ella es creciente. Se rumoran mil cosas acerca de su talento y belleza y ha ganado gran cantidad de admiradores, secretos pero evidentes. Uno de ellos es Avellaneda, el presidente de la asociación, llamado el papa del café: es el representante internacional de Colombia en el mundo, la biblia del café, el negociador más importante del país; un hombre tan influyente y poderoso en el mundo que un resfrío suyo o la operación de sus amígdalas pueden obligar a variar el precio del grano en las bolsas del mundo. Pero más allá de sus capacidades de negociador, ha mantenido su prestigioso cargo por ser un hombre íntegro, que mantiene libre de cualquier impureza la imagen del café y de las gentes que viven a su alrededor: tiene fama de justo. Es mediador en las contadas divergencias existentes entre los exportadores y los productores. Ambos sectores esperan su

palabra justa en las discusiones del precio interno. Es estricto en el control de las negociaciones, no permite juegos sucios y se dice que bajo su mando la asociación ha vivido los tiempos de mayor esplendor.

Avellaneda siente desde el principio una profunda admiración por Carolina, no solamente por su estricta y divertida personalidad, sino por ser la primera mujer en la historia que irrumpe con fuerza, en un papel cada vez más protagónico, dentro del universo cafetero. Ninguna hasta su llegada había tenido acceso a aquellos salones, salvo en la humilde condición de secretarías.

Así pues, Carolina es un suceso entre los cafeteros. Y los rumores de su éxito llegan, por supuesto, a oídos de Lucrecia, quien ya no soporta las atribuciones que le ha dado Iván. En vista de los éxitos, prácticamente la compañía está en sus manos. Carolina, sin dejar que en ningún momento el miedo le gane, asume las riendas de todo con ahínco, generalmente utilizando mano de hierro, por lo que todos le temen. Es agresiva, no permite errores ni juegos sucios. Pero también es justa con los empleados, los apoya en los momentos más difíciles y la mayoría le tienen un buen aprecio. Todos menos uno que nunca ha podido establecer una vinculación transparente con ella. Se llama Reinaldo Pérez, un abogado de aproximadamente cincuenta años, un poco obeso, medio calvo, de gafas de carey con gruesos lentes, que siempre habla despacio y en una tonalidad baja que produce la sensación del secreto. Es muy servil, siempre se mantiene sonriendo, jamás se niega a nada, hace venias a cualquier orden sin analizarla o cavilarla, y peor si esa orden viene de Iván Vallejo o cualquiera de los otros miembros de la compañía. A Carolina no la convence, entre otras cosas porque siempre que dialoga con Iván lo hace a solas, y tiene la impresión de que, poniendo en práctica váyase a saber qué métodos, tiene una fuerte injerencia en sus resoluciones y estrategias: después de cada reunión Iván varía o cambia sus tácticas de venta. No. Definitivamente ese sujeto no es de su agrado, ni lo fue al principio, cuando se dio a conocer como abogado externo, fue ganando escaños y desterró a Latorre, el abogado de toda una vida. Latorre también fue siempre enemigo acérrimo de Pérez: decía que era maquiavélico a pesar de que en todo momento tratara de demostrar lo contrario. Finalmente Iván despidió a Latorre y como represalia éste se llevó la carta cerrada que le dejó Octavio para ser abierta tres años después, como complemento testamentario del patriarca del café.

Desde que entró Reinaldo Pérez de lleno a Cafexport, asesorando a Iván en sus negociaciones internacionales, empezaron a suceder cosas bastante extrañas. Julián Méndez, un destacado exportador, amigo íntimo de Francisco Vallejo, padre de Iván, le pidió a éste el favor de expedirle setenta mil bultos de café. Su principal cliente en Estados Unidos requería de inmediato esa cantidad y los trámites de la asociación para despachar el café podían demorar más de lo posible. Méndez sabía que Iván estaba despachando bastante grano hacia Estados Unidos, pues almacenaba grandes cantidades para el momento en que entrara en funcionamiento su tostadora, la que ya había adquirido, y que se encontraba en el proceso de adecuación.

Carolina supo que la entrega de café se hizo en Estados Unidos, que los empleados de Méndez lo recibieron a conformidad y con las exigencias de la asociación. Pero algo extraño sucedió. La firma de Méndez en Estados Unidos entregó el café a su cliente, quien casi inmediatamente lo rechazó por haber tenido un mal proceso de refrigeración. Y no sólo lo rechazó sino que entabló demanda por daños y perjuicios, y puso punto final al contrato de exclusividad con la empresa. Así, Méndez quedó al borde del abismo, enfrentando abogados norteamericanos de una pericia escalofriante, y a la vez las sanciones reglamentarias de la asociación para quienes realicen transacciones con café de mala calidad, lo que va en detrimento de la imagen mundial.

Méndez investigó detalladamente todos los anteriores hechos, no entendía cómo el café recibido a conformidad se había deteriorado en pocos días. Trató de pedirle ayuda a Iván Vallejo, pero éste se lavó las manos, tenía la constancia de que el café estaba bien cuando se lo entregó. Entonces Méndez acudió a Carolina, la única persona que estuvo a su lado, tratando genuinamente de ayudarlo. Pero Iván le prohibió volver a tratarlo, con el argumento de que si continuaban esas relaciones la imagen de Cafexport terminaría dañándose. Carolina, que contaba con el aprecio de los exportadores, los productores, y del mismo Avellaneda, trató de mediar con Méndez para que le dieran otra oportunidad, que le cedieran una porción de su

mercado para que pudiera recuperar parte del dinero, por lo menos para capotear el vendaval jurídico.

El mercado en ese momento era estrecho. Las épocas de la bonanza ya habían pasado, los clientes no abundaban, y el precio internacional no era, ni mucho menos, espectacular.

El mismo Avellaneda se encontraba alarmado. No le cabía en la cabeza que un hombre de las condiciones morales reconocidas de Méndez pudiera caer en un error tan grave como intentar vender al exterior café de regular calidad a uno de sus mejores clientes, demostraba que la asociación debía ser muy estricta con todos y cada uno de sus miembros. En realidad, todo el gremio cafetero estaba conmovido e indignado. Jamás había tenido un problema de ese calibre, y ya empezaban a mirar con malos ojos a Iván.

Carolina hizo un último intento. Pero era peligroso. Durante los últimos meses había tratado de estar al tanto de los movimientos de su jefe en los negocios internacionales. Iván sabía que una de las fuentes más importantes para sus exportaciones cafeteras estaba en las fincas que administraba Sebastián. Así que muchas veces ordenó a Carolina que lo llamara y le hiciera cuantiosos pedidos para exportar. Pero siempre supo, tal vez con la videncia que tiene un enamorado sobre el objeto de su pasión, que aquella tentativa no iría a nada bueno.

Las jugadas de Iván empiezan pues a estar claras, y a Carolina no le gustan mucho. Iván quería que Sebastián le despachara el café y después arreglar la forma de pago. Pensaba darle largas a esos pagos y amortizar con ese dinero flotante las deudas en los bancos que le habían acreditado para la compra de la tostadora. Carolina, para ayudar a su enamorado distante, lo llama, le hace el pedido y le informa que le enviará la orden de compra inmediatamente, siempre importando su voz, asunto que algunas veces le acarrea malos entendidos con sus compañeros, a quienes les dice, a manera de excusa, que está haciendo «pegas» a un viejo amigo; la orden de pago siempre va acompañada, además, de una nota personal y sin firma, en que se advierte a Sebastián que debe exigir sus pagos por adelantado. Sebastián se queda sorprendido ante la presencia de las notas alternas y clandestinas, y sigue las instrucciones al pie de la letra. Y cavila en la soledad de sus noches y en sus instantes de melancolía, que son abundantes, en quién diablos será su ángel de la guarda. Piensa en la tal Carolina Olivares de la que tiene ya tan buenas referencias como trabajadora, pero que jamás tomaría un papel redentor pues, según le han contado, es la aliada incondicional de Iván. Entonces saca de su imaginación el nombre de otro benefactor: la abuela Cecilia. Debía ser ella que, conociendo las aspiraciones de Iván, pero evitando tomar partido por alguno de los dos, enviaba los anónimos con la esperanza de ayudar, pero eludiendo una penosa confrontación familiar. Sí, tiene que ser ella, porque en anónimos anteriores informa que por ningún motivo se deben prestar las escrituras de la finca al abogado de Iván, pues éste las colocaría como prenda de garantía en bancos americanos. Alguien agiliza sus cheques en las entregas de café y se encuentra al tanto de sus negociaciones.

Así, y como último recurso para ayudar a Méndez, Carolina le envía a Sebastián un comunicado anónimo, pidiéndole que le surta café, a cambio de la información recibida. Sebastián recuerda que ese hombre es un amigo de la familia, y sabe que atraviesa por serias dificultades. Ha cerrado sus oficinas en Estados Unidos y Colombia, despidió la totalidad de sus empleados y se ha declarado en bancarota, mientras enfrenta los procesos en su contra. La abuela Cecilia quiere ayudarlo. Así que llama a Cafexport a pedir la dirección donde puede encontrarlo; la misma Carolina Olivares le entrega la información. Entusiasmada con la respuesta de Sebastián marca inmediatamente el teléfono de la casa de Méndez, recibiendo una noticia que la deja fría: el hombre ha muerto hace pocas horas, víctima de un ataque cardíaco. No soportó las presiones ni el stress. Pocos días después Carolina se entera de que Iván y Cafexport manejan en Estados Unidos uno de los más grandes clientes del mundo cafetero: precisamente el cliente de Julián Méndez.

8

LA SANGRE DE LOS VALLEJO

BOGOTÁ, NOVIEMBRE DE 1978

Carolina trata desesperadamente de localizar a Iván, para informarle que su esposa se encuentra en una clínica donde la han llevado de urgencias pues ya tiene los dolores de parto. Se ha anticipado varios días a lo previsto, debido principalmente a las tensiones ante los sucesivos viajes y desapariciones de su marido. Finalmente Carolina logra comunicarse con Iván, que está en casa de una de sus amigas y se entusiasma con la noticia exageradamente.

Toda la familia Vallejo se entera rápidamente. Francisco, que está en Nueva York, y que hace un alto en el fragor de sus actividades para viajar a Bogotá a conocer al primer nieto, y heredero de todos sus bienes; a Paula, que saca unos días para visitar Colombia de nuevo; y a Sebastián y Lucía, que deciden viajar a Bogotá, y encontrarse con Marcela, que ya se encuentra incorporada al mundo del teatro, y ocasionalmente también al de la televisión; con Bernardo, Ángela y la abuela Cecilia. Sebastián, al cabo de más de un año, empieza a hacerse a la idea de que no volverá nunca a ver a Gaviota.

Iván Vallejo está orgulloso. Es un niño. Un Vallejo. Y según los pronósticos, el encargado de mantener y manejar en lo futuro todos los bienes dejados por el viejo Octavio. Y sus pronósticos, al parecer, son acertados e indiscutibles: su hermano Bernardo jamás tendrá un hijo, su problema de relación con las mujeres, el estilo amoroso que ha elegido, lo alejan completamente de esa posibilidad. Eso lo deja liderando cuando menos lo que respecta a los Vallejo Cortés. Y en cuanto a la otra parte de la familia, los Vallejo Valencia, sabe que tampoco por allí se procreará un heredero. Las mujeres, Paula y Marcela, no podrán tener un hijo con el apellido, y Sebastián está impedido, según cree, para engendrar. Así que el niño que sostiene entre sus brazos, y que también se llamará Iván, manejará todos los bienes, será el amo absoluto.

Pero aquél no es solamente el pensamiento de Iván. También el resto de la familia lo piensa. Especialmente las hermanas de Sebastián. Paula lo ha fustigado, con el dolor de su alma, por no acceder a un tratamiento médico especializado que le permita procrear con Lucía. Pero Sebastián no desea tratamiento alguno. Sabe que su única salvación sobre la Tierra es encontrarse con Gaviota, tenerla de nuevo entre los brazos.

Carolina sabe que Iván no atiende ahora ninguno de sus compromisos, ni siquiera los amorosos, por encontrarse abortado en los preparativos del bautizo de su hijo. Está sorprendida, al igual que todos los Vallejo, de ver una faceta nueva e insospechada de un hombre hasta la fecha muy duro y cerebral, aparentemente sin sentimientos pero súbitamente enternecido. Y gustosamente colabora en la elaboración de la opulenta lista de invitados al bautizo, entre los que se cuentan los hombres más duros del café y las grandes personalidades del jet set. Ella, como es apenas lógico, no está invitada; Iván se lo ha explicado con mucho sonrojo: Lucrecia nunca aceptaría que «la aparecida» estuviera en el convite.

Hay entonces un pensamiento nuevo en Carolina: no debe ver a Sebastián Vallejo por nada del mundo. Sería inconveniente y muy doloroso. Por eso resulta providencial no estar invitada al dichoso festejo. Si bien el nerviosismo la embarga completamente, y se mantiene alerta ante la posible aparición estremecedora, ya ha preparado todo un plan de emergencia: en caso de que eso ocurra se esfumará de la oficina como lo hizo en las dos ocasiones en las que Sebastián apareció allí para hablar de negocios con Iván. Ella maneja las agendas, coordina encuentros, pacta citas, y no le quedará difícil detectar cuándo va a aparecerse por la empresa. Inventará, como en las ocasiones anteriores, actividades neurálgicas fuera de la oficina, y se desaparecerá por varias horas, poniéndose a salvo muy lejos de allí. Y además, piensa ahora Carolina, si algún día pensó trabajar con Iván Vallejo, superarse día a día, como lo había ya hecho, tan sólo con la intención de que en su reencuentro la viera nueva, feliz y

superada de forma inverosímil, gracias a sus capacidades, ahora, con una posición menos desventajosa social y económicamente, lo empezaba a dudar. En el fondo piensa que, si bien no ha logrado olvidarlo, ha dominado el sentimiento del amor. Está segura de que ya no lo ama tanto. Y piensa que él ya tiene conformado su hogar con Lucía, se encuentra siempre ocupado en sus viajes de misterio, y seguramente hasta ha conseguido otra fortuita amante campesina, a la que tendrá engañada con el cuento viejo y miserable de su impotencia. Para Sebastián, juzga Carolina, Gaviota debe de ser una referencia absurda del pasado, un juego que ni siquiera recordará con precisión. Entonces un reencuentro con Sebastián sería funesto. Todo podría desplomarse dramáticamente. La tranquiliza, eso sí, saber que Sebastián solamente permanecerá en la capital un par de días, y regresará a la hacienda Casablanca, seguramente para no retornar en mucho tiempo. Ella misma había hecho las reservaciones para Sebastián y Lucía, por pedido de la abuela Cecilia. Sebastián desaparecido, las cosas volverán a ser como antes, ella podrá seguir adelante con su carrera, tomará más vuelo, tendrá un good will de orgullo, y podrá conseguir otro cargo de altura en otra empresa semejante a Cafexport.

Todos estos pensamientos la embargan, mientras revisa con ligereza algunos documentos que debe aprobar. Con Iván ausente ella tiene el timón. Deambula como un zombie por las instalaciones de la empresa, repartiendo trabajo, dando órdenes, pero en el fondo amarrada a sus divagaciones. Y en ese momento, como una de esas grandes coincidencias que acostumbra abrir la vida, divisa la figura de Sebastián. Se encuentra acompañado de Lucía, y ambos le preguntan a una secretaria por la persona que realizó las reservaciones de regreso. La secretaria está diciéndoles que la doctora Carolina Olivares y la está señalando. Lucía tiene en el rostro un rictus de profundo desagrado. Sabe que le están nombrando a la Olivares: la enemiga de Lucrecia.

Un hormigueo interno parece recorrer de pies a cabeza a Carolina Olivares. Elude las miradas que viajan hacia ella. Camina a grandes pasos, casi corre, rumbo a su oficina. Al llegar cierra la puerta. El corazón galopa como un potro enloquecido, parece que fuera a estallarse. Sabe que Sebastián y Lucía se dirigen hacia su oficina, y no se equivoca. Ellos van llegando. Vienen riendo pues Sebastián no entiende el motivo para quedarse dos días después del bautizo del hijo de Iván. Lucía le ha dicho que no había más cupos, que la reservación fue realizada por la desagradable secretaria de Iván, pero él cree que se trata de una artimaña para obligarlo a pernoctar un tiempo en Bogotá. Por eso han llegado a Cafexport: ambos quieren que sea la misma asistente, la señorita Olivares, quien lo diga personalmente.

La puerta se abre. Carolina se pone tensa, ruega en ese minuto que todo sea un sueño y pueda despertarse, que una fuerza misteriosa la haga desaparecer, pero no. Todo es bien real. A su oficina, como lo había imaginado en docenas de oportunidades sin que le pareciera tan estremecedor, está entrando, con gesto huraño, Sebastián Vallejo.

Segundos antes, con la velocidad de un maratonista o algún campeón de aquellos especializados en deportes excéntricos, ella alcanzó a soltarse el pelo de una manera burda, a tiempo que se ponía a la carrera unas enormes gafas deportivas, quedando casi con la estampa de una chiflada. Así que la visión que se llevan Lucía y Sebastián es increíble: una ejecutiva prestigiosa, con el pelo suelto sobre la cara y con anteojos para el sol en horas de trabajo, y en una oficina, por demás renombrada y prestigiosa.

Lucía saluda a Carolina con desdén, agotada por la extensa y desagradable discusión con Sebastián, y le pide que confirme que ella fue la encargada de buscar los cupos y las reservaciones. Carolina lo confirma sin mirar ni un solo instante a ninguno de los dos e impostando leve y curiosamente la voz. Ahora Lucía se regocija ante Sebastián restregándole su desconfianza.

Pero a Sebastián aquella discusión bizantina lo tiene completamente sin cuidado, embebido como se encuentra en observar a Carolina, con una mirada casi ardiente, que pretende descubrirla. Algo en esta señorita Olivares lo descompone, le llama la atención fuera de lo común, se podría decir casi que lo arrastra. Trata de observar su rostro. Se siente ante un misterio enorme. Daría su vida por quedarse allí hasta saber lo que le pasa. Pero es imposible con su esposa al lado. Ambos dan las gracias y salen, ambos están extrañados.

Lucía, una vez en el corredor, empieza a hablar de la escasa cortesía de «esa mujer», de quien a pesar de todo tenía buenas referencias. Ahora sabe la verdad: es una mujer insoportable, «subida» y antipática, tal y como la describió Lucrecia.

Sebastián continúa en silencio, tratando de descifrar el llamado sin nombre que le entabló esa muchacha loca de pelo revuelto. De un momento a otro se detiene. Le dice a Lucía que avance, que él debe pedirle un importante favor a la ayudante de Iván. Y se devuelve casi trotando. Con el corazón golpeándole muy fuerte abre la puerta en el instante exacto en que Carolina, presa de unos nervios incontrolables, trata de reorganizarse el cabello y se ha quitado los anteojos oscuros. Baja la mirada y se coloca los lentes de nuevo, pero ya es demasiado tarde, Sebastián Vallejo, con el pulso firme, se le acerca y le quita los anteojos. Después le exige que lo mire a la cara. Carolina Olivares, temerosa, levanta la mirada; Sebastián se queda en silencio, estupefacto, observándola como si no lo pudiera creer. Está allí, se repite, frente a él, a pocos pasos; está asombrado de verla tan cambiada, tan distante de la Gaviota que lo abandonó hace apenas un año. Pero es la misma mirada de temor y de ternura que tenía la noche en que fue suya. En ese instante, y sin que puedan decirse nada, Lucía, con el rostro aún más adusto que antes, hace su entrada a la oficina. Sebastián sonrío y le dice que la doctora Olivares gentilmente tratará de buscarles cupo en otra aerolínea. Se despidió de ella de una manera misteriosa, llamándola nuevamente «doctora Olivares», mientras retira a Lucía de un brazo. Antes de cerrar la puerta le sonrío. Carolina queda incrustada en su silla, como si la hubieran acabado de golpear largamente.

Esa noche es larga y penosa para Carolina. Dando vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño, se formula mil interrogantes sobre la actitud que tomará Sebastián. ¿La delatará frente a los Vallejo? De ser así, su derrota está casi completamente asegurada y su vida será caso perdido. Saldrá de allí desprestigiada. Iván la odiará por haberlo engañado. Todo su mundo, el nuevo mundo, el mundo de Carolina Olivares, se desplomará como un endeble castillo de naipes. Carolina se siente indispuesta; no se ha recuperado del impacto brutal de reencontrar a Sebastián. Pero Carmenza, su madre, que ha estado escuchándole todos sus cuestionamientos, presenta un entusiasmo algo iluso pero de todos modos alentador. Y esgrime, con una sonrisa pueril de televidente obcecado, diversos argumentos de telenovela, en que la protagonista se cambia el nombre y la identidad y es descubierta por el príncipe azul. Carolina rechaza ahora las teorías de su madre. Y afirma, casi rotundamente, que Sebastián Vallejo ya no le interesa. Y su madre ríe, ampliamente, deleitosamente y pronuncia unas palabras algo proféticas: «Su vida se parece cada vez más a una buena telenovela.»

Sebastián por su parte se encuentra feliz. La búsqueda ha terminado; ahora se ve sereno y dichoso, casi pleno. Pero oculta palmo a palmo la alegría del encuentro, pues le parece peligroso que la familia, y en especial Lucía, se percaten de o relacionen su buen talante con la visita a Cafexport y su entrevista con alguien tan controvertido como Carolina Olivares. Lucía está sorprendida de ver que Sebastián ha dejado el casi obsesivo tema del regreso a la hacienda Casablanca, que se encuentra de mejor humor con ella y que incluso le ha presentado disculpas por desconfiar de ella. Y a modo de desagravio –aprovechando sabiamente sus armas– le comunica que pasarán una temporada en Bogotá. Lucía está feliz.

Pero increíblemente Lucrecia se encuentra más dichosa: tiene planes para él. Iván ha hecho oficial la compra de la tostadora y anuncia que enviará invitaciones para la inauguración en Estados Unidos. Ahora prácticamente debe irse a vivir a Estados Unidos. Todos los exportadores quieren saber qué hará con la oficina de Bogotá; la respuesta está preparada hace mucho tiempo, y es exactamente la que presiente Lucrecia: Carolina quedará completamente al mando. Es el único ser que le produce absoluta confianza.

Lucrecia esperaba este chubasco, que le hostiga el alma hasta extremos frenéticos. Y aprovecha que toda la familia Vallejo se encuentra reunida en Bogotá, para sentar su más severa protesta. Sucede al otro día del bautizo del recién nacido. Lucrecia les agradece a los Vallejo que haya asistido a la ceremonia, viniendo muchos desde ciudades distantes, pero les anuncia que el tema que desea tratar con ellos es bien distinto: no está de acuerdo con que Carolina Olivares quede al frente de la empresa Cafexport, pues no le merece su confianza. Iván trata inmediatamente de restarle importancia al asunto, pero su mujer no ha terminado ahí, pues cuenta con una argumentación de más peso: Iván está faltando a la última voluntad del abuelo Octavio. La empresa no podrá ser manejada por nadie diferente a un Vallejo.

Hay silencio. Lucrecia tiene toda la razón.

Las palabras calan en Francisco y especialmente en la abuela Cecilia. Iván protesta alegando que es evidente que Lucrecia le tiene una gran envidia a Carolina, que jamás ha podido perdonar el hecho de que la supere en habilidad y conocimientos, y que, lo que ya se constituye en una seria afirmación, su deseo es el de posesionarse fuertemente en la empresa, y que eso él no lo va a permitir por ningún motivo, pues, como todos lo saben, su filosofía en ese campo es enfática: nada de mezclar el hogar con los negocios. Lucrecia enfurece, rechaza las acusaciones y llega a ser bastante ácida en los conceptos sobre Carolina y, veladamente, sobre los motivos por los cuales Iván la defiende hasta la ira. La atmósfera está bastante cargada cuando la abuela y Francisco intervienen y vuelven a instaurar el orden. Entonces es la abuela la que toma la palabra. Todos callan.

Saben que, aunque pocas veces les recuerda que ella sigue siendo, en el fondo, la que puede ordenar, cuando se decide es porque ha tomado una resolución vertical. Y así es. Cree que ciertamente los dictámenes de su difunto esposo no deben ser irrespetados y que, mientras ella viva, hará que se cumplan. Sí. Solamente un Vallejo debe manejar Cafexport. Así se hará y no hay nada más de qué hablar. Pero surge una pregunta: ¿cuál de los Vallejo? Francisco se encuentra sumido en el universo vibrante de Nueva York, y raramente puede despegarse de allí; Bernardo ocupa un alto cargo en una empresa naviera; Marcela es actriz, una teatrera para quien los negocios son un tanto despreciables y la vida está planteada muy lejos de ellos; Paula no tiene experiencia ninguna y debe volver a Londres; de esta forma, en la baraja sólo queda un Vallejo: Sebastián, que de una u otra forma ha pertenecido siempre al universo cafetero. Sebastián sonríe al escuchar su nombre. Iván toma la palabra de nuevo: Sebastián no gusta de la ciudad, tiene compromisos en la hacienda y no cuenta con la experiencia suficiente.

Pero para Sebastián esta elección suena a música gloriosa. De aceptar será nombrado gerente de Cafexport y su asesora inmediata será la doctora Carolina Olivares, quien indudablemente tiene experiencia y vitalidad, como lo corroboran de buen gusto la abuela Cecilia y Francisco. Sebastián, fingiéndose preocupado, acepta el cargo. Hay un regocijo general. Las tensiones bajan. Francisco pide un brindis por el arreglo, y ruega a Lucrecia que cese, en nombre del bien común, con sus hostilidades. Y todos brindan; brindan pero hay heridas que se quedarán indudablemente. Sin embargo, después del brindis, Lucrecia se acerca a Iván y le estampa un beso en la frente y otro en los labios, mientras le susurra al oído que «no pude ganar toda la batalla, mi amor, pero Carolina Olivares jamás conseguirá apropiarse de Cafexport. Todos aplauden la escena y se encuentran dichosos, sobre todo Lucía, quien agradece al cielo que gracias a la mediación de Lucrecia se lograra lo que ya consideraba un imposible: alejar a Sebastián de la hacienda Casablanca y del peligro constante de un regreso de la Gaviota.

BOGOTÁ, 4 DE DICIEMBRE DE 1978

Iván entra a la oficina de Carolina, quien se encuentra indecisa y nerviosa, pues sabe que hay grandes movimientos en la familia Vallejo, pero todavía ignora completamente qué pasó con ella, con su destino, y si Sebastián la delató o guardó silencio. Iván le pide que pase a la sala de juntas y se retira. Ella no sabe si asiste a una trampa, si alguien tiene sus datos verdaderos sobre la mesa, o si se trata de una reunión de rutina, más ahora que se entera de que Iván partirá a Estados Unidos por una buena temporada.

Al entrar a la sala de juntas, después de darse valor durante unos largos segundos, Carolina se contrae al ver allí a la familia en pleno: Cecilia, Francisco, Ángela, Bernardo... hasta ahí todo va bien. Pero al otro lado de la mesa, con una sonrisa misteriosa iluminándole los labios, se encuentra sentado Sebastián. Y también Lucía. Y Lucrecia, que la observa desafiante. Finalmente se encuentra Marcela, que la recibe con una sonrisa, pues en el fondo le divierten los sufrimientos de Lucrecia.

Francisco toma la palabra. Le dice a Carolina que, como ella bien lo sabe, Iván debe permanecer un tiempo indefinido en Estados Unidos y que ello ha obligado a una

reestructuración en la empresa. Le presenta a Sebastián y le dice que en adelante él gerenciará Cafexport y que confían todos en que ella sabrá asesorarlo. Sebastián vuelve a sonreírle con discreción. En ese momento, casi sin creerlo, escucha su nombramiento como subgerente. Carolina descansa a pesar de todo. Sonríe, descargando la tensión nerviosa y les agradece el gesto con una mirada amable a cada uno de ellos, pero se encuentra con el rostro duro de Lucrecia, que toma de inmediato, con resolución, la palabra y que se dirige a ella con tono enfático y harto despectivo. Le advierte que, si bien es la subgerente y puede preciarse de conocer el funcionamiento interno mejor que Sebastián, debe informarle todo a él, no hacer ni un solo movimiento sin su consentimiento y olvidarse de pretender ser la dueña de la empresa. Se sienta.

Iván mira a Carolina y le sonríe como restándole importancia al asunto. La sesión se levanta. El abogado Reinaldo Pérez se encargará de legalizar el asunto. Ahora Carolina debe entregarle a Sebastián la oficina que antes ocupaba su primo, y escucha cómo el nuevo gerente quiere empezar sus labores cuanto antes, y le dice: «Por favor, doctora, ¿podríamos comenzar nuestras gestiones y asuntos ahora mismo?»

Llegan a la oficina. Carolina entra y Sebastián, de inmediato, como si de un momento a otro hubiera enloquecido sin remedio, la interroga, le lanza docenas de preguntas, sin aguardar un segundo, casi sin respirar. Quiere saber por qué motivo ella salió de la hacienda Casablanca, quiere saber qué hace allí, en la empresa de su familia y por qué desapareció sin dejar el más mínimo rastro. Carolina le responde con severidad, como tratando de romper de entrada cualquier acercamiento posible. No tenía por qué despedirse de él después de todas las horribles cosas que sucedieron, cuando entre los dos ya no existía nada. Y mucho menos habría aceptado sus ofrecimientos que eran como una aceptación velada de la condición de amante.

Sebastián Vallejo se pone de pésimo humor, protesta, casi grita. Los dos hablan con agresividad y en un tono bastante alto, como si se olvidaran momentáneamente del sitio donde se encuentran y de los cargos que ocupan en él.

Carolina, con la voz quebrada, afirma que por nada del mundo su condición de empleada ocasional de la hacienda la obligaba a someterse a él como una esclava; que ella tiene sus sueños aún completos a pesar de todo; que nadie puede reprochárselo, así como nadie puede reprocharle que quiera olvidar su pasado con todos los detalles. Y que ya lo está casi logrando. Le exige reglas claras en el trato que, de ahora en adelante, tendrán como compañeros de oficina. Si van a trabajar juntos deberán partir de ceros, como si no se hubieran conocido nunca, y si él no acepta las reglas renunciará en el acto.

Sebastián quiere que Carolina, o Gaviota, o como se llame finalmente, lo escuche, sepa de sus largos insomnios pensando en ella, que tenga conocimiento de sus travesías por el país, buscándola desesperadamente. Quiere que se entere de que muchas veces vio a una mujer que se le parecía por la espalda y corrió hasta ella gritándole «Gaviota» y que cuando comprobaba que no era ella tenía dificultades para deshacer el nudo que le apretaba la garganta; quiere que comprenda que después de la última noche en la hacienda lo único que le importaba sobre la Tierra era rehacer su vida con ella, aunque eso le costara todo, todo. Porque todo era lo que estaba dispuesto a perder por su amor. Ahora está sorprendido de encontrarla en Bogotá.

Carolina lo mira profundamente. Tiene la sensación de que también es un niño. Un niño grande al que no le importa que lo cojan los padres o los profesores cometiendo una enorme y desproporcionada travesura, y por eso es capaz de declarársele aquí mismo, a pocos pasos de su familia, a pocos pasos de su mujer. Por eso no le tiembla la voz para rogarle que vivan juntos, que huyan, que se pierdan, que vayan a un país lejano donde todo lo bello sea posible y se repita para siempre su noche de amor apasionado. Carolina ríe; quiere demostrarle que ya no es la misma ilusa, la antigua Gaviota que cantaba canciones cerca de su ventana. Ya no está para aventuras ni desea volver a escuchar la historieta de que es la única mujer que él ha poseído en su vida. No existe, y quiere que quede completamente claro, ninguna oportunidad para eso que ella, tontamente, juzgó un amor grande.

Sebastián guarda silencio. Baja la cabeza y a Carolina vuelve a darle la impresión de que se encuentra frente a un niño, lo que la hace bajar el tono de su voz y ser más condescendiente. También quiere darle las gracias por haber guardado silencio frente a su

familia y no desenmascarar su verdadera personalidad. Sebastián apunta que ese agradecimiento sobra, que hace parte del gran amor que siente por ella. Pero no entiende por qué ella lo hizo, aunque reconoce que su nuevo nombre e incluso su nueva personalidad le fascinan. ¿De dónde salieron?

Ahora él escucha una historia que ya le había sido referida por Carmenza, pero que en la voz de Carolina resulta más patética, más ejemplar y penosa; le cuenta que los hombres que la llevaron a Europa le dieron esa nueva identidad para que se movilizara con soltura en las fronteras. Y agrega, con cierta vergüenza, que hay más, mucho más: toda la información que dio en Cafexport, como era de esperarse, es completamente falsa. No hay un solo dato cierto. Nunca nadie, más allá de él, debe enterarse de eso, pues ya está gestionando sus nuevos papeles: se quedará siendo Carolina Olivares. Entonces solamente Sebastián podrá delatarla. Entonces, dice Carolina, como terminando definitivamente con una conversación llena de amarguras y malentendidos que ya no tiene demasiado horizonte, si todo le parece en regla, Sebastián, mañana muy temprano podremos dar comienzo a nuestras actividades.

Sebastián se levanta. ¿Conforme? ¿Arrepentido? Más pareciera nuevamente el niño grande, que ahora acepta su castigo. Va saliendo hacia la puerta de la oficina y se voltea para hacer una última pregunta. «Quisiera saber algo, Carolina –dice y su rostro se torna de un expectante teatral–: es muy importante saberlo. Quisiera que me dijeras si en verdad ya no sientes absolutamente nada por mí. Es imperioso que respondas. Y que lo respondas con la verdad absoluta. De eso depende que yo tome decisiones definitivas en mi vida, entre ellas la decisión sobre mi matrimonio.»

Carolina se queda mirándolo y sale con una teoría de aquellas que desubican completamente al más agudo o lúcido de los mortales. «Por más de que los hechos indiquen que mi vida –responde, segura, afianzada en sus nuevas convicciones, de una madurez apabullante– y también mis encuentros con usted, son iguales a las tramas de las telenovelas, quiero que tenga muy claro una cosa: yo ya no creo en esas tramas. No soy la cenicienta ni usted es el príncipe encantado. No me despertará con ningún beso, porque tampoco creo en sus besos y mucho menos en los finales felices, y todo por una simple razón: ya no siento nada por usted.»

Sebastián y Lucía, apenas unas horas después de aquel encuentro volcánico, recorren la sala y el comedor de su residencia en Bogotá. Lucía se queja con suavidad de la decoración, todo le parece sumamente pobre. Y es que Sebastián nunca le ha puesto atención a este lugar, salvo para dormir de vez en cuando. Y Lucía se quedaba algunas veces, cuando venía a Bogotá sin ninguna ilusión, cuando visitaba a su familia política para desahogar sus tensiones y frustraciones de esposa sin consumir su matrimonio y también cuando, furtivamente, recibía las visitas de Iván Vallejo. Pero ahora se encuentra entusiasmada. Hay que mejorar notoriamente la casa. Lucía se alegra de escuchar eco a sus palabras. Está feliz de pensar que no regresará a la hacienda Casablanca, a la vida sedentaria y lacónica. Y Sebastián se deja llevar por el entusiasmo porque en el fondo piensa que la casa debe ser comfortable, pues definitivamente se quedará en Bogotá. Hasta que su Gaviota regrese al amor. Entonces decidirá la suerte de Lucía y de su matrimonio.

9

BOGOTÁ AFFAIRE

BOGOTÁ, 24 DE DICIEMBRE DE 1978

Iván y Lucrecia han partido con su hijo a Estados Unidos. Todo el engranaje de Cafexport reposa ahora en Sebastián y Carolina. Durante varios días, ella lo ha empapado de los secretos de la empresa y todos sus movimientos. Se podría decir que la relación navega ahora por el más frío, o casi polar, de los océanos. Y parecen muy distantes los días del romance elemental

y precioso en la hacienda. Como si, lentamente, cada uno aceptara la nueva condición del otro y se esforzara por deshilvanar los recuerdos, restarles ímpetu, en definitiva, matarlos. Se tratan como dos aplicados ejecutivos. Entre ellos el doctor y doctora vienen y van, y cualquiera que los observara no podría ni siquiera sospechar que alguna vez se amaron como locos entre unos cafetales o que se buscaron por Colombia y Europa, o que cada uno ha soñado con el otro más que cualquier persona viva o muerta.

Sebastián no se arriesga a ningún tipo de cortejo; se mantiene a su lado con paciencia, escuchando sus indicaciones y sus teorías, con frecuencia sorprendentes, esperando, por allá en lo más íntimo de sí, reconquistarla alguna vez. Pero una vez que cada día se ubica un poco más en el porvenir y menos en las expectativas de la hora presente. Con frecuencia él se queda abstraído, observando los bellos labios que le regalaron la miel y la locura, y de los que ahora, como de una fría e impersonal registradora o máquina automática salen, por todo tesoro, números, términos comerciales, enrevesados análisis, cuestiones financieras o administrativas. Lo único esperanzado es que con alguna frecuencia siente que detrás del parloteo, algo desesperante de esa máquina, se esconde el ser humano, frágil, vivo, eclipsante, y que el ser humano se encuentra inquieto, nervioso, desasosegado.

Con la llegada del 24 de diciembre, Carolina ordena a los empleados salir más temprano que de costumbre, y les recuerda que no deberán volver hasta los primeros días de enero, pues se han decretado vacaciones colectivas. Se despide de Sebastián y se marcha a casa. Sebastián se queda muy inquieto. Y entonces, rompiendo toda la máscara de diplomacia y lejanía, toma la decisión irrevocable de seguirla. Quiere saber dónde vive; le interesa demasiado.

Localiza su apartamento. Ahora vive en un mejor sitio, aunque aún las fuerzas no le alcanzan para derrochar la más mínima sofisticación. Con los primeros pagos que recibió como asistente de gerencia, lo primero que hizo fue mudarse, y cambiar en las agendas de la oficina su falsa dirección anterior, para colocar esta vez la real. Ya no tenía nada de qué avergonzarse.

Sebastián regresa en la noche al apartamento de Carolina; Carmenza es la primera sorprendida. El apartamento es pequeño pero bastante aceptable y, bien observado, puede parecer incluso una pequeña zona beatífica y encantadora. Sebastián, parado frente a Carmenza, quien ya tiene en su imaginación varias escenas de melodrama donde el galán llega por su amada en horas inesperadas, lo único que atina a decir es que pasaba por allí y se le ocurrió darles la Feliz Navidad. Carolina aparece en ese instante en bata de baño; intrigada ante el timbre que ha sonado, se queda estupefacta al verlo. Sebastián finalmente logra su cometido: la mediación de Carmenza le vale su boleto de entrada al apartamento. Las dos pasarán la Navidad en un club, pero eso ocurrirá más tarde, de manera que se puede pensar en destapar una botellita de vino y tomar un par de copas.

La voz tensa de Carolina empieza a llegar a la sala, desde la habitación.

Al quedarse solo, Sebastián aprovecha para mirar, se diría mejor que memorizar, el apartamento de Carolina. Mira sus muebles y decorados, sus adornos y pequeñas coqueterías, sus detalles y también se acerca al árbol de Navidad. Allí descubre varias tarjetas, enviadas en su mayoría por exportadores y hombres de negocios que él conoce o por lo menos de quienes ha oído hablar.

Pero nota empezando ya a temblar, y con la palidez típica de los enamorados obsesivos, no son ni mucho menos tarjetas empresariales ni comerciales, ni mucho menos formales. Sí, piensa con rabia creciente, son tarjetas personales, y con dedicatorias bastante coquetas. Luego observa varios regalos que hay sobre la mesa del árbol, y sin pérdida de tiempo empieza a mirar las tarjetas, olvidando que semejante acto no es muy usado ni mucho menos de buena educación. Lee con voracidad cada tarjeta, y a cada nueva lectura siente que un frío lo recorre de pies a cabeza, una suerte de electricidad helada y, aunque parezca contradictorio, quemante. La mayor parte de los regalos son para Carolina. Los firman los mismos exportadores. Esos seres que fueron para él siempre como nombres huecos y vacíos, a los que relacionaba con negocios y asuntos serios, y a los que en este momento siente detestar con todas sus entrañas. Y descubre que unas flores coloridas y expresivas que se encuentran cerca no son precisamente de adorno, sino que son enviadas por un hombre, al

igual que las que hay en otro sitio, y en otro, y otro más. Flores y más flores, ramos enviados por hombres y más hombres. Sebastián empieza casi a delirar. Flores con dedicatorias y más dedicatorias. Coquetas y más coquetas.

Carmenza aparece nuevamente en la sala y le sirve otro vino a Sebastián, mientras continúa observándolo con su sonrisa. El teléfono suena y ella contesta. Tapa el auricular y grita a Carolina que pase. Sebastián desde la sala alcanza a escuchar la conversación: sin duda se trata de un hombre que llama para invitar a la noche de Navidad. Uno de los tipos de las tarjetas, de las flores, de la coquetería insoportable. Carolina en su habitación ríe, habla amistosamente, rechaza una invitación. Sebastián ya no puede soportarlo, ni siquiera escucha las palabras de Carmenza. Contesta cualquier cosa y asunto arreglado. Carolina le está informando ahora a su interlocutor que sus planes para la noche son salir a un club con unos amigos. Vuelve a reír, esta vez un poco más fuerte, como con más ganas, piensa Sebastián; ella se niega a dar el nombre de quien la invita. ¿Entonces era eso? No hay la menor duda. Se trata de un amigo secreto, quizás un novio. O algo peor: un amante.

Sebastián le anuncia a Carmenza que debe marcharse cuanto antes, tiene prisa, su familia lo espera. Carmenza le pide que aguarde un momento y entonces aparece Carolina. Viene más hermosa, más atractiva, más sensual que nunca. Esto acrecienta el dolor de enamorado herido que está sintiendo Sebastián, que quisiera estrangularla, mientras ella sonríe y se disculpa por su demora. El teléfono vuelve a repicar y Carmenza contesta. Es de nuevo para Carolina. Toma el aparato y las sospechas y la agonía de Sebastián crecen hasta límites insoportables: se trata de otro hombre. Otra invitación. Todos quieren pasar el 24 de diciembre con ella y con su madre, saben que no tienen compromisos con nadie y, lo peor, se han dado cuenta de que son especiales, de que son encantadoras. Esto sí ya no puede resistirse.

Carolina está rechazando amablemente la invitación, entre bromas y risas, pero el interlocutor insiste en demorarla en el teléfono. Seguramente le está diciendo cosas supremamente divertidas pues no cesa de reírse. Sebastián se dirige a la puerta, con la cabeza agachada, como quien ha recibido la noticia más trágica, como los hombres que se han quedado en la ruina, o los que saben que tienen una tétrica enfermedad, o los que no tienen un solo amigo ni un solo pariente en toda la extensión del planeta, o los que han sido expulsados de la sociedad, o los que han sido condenados a cadena perpetua... o algo por el estilo. Carolina lo observa, le hace señas, le ruega con la mirada que no se vaya, pero ya es demasiado tarde; Sebastián, con un gesto de inenarrable tristeza, se marcha.

Noche aciaga. Tras la cena navideña con la abuela Cecilia, con Marcela, con Bernardo, Ángela y Francisco, una reunión apacible que terminó temprano, Sebastián se encuentra divagando en su cama. Lo intriga saber quién o quiénes cortejan a Carolina. Las sombras del pasado vuelven con fuerza indiscutible. Ella no lo ama, y ahora mismo mantiene relaciones con otro. Otro la toca, otro la acaricia. Ahora sí la ha perdido. ¿O la perdió desde hace varios años? A él no le consta que sea cierto que nunca fue rozada por nadie. ¿Quien podría confirmárselo, sobre todo en el tiempo en que permaneció en Europa? ¿No es difícil ahora creer la versión de Carolina? Las tarjetas, las flores en su apartamento. Es posible que no sólo haya hecho el amor con el hombre misterio sino con varios otros, con muchos. Recorre las caras de los exportadores, de los famosos hombres de negocios, de toda la fauna a la que él ha conocido en su vida. Todos le parecen bastante sospechosos. Al que va pasando por su imaginación lo odia, lo detesta, lo encuentra despreciable, lo maldice. ¡Ah!, Carolina ya no será suya; su cuerpo ha sido profanado. Se quedará con su esposa Lucía, no volverá a verla más; al diablo con Carolina.

Deberá olvidarse del yugo a que ella lo somete, del fuego encendido que permanece desde la noche de amor en el cafetal. Debe exorcizarla, la única forma de lograrlo será poseyendo a otra mujer: a la que duerme a su lado. Así expulsará de su vida a Carolina, a Gaviota, a ese espectro vivo que le asusta con sus apariciones diurnas y sus secretos nocturnos.

Es la primera vez que Sebastián tiene la iniciativa. Trata de seducir a Lucía que se muestra sorprendida. Sebastián trata de esgrimir sus mejores armas, sus conocimientos

eróticos, todo lo imaginable, pero el amanecer lo sorprende con una nueva derrota. Sin embargo Lucía no se desanima; ahora tiene la certeza de que Sebastián le pertenece en su totalidad. Ha accedido a quedarse en Bogotá y también trata de seducirla. Sin duda, ya sepultó el recuerdo de la Gaviota. Bien otra cosa es la que anda pensando él: está definitivamente atado al cuerpo y al amor de Carolina, su Gaviota traidora.

Al día siguiente vuelve al apartamento. Quiere que haya un diálogo, serio y profundo. Pero el portero le dice que las dos mujeres salieron muy temprano e iban de viaje pues llevaban maleta. Un señor vino a recogerlas; Sebastián queda mudo. La incertidumbre lo ataca: ¿huiría de nuevo de su lado? ¿Se fue con su hombre misterioso? ¿Se encuentra en un lugar tropical, deleitoso y soleado, con una copa en la mano, burlándose de él junto al tipo sin rostro que se la hurtó? Y ya Sebastián quiere renunciar a la dichosa gerencia de Cafexport y largarse definitivamente a la hacienda.

BOGOTÁ, 15 DE ENERO DE 1979

Cafexport vuelve a abrir sus puertas. Las vacaciones colectivas han terminado y es hora de regresar al fragor de las rutinas y las negociaciones cafeteras. Sebastián llega más temprano que de costumbre. No ha podido decidirse a renunciar al cargo, por más de que incluso redactó varias cartas: cartas pueriles, en realidad, donde, ocultamente, trataba de hacer que Carolina, leyéndolas, sufriera cargos de conciencia. Cartas que terminaron todas en el cesto de la basura.

No. Ha decidido que primero volverá a hablar con ella, y después si es el caso tomará la gran resolución. Todavía no sabe si ella regresará. Pero prontamente le informan que ella incluso llegó más temprano y que desde hace un buen rato se encuentra en su oficina laborando.

Sebastián llega hasta allí y entra. La ve concentrada, serena y fresca, estudiando documentos. Se contiene. No puede hacerle una escena, no tiene derecho. Solamente le pregunta, intentando que no se le quiebre la voz, qué hizo durante las vacaciones.

La respuesta parece natural: se fue unos días con su madre a un hotel. Con temor, pero sabiéndose incapaz de renunciar, Sebastián pasa al siguiente cuestionamiento: «¿Se fueron solas?» Y Carolina lo mira con algo de severidad: su vida privada no es un asunto que le concierna, ellos pactaron, tienen un convenio que él aceptó de buen tono. El hombre queda quieto, no sabe si irse, si quedarse, si estallar. Y ella al verlo así le responde: «Viajamos solas.» Sebastián sonríe. El hombre del carro debió ser un conductor, un amigo piadoso que las llevó al aeropuerto. Lo importante es que no estuvo con él, con el misterioso rival sin rostro. Ya tendrá tiempo de aclarar el misterio.

Las clases de entrenamiento se reanudan; Sebastián atiende con paciencia las indicaciones de Carolina. La actividad es tan intensa en Cafexport que se ven obligados a combinar sus horas de clase con las de actividad práctica. Los dos asisten a las reuniones a las que ella antes acompañaba a Iván. Pero las cosas no cambian mucho. Sebastián, a pesar de su rápido aprendizaje, se ve a gatas para sacar a flote los negocios pues no tiene la habilidad de su primo y ni siquiera la de Carolina. Así que es ella la que toma la palabra, enfrenta a los hábiles negociantes y resuelve todo con firmeza, con seguridad y, muchas veces, con agresividad, arriesgándose a perder importantes negocios. Así que Sebastián guarda silencio, delegándole a ella las negociaciones, y se limita a observarla, sorprendido, descubriendo sus alcances, la destreza de su osada Gaviota. Pero al mismo tiempo se siente mal. Está seguro de que hace el ridículo ante los grandes hombres del negocio. Todos saben que no domina su cargo de gerente de Cafexport y que Carolina Olivares sabe mucho más que él. Ella lo reconforta: para lograr sus habilidades tuvo que permanecer un año aprendiendo, no es cuestión de preocuparse demasiado. Si una humilde campesina pudo lograrlo, ¿cómo un hombre preparado en las mejores instituciones y universidades no va a poder? Pero es algo innato. Sebastián es un hombre hecho para el mundo del campo, la agricultura y la experimentación científica. Pero la sigue acompañando, más por estar a su lado que por

preocupación de obtener divisas más cuantiosas o transformarse en un gran negociante. No quiere soltarla, ésa es la realidad, ni por un solo segundo. Advierte que es el centro de atracción de los ejecutivos, es la única mujer en el universo cafetero, y cualquiera podría arrebatársela. Quiere saber, necesita saber la vida secreta que lleva Carolina.

Los días pasan. Sebastián no advierte ninguna actividad extraña. Almuerza sola o con él y otros ejecutivos. Y sale temprano de la oficina sin que jamás nadie pase a acompañarla. Incluso ha chequeado su apartamento y no hay movimiento en él por lo menos hasta las nueve de la noche. Pero también es cierto que recibe docenas de llamadas de negocios y, cavila, vaya a saberse cuáles son personales. Así que Sebastián se pasa horas enteras espionando los fonogramas de su secretaria, donde tampoco detecta nada extraño o anormal. Sí, tarde o temprano dilucidará el misterio. Y un día, a la hora del almuerzo, Sebastián se queda solo en la oficina, y siente el repiqueteo de los teléfonos. Enloquecido se levanta, trata de contestarlos todos, pide identificación a cuanto individuo pregunta por Carolina y exige que se le dejen razones. Y Carolina lo sorprende: Sebastián tiene que disculparse. El hombre misterio no aparece. Tal vez no vuelva a aparecer. Y las cosas siguen marchando.

BOGOTÁ, MARZO DE 1979

Los negocios ruedan con soltura y salen a pedir de boca. Carolina y Sebastián están sorprendidos de que la capacidad exportadora de la empresa se haya duplicado. Pero no sólo por su labor. Desde Estados Unidos, Iván les informa que ha gestionado más compra de café para que lo exporte la empresa, pues necesita aumentar su capacidad exportadora, ya que los bancos americanos le exigen mayores volúmenes de café como respaldo de nuevos préstamos para la tostadora que ahora empieza a expandirse. El café es recibido en la empresa de Francisco en Nueva York. Carolina está feliz, pues Cafexport es indudablemente la primera exportadora del país. Nadie mueve los volúmenes que ésta exporta. Sin embargo, los clientes colombianos que Iván maneja en Estados Unidos jamás mantienen contacto alguno con Colombia. Iván les dice que no existe para nada esa necesidad y que lo único que ellos deben hacer es firmar las actas de exportación y que la empresa de Bernardo se encarga de la operación del transporte. Así que Carolina y Sebastián firman los documentos que el abogado Reinaldo Pérez les entrega y donde consta que la empresa ha realizado el despacho. Todo va a pedir de boca. Carolina recibe un notable aumento de sueldo que le permite mudarse a un apartamento mejor ubicado, más espacioso y cómodo.

Sebastián le comenta a Lucía sus avances y los de Cafexport. Y Lucía por su parte, sólo tiene una duda: Carolina. Pero Sebastián la saca de su inquietud: es una mujer muy talentosa y necesaria y ahora entiende por qué motivo Iván quería sostenerla aún frente a Lucrecia. De resto, y lo dice con firmeza, se trata de un ser insoportable, pedante, irritante, altanero y agresivo. Lucía ha escuchado tantas quejas de Sebastián sobre Carolina que hasta llega a compadecerlo por tener que «soportarla». El plan de Sebastián funciona muy bien. E incluso observa con satisfacción que a Lucía no le interesa para nada acompañarlo a su vida social. Ella le ha dicho que, al igual que Iván, cree que las vidas de los negocios y del hogar nunca deben unirse. En realidad, la displicencia de Lucía obedece a que ha conocido a un hombre que juzga encantador, por su sofisticación extrema, sus modales como sacados de una escuela de etiqueta, sus trajes intachables, sus frases en italiano, inglés, francés y portugués, su extenso conocimiento de los encantos de la buena mesa y, como muy pronto lo supo, también de la buena cama: un tipo de mundo llamado Miguel Tejeiros.

BOGOTÁ, MAYO DE 1979

Sebastián miente a Lucía, no sólo al decirle que Carolina es una mujer intolerable sino al decirle que ella debe acompañarlo a los cócteles. En realidad, Carolina nunca ha aceptado

acompañarlo de noche a parte alguna. Sale de su oficina a las seis de la tarde y hasta el día siguiente no vuelve a verla. Pero Sebastián mantiene la cuerda de los cócteles, empleando ese tiempo en seguirla, mínimo hasta las nueve de la noche. Utiliza artimañas, empero, para convencerla de que lo acompañe. Le exige en su calidad de gerente general, pero ella se rehúsa y hasta lo amenaza de acusarlo de acoso. Después reflexiona: Sebastián tendrá todos los defectos del universo pero no es esa clase de hombres que acorralan con vileza a una mujer. El la desarma con una teoría concluyente: su debilidad extrema en el mundo de los negocios podría llegar a afectar el buen nombre y el buen discurrir financiero de Cafexport. Es en los cócteles donde se inician y, a veces, hasta se concluyen las mejores oportunidades. Carolina acepta acompañarlo.

Empiezan una vida de negocios. Sebastián se sorprende de ver cuánta exquisitez social ha adquirido su Gaviota. Es casi sofisticada, viste muy bien, tiene ese toque mágico que hace que una persona, como un valioso imán, capture las miradas y el interés con facilidad. Ella es cuidadosa de no permanecer mucho tiempo con él y tiene una costumbre que lo irrita bastante: desaparece en cualquier momento, casi siempre en el momento menos pensado, a cualquier descuido. Así que Sebastián, ya prevenido de la curiosa característica, pone en los siguientes eventos sociales todo su interés y toda su concentración, para que no logre escapársele como si fuera de niebla. Y en un cóctel la sorprende cuando se está marchando. La ve tomar su cartera y salir sigilosamente. La sigue y observa que se sube en un automóvil elegante, conducido por un hombre que no alcanza a divisar. Maldice con todas sus fuerzas. Entra de nuevo en el cóctel y toma atenta nota de todos los hombres que se encuentran allí, para excluirlos de su lista, elaborada con maniática lentitud durante sus períodos cada vez más constantes de análisis y devaneo. Pero aún le quedan muchos nombres por investigar.

Al día siguiente no puede evitar preguntarle en la oficina si está saliendo con alguien. Carolina le responde álgidamente que eso no le interesa, y que no está dispuesta a responder. Sebastián se desconcierta mucho más que antes. Ella lo nota y, como casi siempre, termina por responderle: un no rotundo, para que no siga jugando a la imaginación enloquecida.

Entonces Sebastián tiene un presentimiento funesto: Carolina no está enamorada de algún joven y apuesto y poderoso ejecutivo cafetero, sino que se trata de algo peor: ha entablado relaciones con un hombre casado, de quien es amante, y se guarda celosamente el nombre para no llegar a perjudicarlo. Jura que develará el secreto, dará con el hombre, conocerá su rostro aunque sea lo último que haga. Después renunciará a Cafexport y volverá a Casablanca, de donde no saldrá ya nunca más.

Durante los siguientes eventos nocturnos, Sebastián empieza una ronda de inquisición con los hombres que todavía permanecen en su listado delirante. Le hace toda clase de preguntas, incluso demandas bastante ridículas y absurdas, y en el medio crece como una bola de nieve la teoría de que se está enloqueciendo o se encuentra perdidamente enamorado de Carolina. Durante los últimos días el hombre ya no resiste. Ve con bastante desconcierto que ha florecido, como una hierba desconocida y peligrosa, un sentimiento jamás experimentado: los celos, los voraces, candentes y estrictos celos. No sólo lo enloquece pensar que Carolina tenga un amante, sino que no soporta verla junto a nadie. Se descompone si la divisa hablando con otros hombres, siempre tan sonriente, siendo el blanco de todas las miradas, escuchando los comentarios de individuos que no renuncian a lanzarle piropos o alabarle su encanto o sus atributos físicos. Y finalmente el asunto estalla en un cóctel. La ve hablando con un hombre más del tiempo que le dedica a todos los demás e, impulsado por sus celos, alimentados por el licor, la toma del brazo con cierta agresividad, la retira de allí y en un rincón le grita que ya no soporta más, ni un minuto más, que no puede verla con otros hombres, que no admite la idea de que sea la amante de otro, del tipo desconocido que él sospecha hace ya un buen tiempo. Carolina se indigna, lo empuja, toma su cartera y sale corriendo.

Sebastián, obviando cualquier tipo de pudor público o de vergüenza social, sale tras ella con paso decidido y furioso. En la calle vuelve a tomarla del brazo. Carolina, como en sus mejores tiempos, cuando tumbaba camajanes y rufianes atrevidos en la hacienda Casablanca, le cachetea fuerte, haciéndolo morder la tierra. Toma un taxi. Sebastián logra reponerse y logra subirse con ella, impidiéndole además que se baje. El chofer los mira con bastante

desconcierto, mientras conduce al apartamento de Carolina. Y luego lo convierten en el testigo y el juez de su problema romántico. Le dan quejas, tratan, cada uno por su lado, de convencerlo en cuanto a lo canalla, lo injusto y lo espantoso que es el otro. Así, el chofer escucha la queja de Carolina: este hombre no tiene derecho de meterse en mi vida, y menos aún de acusarme de que tengo un amante; y la queja de Sebastián: la he visto ya con otro hombre, señor, ¿cómo le parece? y ahora me doy cuenta de que es un tipo casado.

Carolina abofetea nuevamente a Sebastián, y vuelve sobre el chofer del taxi: no es mi amante, señor. Es un amigo especial pero nada más que eso; y Sebastián trata de convencerlo: si no es su amante y no tiene nada que ocultar, ¿no creería usted que debe decirme su nombre... no cree señor que hay que ser honestos en esta vida?; y Carolina: es que no tengo por qué decírselo, ¿no es cierto...?

Sebastián se descompone totalmente al escuchar las anteriores palabras. Carolina lo ve llorar por primera vez, desconsolado, tapándose la cara con las manos, tembloroso y débil hasta lo patético. Le suplica que le dé paz, esa paz que perdió desde el momento en que se enamoró completa, perdidamente de ella. Y le dice con fuerza y una ternura salida de lo más hondo, que la ama, que toda su vida desde que la conoció gira en torno de ella. Que no puede, que no desea estar más tiempo habitando el mundo sombrío de la incertidumbre. Ella tiene que ofrendarle la paz. Carolina se tranquiliza. Toma la cabeza de Sebastián y la lleva hasta su pecho, maternalmente. El siente que le regresa súbitamente el sosiego. Carolina se lo confiesa: ella también ha sufrido mucho, todo el tiempo, sobre todo imaginando sus noches al lado de Lucía. Sebastián la mira y luego, con resolución, la besa. Y es un beso perfecto y magnífico como en los mejores tiempos: denso, entrañable, único, que desahoga toda la represión de todas las horas, de todos los siglos de espera.

El taxi se detiene frente al apartamento de Carolina. Sebastián trata de retenerla pero ella se rehúsa: dice que debe madrugar y se baja corriendo.

Es una noche feliz para Sebastián. Carolina Olivares, la Gaviota, lo ama. Ya no quedan dudas. Se lo ha escuchado. Lo dijo con sus labios magníficos. Y el acompañante misterioso es tan sólo un amigo. ¿Pero qué clase de amigo? Ya tendrá tiempo para averiguarlo. Lo importante es que los abrazos y los besos de Carolina le han devuelto la paz, la vida, el pasado maravilloso y lleno de luz y transparencia que juzgó perdido para su desdicha.

Al día siguiente, lo primero que hace Sebastián al llegar a la oficina es buscarla. Tiene planes bellos para la noche. Pero se sorprende. Ella ya no es la misma. Ni siquiera una aproximación a la que lo besó en el taxi. Ahora es la fría que no siente remordimiento al decirle que solamente lo seguirá acompañando con la condición de que jamás le repita la escena de celos. Sebastián le pregunta, desconcertado, qué significaron los besos de la noche anterior. Ella responde con una dureza de piedra cortante: fueron un momento de debilidad y nada más, pero no volverá a caer en sus engaños. Sebastián le replica: no la engaña, la ama en verdad. Y si ella accede a entablar una relación con él, a volver a estar a su lado, dispuesta a todo sueño y toda esperanza, dejaría a su esposa, lo dejaría todo para unir su vida a la suya. Carolina lo repele. Lo toma de un brazo y lo lleva hasta la puerta, como si se tratara de un necio o cualquier aparecido. Y le recuerda su reiterada teoría: «Esto no es una telenovela. Estamos en la vida real, y en la vida real la cenicienta no quiere tener absolutamente nada con el príncipe.» Sebastián sale a regañadientes, otra vez desolado. Carolina cierra la puerta. Se queda pensativa y suelta un llanto rabioso: «Maldita sea, ¡carajo!, no puedo, por más que quiera, evitar que mi vida se parezca a una telenovela. Estoy enamorada de este príncipe azul.»

Hay una idea fija que obliga a Carolina, entre todas las dubitaciones que la visitan al pensar en Sebastián: si Lucía se entera de la relación toda la gran familia cafetera, empezando por los Vallejo, también se enterarán y entonces todas sus proyecciones profesionales estarán arruinadas. No, se repite y trata de convencerse, lo primero será su vida profesional, porque en ella no habrá engaños desde que ella haga las cosas bien, ni estará en las manos de nadie como ocurre con la vida amorosa. No puede arriesgarse. Tiene que dejar las cosas de ese tamaño. Y punto.

Pero Sebastián no piensa lo mismo. No dejará las cosas de ese tamaño por nada. Sabe que Carolina lo ama. Y continúa con sus planes nocturnos, tratando de cortejarla, pero ella vuelve a escapársele. Y de nuevo descubre que se trata del misterioso hombre. Pero esta vez tiene la suerte de poderlos perseguir. Los ve entrando a un restaurante. Y descubre, por fin, los rasgos del hombre que tanto le atormenta. En realidad no lo conoce y le sorprende que este ya bordeando los cincuenta años. Se acerca y los mira a través de una ventana, como acostumbran hacer los mendigos hambrientos. Espera vanamente que algo grave suceda pero nada pasa. Y de pronto es descubierto por Carolina y se retira de la ventana. Ella se disculpa con su amigo y sale a buscarlo de muy mal humor, sorprendiéndolo cuando se está subiendo a su carro. Pero lo alcanza y antes de que logre cerrar la puerta, le sujeta del brazo y lo baja casi a rastras. Lo lleva a marchas forzadas hasta la mesa del restaurante donde se encuentra sentada. El hombre misterioso se pone de pie, un poco extrañado por la escena, y Sebastián es presentado como un jefe y un chismoso irremediable.

Acto seguido el hombre se presenta: se llama Lorenzo Carrá, un alto ejecutivo español que Carolina conoció en París. Fue un cliente suyo en el burdel. El único en realidad. Allá lo conoció cuando unos árabes lo llevaron para hacerle una atención. El la seleccionó pero ella no estaba dispuesta y así se lo hicieron saber los dueños del establecimiento. Pero él se le acercó delicadamente y le pidió que fueran a una habitación solamente para conversar. Le dio su palabra de caballero de que no intentaría nada, y a la muchacha, sin saber por qué motivo, eso la llenó de confianza. No la tocó y, por el contrario, fue sumamente solidario cuando ella le contó todo su periplo desdichado. Siguió visitándola durante la semana que permaneció en París, pagando la tarifa de amor, solamente por estar con ella escuchándola, porque en el fondo se divertía como nunca con su manera de ser y con sus historias y su forma de hablar, revolviendo varios idiomas y traicionándolos todos. Fue la única mano amiga: la sacó de allí, le compró ropa y la instaló en una pequeña habitación del barrio latino. Y le habría obsequiado gustoso el pasaje de regreso a Colombia, de no ser porque Carolina se negó rotundamente a devolverse y quiso insistir en la búsqueda de Sebastián, en esa búsqueda que la llevaría infructuosamente hasta Londres.

Concluido el relato, tanto el español como Sebastián se quedan mudos, a cuan más de desconcertados. Sebastián presenta disculpas y se marcha. Noche de inquietud. Con la del español ya son dos las mentiras que ella le ha dicho: primero lo de su nuevo nombre e identidad, pues hasta última hora no le confesó de dónde provenía su Carolina Olivares; segundo, lo del español. ¿En verdad no mantendrían ningún tipo de relación íntima? ¿Ayudarla gratuitamente, a cambio de nada? Era muy difícil de creer. No. No era verdad. Había un engaño evidente. Ese cuento sí que era de telenovela. Pero ¿por qué querría Carolina engañarlo? ¿En verdad sería capaz de eludir el asedio de un hombre, por más apremiante que fuera su situación? Ella era capaz. Sebastián estaba seguro. Capaz aunque tal cosa pareciera increíble. La incertidumbre de Sebastián continúa y decide mandarlo todo al carajo.

Una noche, durante un cóctel, le informa a Carolina que ha dejado sobre su escritorio una carta que contiene su renuncia irrevocable y que al día siguiente regresará, y esta vez para siempre, a la hacienda Casablanca, y que por lo que a él respecta toda su familia se puede ir al mismísimo infierno. Y sale del cóctel. Carolina piensa la cosas con detenimiento y la angustia la acosa: Sebastián hablaba en serio y debe alcanzarlo. Y esta vez es ella la que lo persigue por las calles. Le grita que jamás ha tenido relación alguna con ningún hombre, porque después de él su vida ha sido traumática. Relaciona el sexo con su desafortunada experiencia, con su embarazo fallido, con los días de dolor en Europa, con la oscura sensación del engaño. Jamás podrá ser de nadie. Su vida se destruyó. Sebastián detiene su carrera pues ha escuchado lo que soñó escuchar durante estos últimos meses de incertidumbre. Gira hacia ella, se abrazan intensamente, se declaran su amor, se besan abiertamente y sin pudor ninguno, sin importar que la escena que protagonizan sea motivo de escándalo y de comentarios puntillosos de los transeúntes y de los viajeros de los carros. Los deseos reverdecen con una fuerza irremediable. Los cuerpos se llaman, pero Carolina no accede, no se siente segura; tendrá que darse un tiempo.

Las noches que siguen son hermosas. Discurren con esa magnificencia excepcional que tienen las vidas de vez en cuando y que, una vez perdido el lapso mágico, se acostumbran relacionar con el milagro.

Asisten a todo evento al que los invitan, y tienen una doble vida dichosa. La vida social, donde se presentan y se les conoce como gerente y subgerente de Cafexport y la otra, la subterránea, aquella en la que renace la Gaviota. Así que, algunas veces, por satisfacer a Sebastián, van a la ópera, a la terrible ópera en la que Carolina bosteza impunemente, quedándose dormida con desparpajo en el hombro del apenado Sebastián. Y las otras veces, la mayoría, van a los bares donde tocan la música predilecta de ella, y donde Carolina deja que regrese Gaviota, la que canta destemplada las canciones de amor y despecho, la mariposa salvaje que inquietó a Sebastián desde el primer día en que la vio y la oyó.

Se aman intensamente, atraviesan otra vez un paraíso, y una noche de tragos en un bar, piensan que los deseos los obligarán a cometer una locura en público. Entran al primer hotel que encuentran y hacen el amor con amor, el amor con pasado, el amor que les lava todas las penas y les borra el sedimento de amargura de la espera. Recobran la intensidad de la primera vez, el estremecimiento de la virginidad, sienten que el uno con el otro serán amantes vírgenes hasta el fin y que cada vez que se encuentren escribirán con sus cuerpos enlazados, nuevamente y como un alfabeto de pocos conocido, la historia eterna de los amores que han existido y que existirán en el universo. Se sienten jóvenes, vigorosos, y a la vez serenos, experimentados, curados de falsas expectativas, capacitados para todas las batallas, dueños de un puerto salvador y exclusivo, anhelado y total. El entendimiento fluido y sabio de sus cuerpos lo demuestra: son pareja ideal y no pueden, no quieren ni deben separarse.

Al día siguiente Sebastián arreglará lo de su divorcio, con cautela, lógicamente, pues puede ser peligroso para Carolina. Pero verdaderamente el peligro se encuentra avanzando y será muy arduo detenerlo.

Las frecuentes llegadas tarde de Sebastián a su casa despiertan las sospechas de Lucía, quien, aunque tiene una relación bastante tempestuosa y seguida con Miguel Tejeiros, en la que ya existen muchas vinculaciones, sabe que no le convendría un distanciamiento con su marido. Tejeiros podrá ser de mundo, pero no maneja el poder, ni las áreas de influencia de un Vallejo. Sebastián sale muy temprano, rumbo a su nueva vida: verá un abogado, se asesorará, planeará la forma de no herir a Lucía con la separación. Y ésta, a su vez, se cita con Lucrecia en Cafexport. Iván llegará esa tarde de Estados Unidos, y Lucrecia quiere percatarse de cómo andan las cosas, a tiempo que escucha las dudas y confesiones de Lucía.

Carolina, que no sospecha siquiera la presencia de las dos mujeres, y revisa algunos documentos a puerta cerrada, no puede concentrarse en su trabajo, completamente extasiada con la idea de realizar su sueño secreto: vivir con Sebastián, vivir con el amor de su vida por el resto de tiempo que le quede. Y se convierte de nuevo en la Gaviota, la que nunca ha dejado de ser, más allá de su apariencia de ejecutiva brillante y descomplicada. Y entona, casi mecánicamente, casi sin recordar el sitio en el que se encuentra, como si nuevamente se encontrara en los cafetales del Viejo Caldas, la canción de la Gaviota, de la Gaviota herida pero empecinada, de la Gaviota a la que no logran tumbar del cielo las tempestades. Lucía, que cuenta a Lucrecia en la oficina de Sebastián las sospechas que tiene con Carolina, no puede creerlo. Le parece que está soñando, que se encuentra inmersa en una desagradable pesadilla. Es el canto, el canto que reconoce, el que despertaba a Sebastián en Casablanca. Y aunque sea inconcebible hay que decirlo: ella está allí, la Gaviota se encuentra en la ciudad y nada menos que en Cafexport. Las dos mujeres, coléricas, descompuestas, casi asustadas como si se encontraran frente a una hechicería, salen de la oficina, como dos rastreadoras profesionales que buscan las huellas de un peligroso delincuente. Y detectan de dónde viene el canto. Sí. No hay la menor duda: proviene de la oficina de Carolina Olivares.

Están absortas. Pero no actuarán de inmediato. Deberán estar completamente seguras, pues cualquier yerro las dejará como unas paranoicas ridículas. Piden a una empleada la hoja de vida de Carolina. Por ningún lado parece que sea del Viejo Caldas, ni, menos aún, de una extracción humilde.

Sin embargo, deciden confrontar las referencias personales con la realidad. Se encierran y dedican a realizar todo tipo de llamadas, guiadas por la información de la hoja de vida. Carolina se extraña cuando se entera de que las dos mujeres están en la oficina.

Sebastián no aparece y hay que dejar las cosas cuadradas para la llegada, esa tarde, de Iván Vallejo. Ignora que a pocos metros su pasado ha quedado al descubierto, y que hay dos personas que ya están convencidas de que Carolina Olivares y la Gaviota salvaje son la misma persona.

Iván arriba en horas de la tarde. Su disgusto es grande al ver a Lucía y Lucrecia en las instalaciones de Cafexport, y está dispuesto a reprenderlas con su vieja teoría de que el hogar y los negocios no son una buena mezcla. Pero ellas lo detienen.

Hay cosecha de noticias: Gaviota, la mujer que obsesiona a Sebastián, se encuentra entre ellos. Iván, en principio, se disgusta un poco, pero prima el recuerdo de la eficacia de Carolina e intenta restarle importancia al hallazgo. Pero Lucrecia, llamándolo aparte de Lucía, le configura un argumento contundente: si de verdad desea que su hijo sea en lo futuro dueño y señor de todos los bienes de los Vallejo, deberá evitar que Sebastián y Gaviota se unan, pues todo parece indicar que ella es la única mujer en la que él sería apto para engendrar un hijo, según comentan las malas lenguas del Viejo Caldas. Lucía, por otro lado, conoció el rumor de que Gaviota viajó a Europa buscando a Sebastián, porque esperaba un hijo suyo.

Una media hora después, Iván cita a solas a Carolina. Allí la desenmascara. Le comenta que revisaron su hoja de vida y que se percataron de que todos los datos eran falsos. Y también le dice: Gaviota... Y la sentencia: está despedida y además completamente desterrada para siempre del mundo del café. Deberá incluso buscar una nueva ciudad donde vivir.

La ira de los Vallejo no le permitirá volver a tocar puesto alguno de alguna trascendencia o dignidad, cerca de sus territorios.

Carolina, a pesar de su sorpresa, siente en el fondo un atisbo de alivio, y casi que no le importa que la desenmascaren. Tarde o temprano todo iba a saberse. Se irá de Cafexport pero con el hombre de su vida. Que se acabe el mundo. Que hagan lo que quieran. Ya tiene aquello por lo que más ha luchado y soñado.

Sin embargo, antes de marcharse la asalta una duda. ¿Por qué después de tanto tiempo les dio por indagar el pasado? Le formula la pregunta a Iván, quien sonríe complacido y le suelta una respuesta sin remordimiento: «La respuesta es muy sencilla, Carolina. Jamás sospechamos de usted. Nos logró engañar, se lo repito. Y la cosa habría quedado de ese tamaño para siempre, de no ser porque alguien, la única persona que sabía de su pasado, nos puso sobre aviso: y esa persona se llama Sebastián Vallejo...»

10

UNA GAVIOTA PERDIDA

El mundo se ha roto. Las ilusiones que echaron raíces en ella, que la levantaron suavemente hasta ponerla en el cielo, y con las que ya estaba construyendo todo un universo imaginario, se encuentran hechas añicos. Carolina Olivares, la Gaviota, piensa que ha sido traicionada por el hombre que ama. Nuevamente cree imaginar la mueca de Sebastián, una mueca de burla, un gesto de mofa y desdén. Ha sido una idiota y ahora se encuentra en la calle. Caminando como un ebrio regresa a su casa y ordena a su madre desalojar el apartamento inmediatamente. Se marcharán a un hotel. El temor es creciente: los Vallejo no son, ni mucho menos, unos enemigos fáciles y con mover cuatro o cinco fichas, podrían pulverizarlas. Y, piensa Carolina, Sebastián es tan cínico como para volver a aparecer. Y eso no lo desea por nada del mundo. Lo odia con todas sus fuerzas.

Y, en efecto, Sebastián, luego de enterarse de lo ocurrido en las oficinas de Cafexport, y de que su amada fue descubierta como la Gaviota, y por consiguiente despedida, la llama con

creciente ansiedad y al sentir el timbre que suena vanamente, se encamina hacia el apartamento. Carolina no se encuentra. Se fue y nadie sabe a dónde.

Aquella noche, después de una agria discusión con Lucía, en la que tocan los puntos más candentes de su misteriosa y nunca definible relación, y en la que Sebastián conoce los pormenores de lo ocurrido y la verdadera situación –su propia familia, encabezada por Iván, le mintió a Carolina–, Sebastián comprende que la Gaviota se encuentra más herida, más vulnerada que nunca, y que ya no podrá dar con su paradero. No dejó ninguna huella.

Como represalia abandona Cafexport, que ahora queda en manos del siniestro abogado Reinaldo Pérez, mientras que Iván sigue su ascendente carrera en Norteamérica, donde ya es incluso un joven play boy muy famoso, que se incrusta con frecuencia sorprendente en las páginas de los diarios y revistas sociales y económicos. Sebastián calcula que podrá vivir holgadamente con la producción de la hacienda. Amenaza con separarse de Lucía, y ésta, que ahora ha resultado con más agallas de las imaginadas –entre otras cosas fortalecida por su constante relación con Miguel Tejeiros, quien la ha convencido de amarla y querer unirse con ella definitivamente–, acepta la petición, aclarando, eso sí, que él perderá la mitad de la hacienda Casablanca y otros bienes heredados por el abuelo, durante el pleito de la separación. Sebastián está impedido para incumplir la orden póstuma de su abuelo, de no dejar en manos diferentes a las de los Vallejo la hacienda. En represalia, planea regresarse cuanto antes a la zona cafetera. Sabe que Lucía odia vivir allí y en el fondo todavía guarda ilusas chispas de esperanza de encontrarse en la próxima cosecha, como por arte de magia, con la Gaviota.

Carolina, que ha legalizado su nombre y su apellido, previniendo posibles tropiezos jurídicos, toca ahora a las puertas de varias empresas exportadoras de café, pidiéndoles cualquier puesto, aunque no sea encumbrado y ni tan siquiera interesante. Argumenta para fundamentar sus reclamos que tiene amplios conocimientos del mundo cafetero. Pero el poder de los Vallejo es omnipresente como el de unos verdaderos dioses. El nombre de Carolina, o la Gaviota, ha entrado ya a la lista negra de todas las empresas. Los Vallejo, suponiendo con razón que ése sería el siguiente paso de su gran enemiga, la han hecho vetar.

Sin embargo, y eludiendo los sentimientos de cobardía y de vergüenza que la atenazan de forma cruel y reiterada, y que parecen minarle la confianza, Carolina no desfallece. A pesar de que Carmenza le insiste en que busque puesto en otros sectores, donde también, con sus capacidades, podría cumplir un buen papel, continúa empeñada en pertenecer al mundo del café, del que ya ha conocido la gran seducción. O quizá, cavila Carmenza para sus adentros, ¿no desea perderse realmente de Sebastián Vallejo? ¿O quiere vengarse de él? ¿O planea una gran revancha contra aquella familia que le ha despedazado el esquema formal sobre el que tenía construida su existencia?

Carolina observa, mientras lee los clasificados de empleos buscando con ingenuidad algún puesto vinculado al universo cafetero, que Marcos Trujillo, el caficultor amigo de Sebastián, y con quien se encontraron en varias ocasiones en Bogotá cuando era representante de Risaralda y ellos dos amantes clandestinos, ha sido pomposamente nombrado ministro de Hacienda. Ella reconoce que ese puesto tiene una gran influencia en el universo cafetero, y después de luchar encarnizadamente contra los diques burocráticos que desean detenerla, logra concertar una cita con el hombre. Llega nerviosa a su despacho pero se contiene y habla con firmeza, con seguridad, con fe en sí misma: cuenta la verdad de lo sucedido y expone que está siendo víctima de un veto impuesto por la casa Vallejo. Pero lo que más desea en el mundo es entrar a la Asociación de Cafeteros, donde, asegura sin jactancia, podrá cumplir un rol estelar. Marcos Trujillo sabe lo que significa retar a los Vallejo, pero, llevado por la gran simpatía que siente por Carolina, le dice que hablará con el presidente, la cabeza visible. Aquí nuestra Gaviota encuentra otro punto a su favor: el presidente siempre fue su admirador, no solamente por tratarse de un hombre fino que sabe reconocer la belleza y el estilo de una muchacha, sino porque ha sido testigo de su pericia inusual. Y no se equivoca. Su nombre también allí se encuentra en la lista negra. Tendrá que esperar unos días para obtener una respuesta.

Sebastián viaja solo a la hacienda Casablanca, como escapando de todos los demonios y mortificaciones que ya no le abandonan ni un solo segundo. Cree que la visión de la tierra y los

cafetales le ayudará, y que estar cerca del recuerdo primero de Gaviota endulzará un tanto su amargura sin límites. Pero se equivoca completamente, y no tan pronto ha llegado cuando ya se encuentra en brazos de la desesperación: los paisajes han dejado de emanar esa benevolencia antigua que, según creyó en una ocasión, todo lo cura; cada aroma remite a las noches junto a ella. Siente que está expiando sus penas, y durante unas cuantas noches febriles es literalmente un alma que recoge sus pasos y pena sin cesar.

Una de aquellas noches, precisamente, después de abrigarse insensatamente en el alcohol, Sebastián recorre la extensión de Casablanca hasta llegar a los cuarteles. Se detiene frente al lugar donde Gaviota dormía con su madre y le parece que en cualquier instante ella aparecerá, cantando su canción de batalla, o con su maletica de estudiante de primaria, o sencillamente con su vestido colorido y su cabello revuelto. Activado por una fuerza impetuosa, Sebastián corre en busca de gasolina y fósforos. Suda copiosamente y delira, recorriendo con su mente, todos los instantes, gratos o terribles, vividos al lado de la mujer con mayúsculas: la única mujer.

Con frenesí, sin que le tiemble el pulso, rocía de gasolina el cuartel de la Gaviota y le prende fuego. Las llamas se avivan y crecen rápidamente; para quien las ha producido son una suerte de reflejo de su alma: de un corazón que también arde, que también se incinera con la ausencia y que no sabe si podrá renacer de las cenizas que dejará la tromba incendiaria. Cuando Aurelio y otros trabajadores acuden ya nada puede hacerse. Y entonces, con los ojos exorbitados, se dan cuenta que el pirómano ha sido su patrón. No dudan en juzgarlo completamente chiflado y el capataz toma la decisión de comunicarse urgentemente con la capital: Sebastián Vallejo es, por estos días y quién sabe hasta cuándo, un peligro inminente, aun en su propia casa.

En Bogotá, la espera también ha enfermado a Carolina Olivares. Sus noches, incluida aquella en que Sebastián quemó el cuartel, han estado visitadas por la fiebre y el delirio. Se siente muy débil pero saca fuerzas y sigue confiada en que las puertas de la asociación se van a abrir providencialmente para ella.

Sebastián, quien ahora se encuentra acompañado por su hermana Marcela, cuidandera dulce y sabia, pues no se le puede dejar solitario mientras que sale de su crisis, escucha por larga distancia una voz que vuelve a llenarlo de anhelos y que le enciende nuevamente un poco de esperanza: se trata de Marcos Trujillo, quien desea consultarle el caso de Carolina Olivares, poniendo a Sebastián otra vez sobre su rastro. Sebastián, después de agradecer al cielo, agradece la deferencia de Trujillo y no duda en pedirle que la acepte, diciéndole que él asumirá el vendaval familiar cuando su familia se entere. Al colgar Sebastián es nuevamente un hombre nuevo y decide, de común acuerdo con Marcela, regresar a Bogotá.

Al otro día, sin saber de la mediación de Sebastián, Carolina recibe la maravillosa noticia de que trabajará en la Asociación Nacional de Cafeteros. La que recibe una mala noticia es Lucía: Sebastián regresa, ya no se quedará en Casablanca por una larga temporada y reasumirá sus labores, o parte de ellas, en la capital.

EL VUELO DE LA GAVIOTA

Carolina entra a trabajar en la Asociación de Cafeteros, y por reclamo y voluntad del presidente se capacita en temas de macroeconomía cafetera, que aprende rápido, con su singular método de memorización. Pero ella tiene otro objetivo. Conoce a Mauricio Salinas, director de relaciones públicas de la asociación, quien se encuentra arremetiendo con una descomunal campaña publicitaria en Europa, y planea la participación de equipos de turismo en Francia, patrocinados por los cafeteros. Salinas empieza a apreciar a Carolina de una manera muy especial, desde que ella le ayuda a conseguir al hombre que más se asemeja al tipo que encajará en la figura emblemática del café colombiano en el exterior, y quien no es

otro que Juancho, el mejor amigo de sir Arthur, el inglés que fue novio de Paula y que se extravió definitivamente en los bares de Pereira; cuando el doctor Salinas, que es como todo el mundo llama a Mauricio, lo vio con sus bigotazos mexicanos, su pelo negro y ondulado y sus ojos hinchados de tanto beber, lo contrató de inmediato y el símbolo largamente buscado se bautizó Juancho Café y empezó a rodar por el mundo en cientos de propagandas y avisos publicitarios, hasta que Juancho se convirtió en alguien tan célebre como cualquier estrella de cine. Sólo más tarde descubrirían que aquella contratación fue un problema, cuando Juancho Café, que debía presentarse acompañado de una burra, en docenas de exposiciones y congresos cafeteros, lo hacía siempre después de haber bebido copiosas cantidades de aguardiente.

Carolina le demuestra cotidianamente al doctor Salinas su eficacia, hasta que logra un nuevo peldaño, encarnar otro sueño dorado: que la reclame ante el presidente de la asociación como subdirectora de su departamento de relaciones públicas. Ahí quería estar, en un punto estratégico de la actividad y los negocios cafeteros. Se encargará de las actividades sociales y aquí comienza su guerra con los Vallejo, especialmente las mujeres.

Las Vallejo, desde luego, se sienten a punto de un colapso, heridas en lo más fino de su sensibilidad, casi siempre victoriosa, cuando saben que la Olivares está fungiendo en la asociación, y que alguien tan prestante como el doctor Salinas la ha exigido a su lado. Los epítetos ofensivos no se hacen esperar, inventan toda clase de historietas sobre la relación que los une y juran que la harán salir también de allí, aunque esto sea lo último que hagan en su vida. Movilizan todas sus influencias para presionar al presidente, pero pierden. Necesitan el apoyo de la abuela Cecilia, y ésta se los negó rotundamente, molesta o por la actitud abierta y descarada de Lucía, empeñada en demandar a Sebastián en caso de una separación.

La abuela entiende que la sexualidad de Sebastián y la Gaviota, que también ha llegado hasta sus oídos, y en el fondo no le molesta tanto como puede creer su parentela, es la responsable de la inagotable inquina.

Entiende, además, que el peligro está en la posibilidad de que aparezca un nuevo heredero.

El trabajo para Carolina en relaciones públicas consiste en organizar los eventos y esto incluye a los invitados. Siempre había pensado qué hacer con Sebastián cuando manejara la distribución de tarjetas y de invitaciones. Se había negado a recibir sus llamadas, lo eludía cuando iba a la asociación, hasta que ahora, el propio presidente presencia un desplante soberbio. Le pregunta, extrañado, por qué rechaza al hombre que arriesgó su pellejo, y que influyó para que ella pudiera entrar a la asociación. El único que le dio la mano en su afán de buscar trabajo. Carolina se queda estupefacta. No entiende qué trama Sebastián, ni la razón de su actitud, pero tiene bien en claro que le ayudó, y que posiblemente hay un malentendido, de esos que han fecundado tan seguido en su vida. Tarde o temprano tendrán que hablar.

Por aquellos días también se destapa otra de las grandes incógnitas que el viejo Octavio, el gran patriarca, ha dejado en su testamento. En efecto, Latorre, ya despedido del grupo Vallejo, se hace presente en la casa de Cecilia. Se cumple la fecha de abrir la misteriosa carta. La familia se reúne en torno al abogado, completamente intrigada. La carta en realidad contiene otro sobre y una orden contundente del viejo en un papel suelto: ese sobre debe ser abierto en presencia de dos mujeres: Carmen Suárez y Teresita Suárez. Todos quedan absortos. Nadie sabe quiénes son esas dos mujeres enigmáticas, ni siquiera las han oído nombrar nunca. Sólo Sebastián, que conoce el verdadero nombre de la Gaviota, o mejor de Carolina Olivares. Con gusto, gozando de cada palabra, comunica la infausta noticia al resto de la familia. Con excepción de Sebastián y de Cecilia todos quieren que se abra inmediatamente el sobre. El abogado Latorre se rehúsa y se ampara en la abuela. Es una orden inviolable, póstuma y casi sagrada.

Carolina festeja ese mismo día los cuarenta y cinco años de su madre. Recibe las llamadas de Sebastián, que encuentra allí una magnífica oportunidad para hablar con ella e informarle del suceso; ella queda muy sorprendida. Que el patriarca cafetero, a quien pocos

vieron en su vida, se haya dignado nombrarlas en el testamento, le parece un enigma fuera de lo común. Pregunta a su madre pues sabe que únicamente en ella puede estar la respuesta. Sin embargo, para ese momento ya ha hecho varias conjeturas: recuerda la muerte de Octavio y la tristeza de su madre, los extraños paseos nocturnos de Carmenza en la hacienda Casablanca, que coincidían con los paseos del viejo; Carolina abriga ahora una sospecha tenebrosa: puede ser la hija de Octavio Vallejo. Y más se amarga con el silencio de su madre, quien no parece tener la menor intención de sacarla de la duda, sino que apenas llora. Lloro desconsoladamente. Carolina entiende que su vida está ligada de nuevo a una telenovela: lo único que me faltaba es ser hija de un millonario, y familiar de la gente que más odio.

Pero hay aún más conjeturas. Vendría siendo tía de Sebastián y esto la divertía y la amargaba alternativamente. No importa. De cualquier forma rechaza con vigor el apellido Vallejo. Se diría que hasta le repugna. No. No acepta ser la hija de un hombre millonario. Todo el trabajo de su vida, todas las posiciones escaladas hasta la fecha, todo lo bueno logrado con esfuerzo, todas las cosas se vendrían abajo. Y nada tendría en adelante un sentido o un significado. Además, siente vértigo de pensar que es parienta de sus enemigas más acérrimas. Así se lo grita a su madre esa misma noche, antes de salir a la oficina del abogado, declarado territorio neutral por las partes. Pero su madre no responde. Está pensando algo.

La incertidumbre en la casa de los Vallejo es todavía peor. Las mujeres, sentadas en fila, rígidas como momias, temen exactamente por las mismas razones que Carolina: la Gaviota puede ser hija de don Octavio Vallejo y ése sería el crepúsculo, la decadencia de una gran estirpe. Y tiemblan pensando en las represalias monstruosas que su máxima enemiga llevaría adelante, después del inesperado reconocimiento. El único divertido es Sebastián: piensa que sedujo y que está enamorado de una tía.

Esa misma noche se reúnen en la oficina del abogado Latorre. La reunión no es menos tensa o electrizada que los pensamientos de cada uno de los asistentes. Antes de abrir el sobre, Carolina les grita que ni su madre ni ella tampoco aceptarán el contenido, de tratarse de algo relacionado con la herencia. Les aclara que si el viejo reconoce su paternidad, ella la rechazará, se negará siempre a llevar el apellido Vallejo, pues no siente que le cuadre ni le interesa como les ocurre a otras. Que únicamente se encuentra allí por pedido de su madre. Carmenza la calma. El abogado abre el sobre. Allí, el viejo Octavio Vallejo consigna que existe una casa en Manizales que debe pasar a nombre de Teresita Suárez. Se trata de una modesta casa sobre la ladera de la montaña, que era administrada por Samuel Vallejo, el padre de Sebastián.

Un silencio que se puede cortar con tijeras inunda la atmósfera. Carmenza suelta una sonrisa amable de agrado y llora feliz. Todos la observan sin pestañear. Ella tiene la respuesta.

Y cuenta su historia: desde muy joven empezó como recolectora en la hacienda Casablanca. Huérfana de padres, deambulaba sola por la nación, y cada año regresaba durante la cosecha de octubre. Al igual que la Gaviota era muy solicitada, buscada y apetecida, y una noche en que algunos jornaleros trataron de abusar de ella, el propio Octavio Vallejo, que cayó allí de milagro, la defendió. Por entonces él frisaba los sesenta años, y los repetidos y monocordes agradecimientos de Carmenza le causaron simpatía. Para el viejo era un relax escucharla.

Durante el año se mantenía obsesionado con el tema del café, del dinero, de las estrategias mercantiles y de todos aquellos temas candentes e infernales. Así que cada año, en octubre, viajaba sin falta a Casablanca para encontrarse con su relax favorito: escuchar a la pobre, inocente, desprevenida y divertida Carmenza; pero temía ser sorprendido por Cecilia. Por eso salía al atardecer a caminar por los cafetales, hasta entrada la noche. Era la hora en la que Carmenza dejaba de recolectar, y se encontraba con el viejo en un punto determinado del atardecer, donde podía observar la belleza majestuosa de la muerte del día. El viejo se echaba sobre una estera y, contemplando el cielo, escuchaba a Carmenza sosegadamente, como un premio. Al final de la cosecha, la premiaba con más dinero que a cualquier otro recolector.

Octavio siempre le ofreció que se quedara en la hacienda Casablanca, pero Carmenza rechazó la oferta, pues desde siempre había tenido su naturaleza de andariega. Prefería el dinero, con el que podía trasladarse, con algo más de facilidades, a otras cosechas. Lo único que tenía en claro en esos momentos es que algún día dejaría de deambular, cuando tuviera

aproximadamente cuarenta y cinco años, y que le gustaría tener una casa, como la que siempre veía en una montaña de Manizales. Pero eso sería sólo cuando tuviera los cuarenta y cinco.

Cecilia, afectada ante el relato, le pregunta a Carmenza a boca de jarro, con el corazón temblando, si Gaviota es hija de Octavio. Carmenza sonrío y responde que no. Por supuesto que no. El placer del viejo era escucharla y el de ella contarle sus penas incontables y sus locos pensamientos. En realidad, el padre de la Gaviota fue un hombre muy atractivo que había en una plantación de algodón, y con el que se amó por espacio de una semana, romance que desembocó en el embarazo inesperado. Tiempo después supo que el hombre había muerto en una riña.

En la cosecha siguiente Carmenza le contó a Octavio su problema. Quería tener el bebé pero su condición de nómada se lo impedía. Octavio le respondió que, si así lo deseaba, tuviera ese hijo, porque siempre, cuando llegara octubre, tendría trabajo en Casablanca. El viejo costeó el parto. Y cuando Carmenza tuvo fuerzas regresó, con su hija en brazos, a su periplo eterno.

Tal vez el viejo jamás olvidó el sueño de Carmenza y le compró aquella casa añorada en la montañita de Manizales. La casa quedaba para su contertulia, pero a nombre de su hija, porque él sabía cuánto le preocupaba su destino.

Todos descansan. Gaviota abraza a su madre. Le dice que es la mejor noticia que le han dado a lo largo de su vida, que se siente plena de no ser una Vallejo, y que esa casita puede dejársela a la familia de don Octavio, pues ellas no la quieren ni la necesitan. Pero Carmenza se niega. Quiere quedarse con la casa como un homenaje a la memoria de su difunto amigo. La abuela Cecilia aprueba la idea.

Ahora, regresando a la realidad, las Vallejo y Gaviota están a punto de que se encienda la guerra. Lucrecia ha metido, subrepticamente, en escena, el tema de las invitaciones. Gaviota sale de allí con su madre, asegurándoles que la guerra seguirá. Y por último le grita a Lucía, que puede quedarse tranquila con su marido pues a ella nada le interesa.

La abuela Cecilia muere por los días en los que Carolina asume la subdirección del departamento. Y la guerra no se hace esperar. Sin embargo, son inútiles los esfuerzos de los Vallejo por presionar de nuevo la salida de Carolina. Ella está demasiado posesionada, cuenta con el apoyo del presidente, y el cariño del doctor Salinas crece como una ola. Salinas siente hacia ella un sentimiento que le extraña. En algunas ocasiones se ha preguntado si no estará, callada y sigilosamente, como en todas las cosas de su ordenado plan vivencial, enamorándose de ella. Se trata de un hombre gentil, uno de aquellos caballeros galantes de antaño que, por misterios del cronómetro del universo, se colaron a la modernidad. Es tan pulcro, tan aséptico y tan maravilloso, que nadie entiende por qué empieza a envejecer solitario en medio de las paredes de un suntuoso apartamento, escuchando ópera y música exquisita, leyéndose a los grandes maestros de la lírica mundial y ahondando en su pasión por el tema del café, en todas sus vertientes, que puede convertirlo en un astro entre los cafeteros, pero también en un productor de bostezos entre la gente corriente y, lo que resulta más grave, entre las mujeres. Salinas, respondiendo a su temperamento geométrico, nunca se atreve a adelantar ni siquiera un pequeño pirolo a Carolina Olivares.

La respuesta de la Gaviota a las inclementes arremetidas de las Vallejo, por demás inteligente, aparece cuando empieza a manejar los eventos más renombrados de la asociación. Las invitaciones a los cócteles, a las cenas y a los homenajes y actos conmemorativos, llegan únicamente dirigidas a los hombres de la familia: Iván, cuando se encuentra en Colombia, Francisco, que se ha mantenido al margen de las peleas, y, desde luego, Sebastián.

Es como una tregua para Sebastián. Durante uno de los cócteles a los que asisten juntos, y no sin antes pasar por el característico ritual de tensión y batalla, él le explicó la verdad: su canto en la oficina la había delatado, pero Lucrecia y Lucía utilizaron su nombre para distanciarlos otra vez.

Pocos días después, Carolina empieza a ceder terreno frente a Sebastián, aprovechando que él va solo a los cócteles. Y en menos de una semana se han sumido nuevamente en el

delirio. Han tocado de nuevo la tentación. Las Vallejo, por su parte, no están interesadas en quedarse quietas ni un solo minuto. Al verse excluidas de los eventos, ponen el grito en el cielo. Se alían con las esposas de otros cafeteros, trafican la historia de la Gaviota prostituta y temible, de la Gaviota deportada, de la falsificadora. Las mujeres se unen en torno al clan femenino de las Vallejo, presionan fuertemente a sus esposos, y el asunto llega a tal punto que en las reuniones cafeteras se ventila el tema, pues hay presiones serias para que el presidente de la asociación tome cartas, prontamente, en el asunto.

Entonces ocurre una escena ejemplar: en una de aquellas reuniones Carolina decide contar, sin tapujos, parada frente a un escenario, sin sonrojarse siquiera, su historia. Contarla completa, ficha a ficha, paso a paso, capítulo a capítulo, frente a los cafeteros, que, con frecuencia son considerados hombres un tanto adustos, a los que solamente conmueven las cifras danzantes de las bolsas internacionales. Pero, para sorpresa enorme, aquello tiene un gran éxito, es recibido como una salida temperamental, corajuda y profundamente humana. Y en el fondo sucede que ya todos los cafeteros aprecian a Carolina Olivares. Pero se encuentran muy presionados por sus esposas. Carolina admite entonces que se ha equivocado en el trato a las Vallejo y promete que éste variará radicalmente. El presidente le otorga una nueva oportunidad, pero sabe que sus días en el departamento de la asociación están contados.

Pero aún quedan muchos cócteles y reuniones. Las Vallejo asisten a los eventos, con clara disposición de beligerancia. La relación de Gaviota y Sebastián se ve afectada. El trata de buscar una salida decorosa a su relación con Lucía, quien por otra parte sigue teniendo relaciones escondidas con Miguel Tejeiros, pero no encuentra una luz, una puerta providencial por la que pueda meterse. No puede separarse de ella mientras mantenga la amenaza, nada velada por lo demás, de arrebatarle parte de la hacienda Casablanca. Tampoco puede permitirse el lujo de que lo sorprenda en su romance porque de inmediato tendría un motivo perfecto para divorciarse. Así que los cócteles son tensos para nuestros amantes: pelean, discuten, Carolina casi se asfixia, casi no soporta la situación, y después, como si de esa forma lo curaran todo, vuelven a amarse con la misma pasión enardecida de siempre.

Y las peleas entre Carolina y las Vallejo no son menos sangrientas. La más memorable de todas ellas ocurre la noche en la que los miembros de la asociación cafetera rinden un homenaje, nada menos, que a la memoria de don Octavio Vallejo. Las mujeres se encuentran, desde las horas de la mañana, demasiado inquietas ante el hecho perturbador y doloroso de que también una vindicación de la memoria familiar de los Vallejo sea encabezada por «la aparecida». Saben que ésta es una oportunidad de oro para cualquiera, que van demasiadas personalidades y que, seguramente, ésta volverá a lucirse poniéndose la piel de cordero. Lucrecia, Lucía y Ángela, raptadas por la envidia y la desazón, optan entonces por beber desde las horas de la mañana, exactamente desde el momento en que son arregladas en la peluquería: entre insulto e insulto a su enemiga ausente, beben whisky, brandy, vodka, y no es de extrañarse que cuando arriban al salón destinado al homenaje ni sus bellos vestidos ni sus maquillajes colocados por expertos ni sus peinados glamorosos, pueden ocultar una borrachera galopante.

Iván Vallejo, que se encuentra entre los invitados principales, al percatarse, trata de devolverlas, pero solamente logra asistir a la procacidad de Lucrecia, quien parece llevar un diablo enloquecido adentro. Por eso mismo busca a «la intrusa, la tal Gaviota» y, pasando por encima de las convenciones y los modismos impuestos para las ocasiones solemnes, la reta, la hiere, trata de humillarla. Carolina sabe que se trata de una provocación y se contiene... pero solamente por un rato. Así, cuando se percata que Lucrecia ha entrado al baño, siempre tambaleante, la sigue y, ya adentro, se transforma en la Gaviota... la Gaviota que Lucrecia quería encontrar y que le propina una solfa de padre y señor mío, como para que nunca pueda borrarsele de la memoria.

Pero esta escena, sumada a tantas y tantas otras, llena la copa del presidente de la asociación. Decide ponerle punto final a todo antes de que las cosas se agraven más. Le ofrece un puesto a Carolina en Londres, como auxiliar del delegado de la Organización Internacional del Café. Ella acepta inmediatamente el cargo. Lo comenta con Sebastián, pidiéndole que se

decida a marcharse con ella. Se irán los dos y él deberá enviar todo al demonio. Sebastián parece decidido. Se marcharán los dos.

Iván Vallejo ha regresado en esos días a Colombia. Su siniestro abogado le dice que tienen serios problemas: se trata de unos documentos de exportaciones ficticias; la justicia colombiana, por pedido de la estadounidense, investiga a fondo qué tan reales fueron sus envíos de café a Estados Unidos, los mismos con los que se solicitaron préstamos a la banca americana y se construyó una gran industria en ese país. Ambos deben acudir a dar declaraciones en un juzgado. Ángela, por su parte, le ha comentado los problemas incesantes que existen entre Sebastián y Carolina: todo parece indicar que mantienen de nuevo relaciones y que es posible que tramen algo, como, por ejemplo, marcharse juntos a Londres, ahora que ella ha sido nombrada en un alto cargo.

En el último cóctel organizado por Carolina, y que es el de su propia despedida, una noche antes del viaje, Iván asiste para tantear el terreno de los cafeteros e indagar hasta qué punto se sabe sobre las investigaciones. Descubre que en efecto hay un ambiente bastante adverso. Desde luego, utilizando una de sus oscuras estrategias, habla con su primo, quien se encuentra feliz y bastante ebrio.

Le habla de frente. No entiende cómo pudo enamorarse de una muchacha como Carolina, que incluso fue prostituta. Sebastián, tratando siempre de conservar la calma, rechaza las acusaciones, pues ahora cree con fe ciega que ella nunca fue tocada por hombre alguno. Además, asevera a su primo con insolencia, sabe perfectamente lo que él está buscando: teme que Carolina quede embarazada de nuevo, y él no pueda dejar a su hijo todos los bienes de la familia.

Iván contraataca. Le habla con sentimiento. Le dice que lo quiere como un entrañable hermano. Pero que debe reflexionar acerca de esa mujer, pues es el único tontuelo en Colombia que se cree la historieta absurda de que se prostituyó en Europa sin que nadie la tocara. Y remata: «No dudo, primo, que Carolina Olivares tiene muchas capacidades... pero sin duda las mejores las muestra en la cama.»

Después completa las fichas de su plan: «¿Por qué crees que la contraté en Cafexport?, ¿por sus méritos o, quizá más bien, porque supo cómo convencerme? Tú mejor que nadie sabes que ninguna mujer entró jamás a Cafexport sin darse antes una pasadita por mi cama... ¿por qué crees que ella iba a ser la excepción? ¿Cómo crees que llegó a gerente?, ¿y cómo entró y escaló con tanta ligereza aquí en la asociación? Mira la cara del presidente, mira la de todos y cada uno de los ejecutivos: tu dichosa Carolina ha pasado por las manos de todos ellos o, de lo contrario, las mujeres hubieran podido sacarla de aquí, y nunca en la vida le habrían ofrecido el puesto que le ofrecieron en Londres. Nunca supiste de mujeres. Eres un imbécil.»

Sebastián, como quien ha perdido un mapa y trata de encontrarlo en un lugar oscuro y lleno de papeles, se dirige hacia Carolina. La lleva bruscamente, como siempre, a un rincón, le suelta toda la perorata que acaba de escuchar de Iván y le dice que incluso hasta se acostó con su primo. Carolina le cruza la cara y sale huyendo de allí. Sebastián la sigue, como siempre; trata de cogerla, ella le pega, se empujan, pero Carolina lo único que desea realmente es un taxi. Finalmente aparece uno.

Sebastián logra subirse con ella mientras el chofer del carro no sabe qué rumbo tomar. En un semáforo Carolina se baja y sube rápido a otro auto. Sebastián no puede hacer nada. Entiende que ha perdido de nuevo, y tal vez para siempre, a su Gaviota herida.

AMORES PRÓFUGOS

Al día siguiente, en medio del más estrepitoso guayabo moral y étlico, el hombre recibe una llamada de urgencia: se trata del abogado Latorre. Su llamada tiene por finalidad comunicarle que se ha enterado de que él y Carolina Olivares tienen una orden de captura por realizar falsas exportaciones de café, cuyos montos son millonarios. Deben huir de sus casas

pues en cualquier momento los detendrán. Aún no tiene las minucias del proceso pero la cosa pinta más que sería.

Lucía aparece en ese instante y le pregunta qué ocurre y por qué tiene un rostro tan alarmado, pero Sebastián la manda al demonio. Sale de su casa. Toma su carro y lo pone a rodar a grandes velocidades, hasta que arriba al apartamento de Carolina, un nuevo apartamento, más lujoso que todos los anteriores, adquirido después que salió de Cafexport. En esos precisos momentos Carolina sale, rumbo al aeropuerto. Su viaje a Londres será en contados instantes. Cinematográficamente Sebastián sigue el taxi en el que ha subido y lo intercepta. Se baja como un orate y le suelta toda la historia. Ella no parece dispuesta a creerle. Sebastián no puede, por ningún motivo, dejarla ir. Si llega al aeropuerto la detendrán. Supone que existe una trampa de Iván y de su abogado en todo esto. Y que no pueden entregarse aún, hasta tanto Latorre no clarifique cómo se encuentra la situación. Llamaron al abogado por un teléfono público. Carolina habla con él y desde luego le cree. La pregunta que ahora se hacen, mirándose a los ojos es: ¿qué hacemos, cómo estamos metidos en esto?

Hay que salir de la ciudad. Suben al carro de Sebastián y empiezan a andar como motoristas frenéticos. En medio de la gran tensión discuten, y pasando por encima de los problemas legales, discuten todavía sobre sus asuntos, como dos novios despreocupados, una tarde de domingo en un soleado parque. Carolina le grita a Sebastián que se encuentra completamente hastiada de que él no crea en ella, El carro avanza vigorosamente, y pronto han dejado a Bogotá muy atrás. Llegan a un pequeño pueblo perdido y toman una habitación en un hotelito modesto pero atractivo. Pero continúan discutiendo. Así, oscilando entre el problema legal y el intrincado laberinto amoroso, pasan una noche de perros. Y, como siempre, terminan, hacia las horas del amanecer, amándose como dos locos, como dos naufragos de la vida en una isla desierta y entregada a ellos como si tuviera vida. La emoción amorosa se fractura, empero, cuando por debajo de la puerta les lanzan los periódicos del día: allí se encuentran, en grandes tamaños y en una página muy visible, sus fotografías. Y ahora comprenden lo que sucede: los norteamericanos descubrieron que las exportaciones de Cafexport eran falsas, y que servían para solicitar préstamos millonarios. La justicia americana pidió a la justicia colombiana averiguar los detalles de esos embarques y todo resultó ser un timo. Nunca hubo esas exportaciones. Sin embargo, en la indagatoria que rindió Iván Vallejo, se declaró inocente y pudo demostrarlo a cabalidad: su firma no aparecía en ningún documento de exportación, y alegó, por si fuera poco, que había sido asaltado en su buena fe, por su gerente y subgerente de entonces: Sebastián Vallejo y Carolina Olivares.

Salen apresuradamente del hotelito, temerosos de que alguno de los empleados, al reconocerlos, le avise a las autoridades. Ahora son dos prófugos. Pero están juntos, obligatoriamente, y ambos comparten un sabor agradable a pesar de todo. Planean salir del país por las fronteras. Sin embargo, kilómetros adelante cambian completamente de idea. Llamaron a Latorre de larga distancia para preguntarle qué ha ocurrido en la ciudad: el asunto está muy delicado, ellos firmaron papeles a ciegas y eso los hundirá, pues se trata de una demostración de inocencia casi imposible. Latorre busca desesperadamente salidas jurídicas, pero por el momento no es aconsejable que se entreguen, hasta tanto no se hable con el juez y se pidan una serie de garantías. Los amantes siguen huyendo hacia la frontera.

Para Iván y para su abogado, es perfecto que los amantes hayan salido en huida, pues eso confirma su culpabilidad de manera completamente innegable. De cualquier forma, Reinaldo Pérez sabe que en el momento en que caigan presos ellos deben estar fiscalizándolos constantemente. Sus declaraciones pueden ser tan peligrosas como el veneno. El abogado sabe que Latorre, su gran enemigo, estará metido de narices en el asunto y todos sus detalles llegarán a su mesa de trabajo. Y sospecha algo: que los prófugos tengan comunicación con Latorre, motivo por el cual le parece ideal mandar interceptar el teléfono del abogado.

En la frontera, los amantes, ahora más clandestinos que nunca, tienen miedo de atravesar. Se cuestionan gravemente qué tan serio, tan profesional y tan conveniente será proseguir con la fuga. Llamaron nuevamente a Latorre: sí, se les darán garantías, siempre y cuando se entreguen voluntariamente a la justicia. Deberán llegar por sus propios pies al juzgado y él los estará esperando.

Carolina y Sebastián terminan de jugar a la ruleta de su suerte y emprenden el retorno.

Pero Reinaldo Pérez ha interceptado completamente la llamada. Cree, según se lo confiesa a Iván, que deben evitar que los amantes se entreguen voluntariamente pues tendrían la opción de negociar muchas cosas con la justicia; ignora con qué elementos cuenta Latorre para defenderlos, pero sabe que se trata de un viejo lobo de aquellos que saben prenderse de cualquier cosa para salir adelante en un caso. Entonces Pérez, valiéndose de sus contactos con policías corruptos y dispuestos a todo, llama a un par de agentes amigos suyos, les da las características exactas del automóvil de los prófugos y les advierte que entrarán a la ciudad en cualquier instante.

Y como quien escribe una profecía: después de eludir varios retenes Sebastián y Carolina son atrapados. La desesperación, el miedo y el dolor los trabajan en ese momento. Solamente atinan a besarse. Ojalá se vean de nuevo cuando la pesadilla haya terminado.

13

LA CÁRCEL DE SIN SIN

Carolina y Sebastián guardan, por separado, la ilusión de que Latorre los saque del abismo. Se encuentran incomunicados, en sus respectivas celdas, esperando su llegada como se espera la llegada de un Mesías. Pero a cambio de ese hombre confiable, cálido, cercano y pulcro hasta el límite de lo bonachón, aparece ante ellos, cejifruncido y distante, un abogado de oficio, trayéndoles una pésima nueva: Latorre ha muerto esa mañana en un accidente, por demás extraño. El abogado de oficio visita en primera instancia a Carolina, y tras posesionarse como su defensor le advierte con una exagerada energía que su posición es ahora la más espinosa, porque Sebastián acaba de dar su confesión espontánea, declarándose inocente, y acusándola a ella de haberlo asaltado en su buena fe. Y el abogado reciente termina de abatirla: debe declarar en el juicio que Sebastián Vallejo argumentó que era el gerente de la empresa y que firmaba sin conocimiento de causa los documentos que ella le entregaba ya preparados, en su calidad de subgerente, pues apenas si empezaba a empaparse del negocio, como era de todo el mundo, incluso del gremio cafetero, conocido. No había sino que corroborarlo con las docenas de personalidades que los trataron durante ese tiempo.

Carolina, como siempre, se descompone. No lo puede creer. El abogado le dice, además, que debe defenderse y que en su declaración espontánea contraataque con fuerza, o será la única víctima de todas las operaciones turbias. Entonces, en medio del llanto rabioso, ella acepta las reglas del juego que le están siendo planteadas. El hombre, siempre golpeando las palabras, siempre enérgico en exceso, sugiere otro argumento defensivo: Sebastián la obligó a firmar todos esos papeles y ella lo hizo como subalterna, pero recordándole que se trataba de un enorme ilícito. En la declaración debe quedar muy claro todo el andamiaje corrupto. O ella se verá, muy pronto, solitaria, inerme y engañada vilmente, contra el paredón.

Horas más tarde Sebastián escucha la misma historieta ruin. La leyenda de que Carolina Olivares, su Gaviota, lo traicionó mediante una declaración espontánea. También se le pide que ataque a Carolina. Ante la dubitación, esgrime frente a sus ojos un papel firmado por ella, indiscutiblemente con sus letras grandes y redondas. Sebastián accede pues el abogado le advierte que de no hacerlo caería sobre él todo el peso de la ley. Le indica cómo defenderse y él, más por el despecho que le está pulverizando el alma que por interés en su vida futura, firma su declaración. La declaración que hunde a Carolina Olivares, la que rompe el vuelo, definitivamente, de su hasta ese momento adorada Gaviota.

El abogado, que no es más que un histrión en la comedia escrita por Iván Vallejo, sale jubiloso con el parte de victoria entre las manos.

Los amantes, tal y como se encontraba planeado, se hundieron uno al otro. El nombre de Iván Vallejo sale a flote, libre de toda sospecha, y serán muchos, seguramente, los homenajes de desagravio, los discursos vindicativos, los elogios de las grandes personalidades. La carrera del ejecutivo famoso sigue su marcha a grandes zancadas.

El estupor es absoluto en la familia Vallejo. Aunque en el caso de Lucrecia, Lucía y Ángela, la sorpresa viene acompañada de una ratificación turbia e inconfesable. Francisco, el hombre de negocios severo y pulcro, no sale de su sorpresa, y se niega a creer que un sobrino suyo, miembro de una estirpe luchadora que hizo blasones a punta de trabajo honesto, haya caído en la trampa facilista del dinero mal habido; las hermanas de Sebastián, por su parte, pertenecen a esa raza en extinción que hizo de la solidaridad una palabra sagrada. Marcela, hace poco tiempo ha dejado a su familia fuera de base, al presentarles a ese novio, a ese gran amor del que tiempo atrás ha venido hablando, con una pasión y una ternura ilimitadas. Sí, todos sabían su nombre y escuchaban la descripción que ella hacía de él, llena de matices románticos: era Harold, su Harold, capaz de seguirla amando en medio de la peor borrasca, capaz de creerle todo lo que dijera, aunque para ello tuviera que echar mano de su fe; capaz de estar ahí, incluso en los momentos más llenos de sombra. Entonces, un buen día llegó con él hasta la puerta de su casa, y haciendo alarde de una irreverencia sublime entró primero, reunió a todos los presentes, estaba la familia casi completa, exceptuando Bernardo, y lo presentó como el hombre perfecto, príncipe de sus sueños, señor de sus ensoñaciones, ser digno de ser amado por cualquier mujer sensible y, aquí venía la sorpresa, con una característica omitida: era negro. Todos se quedaron fríos, mientras entraba, sin cautela ni prevención, con una sonrisa de niño grande y bello, conmovedora, un sanandresano de puro azabache, que transmitía, para quienes quisieran notarlo, la seguridad de la complicidad y el guiño. Vestía como un loco maravilloso, mezclando los aretes sanandresanos con los gorritos de África y las camisetas de Nueva York, y lo único que no era posible era olvidar su belleza irremediable y tan pura como el relincho de un caballo.

Harold se quedó en la casa de los Vallejo, por imposición de Marcela, y en esta hora oscura es su mano derecha: solidario sin caer en alarmismos, festivo sin olvidar los problemas graves.

Pero Paula, la perpetua extraviada, que tampoco abandonará a su hermano Sebastián, también atraviesa por un drama. Miguel Tejeiros, el amante furtivo y oportunista de Lucía, ha hecho contacto con ella, ilusionado como siempre con meterse de cuajo en la familia Vallejo. Una tarde, por casualidad, se encontró con los amantes y Lucía, sintiéndose casi atrapada, le simuló que era un viejo amigo del colegio. A Paula aquel sujeto extraño no le disgustó para nada. Sus modales, su manera estilizada de tratar a las mujeres, su deseo de parecer agradable, calaron en ella. Y, pasando por encima de la rabia de Lucía, Miguel entabló una relación secreta. Este hombre siempre buscó figurar a cualquier precio, acceder a la comodidad y lograr que el gran embuste de su exclusividad económica y social se convierta en sólida realidad. Y Paula, lo supo desde que se la presentaron, era el mejor conejillo de Indias para su experimento.

Convenció a Lucía de que, para disimular, nada mejor que un noviazgo con esa niña atónita. Y se metió una noche en la casa de los Vallejo, de donde ahora poco sale.

En definitiva: ni Paula ni Marcela abandonarán a su hermano, ni creerán las versiones vulgares sobre su picardía. Pero Marcela, asesorada por Harold, va todavía más allá: quiere visitar a Carolina Olivares, la controvertida Gaviota, hablar con ella, saber qué piensa realmente. A esa mujer abandonada que únicamente recibe las visitas de su madre, una Carmenza, como siempre templada ante los laberintos de la vida, que insiste en decirle que todo se arreglará, como en las telenovelas, porque, al igual que en esos dramas, la justicia no se puede tapar con las manos y termina por imponerse. La visita de Marcela a Carolina, o la Gaviota como siempre quiere llamarla ella, pues ese nombre siempre le pareció libertario y poético, surte un gran efecto: ambas sienten una extraña confianza, de aquellas que surgen repentinamente pero que están dispuestas a durar más allá de las inclemencias. Marcela, en el centro de la charla, le pregunta a la Gaviota si de verdad ha querido a su hermano. Y la Gaviota le responde: «Con el alma, con el cuerpo, con el llanto...»; las dos quedan sumamente impresionadas y Marcela, después de comentárselo a Harold, se promete no desfallecer hasta aclarar todos los velos que circundan la vida de los Vallejo.

Iván Vallejo, por su parte, sabe que su actuación debe ser cautelosa para ser perfecta, como las actuaciones que le deslumbran. Por eso, poniéndose encima una gruesa piel de inocente, insiste en su versión original: fue engañado, nunca en su vida habría podido

imaginar que se manchara así el nombre de la familia Vallejo, es apenas una víctima aturdida e inofensiva.

Lucrecia, que en el fondo se parece demasiado a él, le ha seguido la pista a su juego y está dispuesta a seguirla: su papel en la obra es el de la esposa herida, fidedigna, vulnerada por las maldades que el mundo le hace a su compañero. Sabe que solamente asumiendo dicho papel pondrá a salvo la cuantiosa fortuna que hasta la fecha quedara dominada por su hijo.

Pero la ambición hace lo suyo prontamente. Los bienes de Sebastián son confiscados como respaldo de la tremenda deuda adquirida, que resulta casi impagable, y Lucía queda a la deriva.

La hacienda Casablanca, que nunca desde que fue erigida se enfrentó a los embates de la decadencia, queda en manos de secuestres y a merced de la roya. Y entonces Lucía se juega una última carta: visita a Sebastián en la cárcel, le reprocha suavemente el error de haber confiado siempre en esa mujer, y le dice que siempre estarán juntos. Pero Sebastián no quiere saber nada. Simplemente la odia, la odia al igual que odia estar vivo y abrir los ojos en las mañanas para descubrir su mísera condición de engañado, de solitario, de hombre sin ningún camino.

Marcela y Harold, subrepticamente, pero con ojos de águila, siguen investigando los pormenores, los detalles de todo lo sucedido. Y, gracias a la providencia, una serie de hechos les demuestran que la realidad no es como parece, y que, uniendo cables dispersos, sale a flote una realidad nada halagüeña para los Vallejo: a través de Paula, quien se encuentra enamorada de Tejeiros, pero no sin abrigar extrañas sorpresas sobre sus actitudes y su verdadera identidad, desentrañan la relación que éste ha mantenido por largo tiempo con Lucía basándose en la traición inminente de ella; llegan, siguiendo sinuosos procedimientos detectivescos que los aterran y divierten, hasta la relación de Iván con la mujer de Sebastián. Y llegados a este punto se preguntan: si Iván ha sido capaz de semejante vileza, ¿por qué no ponerlo en duda completamente? Saben que hay muchas cosas por desvelar, pero con su ánimo de ángeles sin prisa dan marcha a la investigación.

Mientras tanto, el escándalo crece entre los cafeteros. El presidente de la asociación es el más afectado, y recibe cotidianamente toda clase de presiones, para que la institución, en nombre de su tradición nunca vulnerada, haga sentir su peso en el caso, presionando a la justicia para que se castigue a los amantes fraudulentos. El presidente, siempre dudando, no tiene otro camino que presionar. Y exige entonces castigos severos para los prófugos.

Las cosas empeoran cada día, a pesar de que Marcela y Harold, muy silenciosos pero aplicados, se sientan a punto de dar con la succulenta presa de su cacería. Tanto Sebastián como Carolina cambian de abogado. Les causa una enorme desconfianza estar ante alguien que trabaja para los dos a un tiempo. Además, a ninguno le gusta la pinta ni el hablar golpeado ni el evidente oportunismo que le caracteriza. Además el caso, como se ve ahora, requiere de personal jurídico más calificado. Por esos días Carmenza, la madre abnegada, la perpetua televidente de los melodramas, viaja hasta Manizales e hipoteca su casita de ensueño: debe ayudar a su hija y el dinero pronto escaseará. Después regresa a Bogotá y cae enferma, aparentemente sin remedio. Carolina se siente más sola y destruida que nunca: piensa que su madre morirá pues las noticias que le llegan del hospital no son nada alentadoras. Odia a Sebastián, a ese monstruo mentiroso que mató a su hijo y ahora está matando a su madre.

Llega la hora del juicio. Sebastián y Carolina, que no entienden en el fondo de su alma por qué lo hacen, pues ya no les quedan arrestos de esperanza, se sostienen en sus falsas versiones. Los dos son condenados con rigor, y no hay paliativos para el castigo que les está siendo impuesto. Ambos, al finalizar el juicio, se gritan horribas sentencias, se injurian e insultan, como, por otra parte, lo han hecho siempre. En el fondo, como lo notan Marcela y Harold por una causa amorosa, y este juicio solamente es un pretexto, una feroz caricatura de lo que ha representado su amor genuino y violento.

Ellos creen odiarse. Creen lo peor cada uno del otro. Pero nuevamente los ángeles, representados en Harold y Marcela, intervienen. Ella visita tanto al uno como al otro. Y los sorprende a ambos con el resultado de sus pesquisas: Lucía traidora con el tipo que después se ha metido a la casa en calidad de novio de Paula, Iván y Lucía: en síntesis todo demasiado extraño para no creer que en el asunto de ellos hay un enorme gato encerrado. Gato que los abogados de la pareja, cada uno por su parte, se encargarán de sacar a luz definitivamente. Están seguros de que en el caso existen más culpables, más fichas claves. Hay que investigar en la empresa marítima que hizo los embarques, y que preside nada menos que Bernardo Vallejo, el primo extraño y silente, el primo dispuesto a todo con tal de mantener una vida lejana de las convenciones de la familia.

Bernardo ha sido en realidad una víctima constante de la personalidad de Iván, de su machismo insoportable. Desde que se dio cuenta de su homosexualismo, frizando apenas los once años, siempre tuvo miedo de contradecirlo, de decirle que no, aunque supiera a carta cabal que se equivocaba. Lo único que le interesó fue la paz; era el raro, el homosexual, el que no podría nunca ser estandarte de la familia. Pero a pesar de ello sus esfuerzos y su talento lo sacaron bien adelante. Pero Iván Vallejo lo conocía al dedillo, así que cuando necesitó transporte para sus exportaciones falsas, aprovechó su autoridad sobre él, y lo obligó a ayudarlo. Bernardo, que nunca en su existencia le dijo que no, tuvo que acceder y se hizo su completo e ideal cómplice.

Cuando las investigaciones caen sobre la empresa que él ha comandado, todos sus empleados se limpian las manos, escapan, salen de escena sigilosamente, y queda solitario. Como se ha sentido siempre desde que descubrió su inmenso e irremediable problema. Y piensa que ciertamente fue canalla haberse dejado convencer por Iván, para realizar los embarques falsos, y sobre todo para clavar frente a la ley a Carolina y a Sebastián.

Bernardo no está preparado para este horrible aguacero. Fue limpio y solamente actuó por miedo; sin la capacidad de su hermano Iván para eludir los grandes problemas, se enreda en las declaraciones, no puede ni sabe justificar que sus barcos navegaran vacíos, cada una de sus palabras parece provenir de una lenta fábrica de conceptos. Iván observa desde la barrera el discurrir dramático de la querrela, y sabe que su hermano naufraga. Y después se retira, mientras el otro espera su confesión, para que no todo el peso del castigo recaiga en sus hombros. Iván Vallejo quiere, exige silencio, complicidad, fidelidad.

La cárcel para Bernardo será inminente. Cumplirá una larga condena al lado de su primo Sebastián. Pero él, indignado ante ese silencio que le duele, que no soporta, decide confesarlo todo. Y piensa mientras lo hace que quizá sea una venganza contra Iván, el hermano estrella, y hasta contra sus padres, que nunca lo tomaron muy en cuenta, embebidos en los progresos de su otro «muchacho». Confiesa todo a las autoridades, paso a paso, escena a escena: Iván y su abogado, Reinaldo Pérez, urdieron todo el plan, sabían que era un método efectivo de enriquecimiento, lo utilizaron a él valiéndose de su miedo, y a Carolina y Sebastián, valiéndose de su amor y de su buena fe. Se aprovecharon de saber más que ellos, de ser expertos en todas las lides del comercio internacional, y los hicieron firmar su condena. Bernardo parece muy tranquilo mientras rinde cuentas, casi impasible: como si su tormento sin nombre hubiera terminado para siempre. Y esa misma noche, valiéndose de métodos ciertamente escalofriantes, se suicida.

Iván Vallejo es detenido al término de la distancia. Y también su abogado, Reinaldo Pérez. Los bienes de la familia de Iván quedan confiscados, para horror de Lucrecia, que aún insiste, casi chiflada, en inculpar a la Gaviota. La hacienda Casablanca, en cambio, es liberada completamente.

Los enamorados de siempre salen de la cárcel libres de toda culpa. Pero salen heridos. Nada quiere saber el uno del otro. A pesar de la inocencia compartida, les duele demasiado la actitud errónea y hasta canalla que tomaron. Sebastián, que pensaba ya casi con desagrado en un reencuentro con Lucía, es liberado por su hermana Marcela: ella le cuenta la verdad de la relación que su mujer llevó durante largo tiempo con Miguel Tejeiros, y él, a pesar de la traición, se siente casi liberado; Carolina sale y encuentra que en el hospital, después de haber permanecido mucho tiempo a punto de ser abrazada por la muerte, Carmenza ha empezado a

recuperarse: ya delira. Y delira con telenovelas, con melodramas hermosos donde la vida encuentra su compensación.

Pero las cosas han sido muy difíciles. Sebastián ha tomado la opción de regresar a la hacienda Casablanca, lugar del que nunca debió retirarse. Su hermana Marcela, que parece feliz, y su hermana Paula, que ha sufrido un duro revés luego de conocer la verdad sobre Miguel Tejeiros, lo ayudan, lo rodean con una ternura sin límites. Y quieren convencerlo de algo, aunque sea lo último que hagan: llevarse en el alma la inocencia de su Gaviota; para el efecto le recuerdan, prueba ineludible, que ella le gritó durante las pesquisas terribles que había hecho su confesión porque él había actuado primero, como un cobarde. Sebastián ata cabos. Duda del abogado que llegó tras la muerte de Latorre, averigua quién es y se entera de que no era más que otro esquirolo de Iván, igual de sucio a Reinaldo Pérez. Otra vez, como ha pasado tantas veces que ya no es posible enumerarlas, sale a buscar a Carolina. O mejor dicho: a su espléndida Gaviota. Busca aquí y allá, hasta que llama al mismo presidente de la Asociación de Cafeteros. Éste le da un parte siniestro: Carolina se fue para Londres, al lado de su madre convaleciente, pues los cafeteros, después de desagradarla de todas las formas posibles, la reintegraron a su cargo original en la capital de Londres.

14

DE LOS RETORNOS

Los cafeteros, impresionados ante las jugadas siniestras que le ha hecho el destino a Carolina Olivares, y usando su buen juicio y su racionalidad a prueba de hecatombes, la reafirman inmediatamente en su trascendental cargo londinense. Sin muchos aspavientos, para evitar más habladurías y cuestionamientos, el presidente la envía unos pocos días después de que ha salido de la prisión. El viejo se siente feliz, pues se trata de una nueva confirmación de su olfato: nunca desconfió de Carolina Olivares, sabía que no era simplemente una máscara bella sino mucho más que eso, y que lo que la hacía fascinante era la pasmosa similitud existente entre los atributos de su alma y los de su cuerpo. Por eso se quedó feliz sabiéndola en tránsito hacia Londres. Pero además porque sabe que allí va a recibirla un viejo, entrañable, inolvidable amigo.

Y en efecto, una vez Carolina llega a Londres, acompañada de una Carmenza festiva y recuperada de su enfermedad, que en cinco minutos de estada cree manejar el inglés y que mira esos vericuetos recordando películas y telenovelas, se dirige hacia sus nuevas oficinas. El jefe la está esperando. Ella entra y casi se desmaya al ver el gesto dulce y complaciente de aquel doctor, amante de las óperas y del orden milimétrico, que un día la pidió como su asistente: el doctor Mauricio Salinas. El, que nunca ha sido un experto en abrazos, ni frases dulces, ni cuestiones sentimentales, se levanta de su silla y se acerca, sólo para estamparle un beso en la mejilla. Está feliz, le dice, de que ella haya llegado hasta allí, y de que, en adelante, con el favor de la providencia, no le queden más que triunfos en la vida. Carolina, o Gaviota, como él la llama ahora, agradece; tiene casi las lágrimas en los ojos, siente algo muy especial por ese hombre tierno, que no quiere reconocer su ternura, ni su soledad, ni el corazón gigante que lleva en el pecho.

Y mientras Carolina asciende vertiginosamente en un Londres que cada día le resulta más manejable y familiar, en Colombia las cosas son horribles para Sebastián. Al regresar a la hacienda Casablanca le tienen la noticia de que la mayor parte de los cafetos están invadidos de roya. Aún aplicándose sobre ellos será muy difícil salvarlos. Y solamente encuentra Sebastián algo que lo reconforta: la presencia de sir Arthur, el inglés, quien ha regresado de los bares pereiranos, y aunque sigue tomando aguardiente como un bárbaro, espera el perdón y la reconciliación con Paula. Arthur ha maniobrado hasta el cansancio con los cafetos. Pero la cosa parece definitivamente perdida.

En Londres se ha entablado una hermosa amistad entre el doctor Salinas y Carolina. Salen juntos, se divierten con las travesuras de Carmenza, quien ahora tiene un «cuasinovio» inglés al que ha enseñado el sabor del aguardiente y de los frijoles, y todo parecería indicar

que podría darse un romance entre ellos. Y así lo cree Salinas, hasta el día en que aparece en las oficinas, devastado como un naufrago de miles de años, Sebastián Vallejo. ¿Ha realizado semejante viaje, ahora que sus fondos monetarios no son muy envidiables, sólo para hablar con su... Carolina? Solamente para dialogar, aunque sea por un minuto, con su Gaviota. Es un Sebastián destruido, que con frecuencia encuentra refugio en la bebida. Carolina lo recibe en su oficina, mientras en su corazón se libra una mortal batalla. Se sorprende de verlo allí, tan vapuleado; hasta se conmueve de él, lo que no le gusta para nada. Pero ella no puede perdonarle lo que ocurrió en el juicio. Sin embargo Sebastián, humilde pero profundo, habla largamente, se hace oír: no en vano atravesó el Atlántico para encontrarla, tal y como ella lo hiciera años atrás, cuando el romance sin fin empezaba. Ese romance que está terminando desde que empezó, afirma Sebastián, y que por lo mismo no terminará nunca.

El doctor Salinas, bastante nervioso, los ve salir de las oficinas. Ellos no saben cómo mirarse, cómo hablarse. Van al apartamento de ella, donde Carmenza, emocionada, le brinda a Sebastián su última botella de aguardiente, legítimamente colombiano, y después de una larga conversación aclaran todas las cosas, extraen la mano negra de Iván Vallejo de las aguas que, casi siempre, enturbiaron su amor. Ya no hay barreras ni impedimentos. Pero Carolina nuevamente lo rechaza: no tiene el amor pero tiene la paz, sigue amándolo pero eso la aterroriza antes que emocionarla. Y se han proferido demasiadas heridas. Sebastián insiste, y entonces ella extrae de su memoria el nombre del único hombre que, en ausencia de Sebastián, le habría parecido tibio y oportuno, digno de entregarle la vida. Y miente: le dice a Sebastián que se casará próximamente con el doctor Salinas, allí en Londres.

Sebastián siente que se va a morir, pero ahora hay algo peor: sabe que él se muere por su Gaviota, pero de otra manera, sin nunca morir en realidad. Piensa, mirándola intensamente, como para tratar de guardársela en el recuerdo, que ahora sí nunca más la verá. Y que su vida fue un fiasco por no haber encontrado a tiempo la manera de raptársela al mundo y llevársela consigo a la primera guarida. Carolina, o Gaviota, está sintiendo exactamente lo mismo. Sebastián le desea suerte en su nueva vida, ella le agradece.

Cuando él se ha ido, ella llora, como ha pasado tantas veces desde que lo conoce, y se confiesa algo que ya su madre le había anunciado: «Mi vida sí es una telenovela. O no lloraría tantas veces por el mismo hombre... una telenovela, sí... pero diferente y rara... ya me pasará esto... yo podré olvidarlo.»

15

EL AMOR ES UNA FERIA

Sebastián regresa de Londres con una ínfima cantidad de dinero entre el bolsillo. Pero ya no le importa mucho. Rápidamente vuelve a la hacienda Casablanca, que cada vez se asemeja más a un lugar fantasma: los cafetos, como viejos abuelos derrotados por una enfermedad incurable, la casa dando muestras de querer venirse abajo, todo el entorno herido. A lo que regresa Sebastián es a unas ruinas. Sus hermanas le han legado algún dinero, y él lo destina prácticamente todo a la bebida. Bebe compulsivamente. Su mejor amigo ahora es Arthur, el inglés. No se sabe, dicen la lenguas viperinas de la región, cuál de los dos bebe más o cuál de los dos se encuentra más perdido.

Sir Arthur le dice que hay ferias en un pueblo cercano, y que le garantiza cuando menos una semana entera de bebete salvaje. Sebastián, que ha decidido que eso es lo que quiere, acepta gustoso. Al día siguiente están metidos ambos, borrachos hasta la perdición, en el ruedo de las celebraciones, arriesgando la vida ante dos toros que persiguen a los espontáneos exaltados. La gente grita, especialmente por Sebastián, que es un verdadero suicida, y por Arthur, que no puede ya con su borrachera. Pero los dos se divierten, los dos quieren hacer una apuesta con la vida, que los ha golpeado bastante.

Sebastián, en medio de la embriaguez, del sol candente, del bullicio y del gentío, no puede creer en la existencia real de esa bella manola que le grita desde el palco. Lo olvida todo: la fiesta, el aguardiente, los toros, la borrachera... todo se le borra mientras se le acerca y comprueba que... ¡sí!... es su Gaviota, angustiada, al verlo inmerso en semejante locura. Ambos se miran y se dan cuenta, en una fracción de segundo, de lo que habrían debido saber desde el inicio, para no sufrir tanto: que realizar un amor verdadero es asumir un peregrinaje; que ellos quedaron sembrados en el limbo de su deseo, en la cárcel del amor, la noche inolvidable en que se amaron, como dos adolescentes espantados de su naturaleza, entre los cafetales de la hacienda Casablanca; que desde allí no pararon de quererse nunca y, por lo mismo, de sufrir; que se quisieron con el cuerpo, con el alma, con la mirada, con el odio, con el llanto, con la ausencia; que se quisieron cuando se arañaron, se mordieron o se insultaron; cuando trataron de ser indiferentes; cuando tomaron rutas dispares o cuando, retorcidos de ira, jugaron con las cartas blancas de un olvido imposible.

Y ambos entienden que desde entonces todos los escenarios que los vieron actuar, o padecer, no fueron sino el decorado de su peregrinaje, y que la zona cafetera, Bogotá o Londres, solamente ahondaron su pasión excepcional. Y los dos entendieron que su amor sí era una telenovela, y muy bella, que era capaz de marchitar primero los dolores que la esperanza, que merecía ser contada y era digna de ser eterna.

Y la Gaviota, con su traje de manola, corre entre la gente para buscar el ruedo, para saltar y llegar a él, ese que la llama por su nombre, mi Gaviota herida, mi gaviota traidora; ¡qué importan los toros!, los dos corren, los dos se buscan como siempre. Y se abrazan y besan. Ella lo mandó todo al carajo, él ha hecho lo mismo. Todo al carajo: las deudas, los rencores, los celos, el pasado, los remordimientos... todo al carajo mientras se besan impunemente, en medio del sol y la plaza, y él sólo sabe decir: mi Gaviota, mi centro, mi telenovela...

FIN